



UNIVERSIDAD CATÓLICA ANDRÉS BELLO
FACULTAD DE HUMANIDADES Y EDUCACIÓN
ESCUELA DE COMUNICACIÓN SOCIAL
MENCIÓN PERIODISMO
TRABAJO DE GRADO

**ACARIGUA-ARAURE EN DISTINTOS IDIOMAS:
Semblanza de grupo de extranjeros en Acarigua-Araure**

MILIANI, Andrea

Tutor:

PEÑA ROJAS, Vanessa

Caracas, septiembre de 2014

*A mi mamá y mi Yaya,
las que siempre están ahí.*

AGRADECIMIENTOS

A mis padres y a mi Yaya, por ser los primeros en impulsar mis sueños hasta las distancias más lejanas.

A mi tutora por creer en mí desde los primeros semestres y acompañarme en este importante trayecto.

A Ari, por estar ahí, por darme tranquilidad y ser mi mejor apoyo para esta tesis

A Eduardo, por haberme escuchado y ser una fuente de energía constante

A Francia, Andrea, Fabiola, Lore, Ciccio y Mariana por las risas y los momentos de seriedad necesarios

A mis compañeros de clases, por querer sacarle el mayor provecho a esta carrera.

A Acarigua-Araure por ser mi primera casa, y a Caracas por ser la segunda.

A Wilfredo Bolívar por recibirme, escucharme y asesorarme.

A Gaby, por motivar mi regionalismo.

A Acianela Montes de Oca y Javier Conde por la orientación.

A la UCAB, por haberme dado la plataforma para afrontar grandes retos.

A ellos, los protagonistas, por confiar en mí y por las atenciones.

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	5
MÉTODO.....	7
Presentación de la investigación.....	7
Tipo de investigación.....	10
Justificación y formulación del problema.....	11
Objetivos.....	12
Objetivo general.....	12
Objetivos específicos.....	12
Público lector meta.....	13
Delimitación.....	13
Limitaciones.....	14
Armar las piezas.....	15
Observación.....	17
El mundo del personaje.....	17
La estructura.....	19
Mapa de actores.....	22
I. DICCIONARIO HÚNGARO.....	24
II. PARLANDO NEGOCIO.....	44
III. CARACTERES ASIÁTICOS.....	62
IV. PRONUNCIACIÓN ESLAVA.....	77
V. ACENTO Y SALSA CUBANA.....	96
EPÍLOGO.....	111
REFERENCIAS.....	113

PRÓLOGO

Hay ciudades con un potencial silencioso, que no logran destacar entre las grandes, pero que producen historias y frutos admirables en sus terrenos. Acarigua-Araure es una de ellas. Esta ciudad del estado Portuguesa es compleja incluso en la pronunciación del nombre, pero es muy noble con sus habitantes, tanto venezolanos como extranjeros.

Primero hay que entender su identidad: se trata de una conurbación, una fusión entre el municipio Páez –conocido por su capital, Acarigua– y el de Araure. La relación es tan estrecha que muchos de sus habitantes pueden tener dificultades para determinar en qué municipio se encuentran. Ha habido "accidentes político-administrativos", como los llamó el español José Luis Troca, en los que una misma vivienda se encuentra entre los dos municipios.

A pesar de la integración de las dos ciudades, ha existido rivalidades entre sus pobladores desde sus orígenes y se ha hecho imposible llegar a acuerdos que permitan una unión política. Es por eso que se les llama "Las Ciudades Gemelas" o "Acarigua-Araure". Sus habitantes las conciben como la misma ciudad. El nombre de Acarigua suele prevalecer porque, además de haber sido la ciudad natal de José Antonio Páez, ha tenido un desarrollo económico más evolucionado desde principios del siglo XX, especialmente por las actividades comerciales.

Actualmente, por la fusión de los municipios, Acarigua-Araure tiene 328.509 habitantes. Hay más que en Guanare, la capital del estado Portuguesa, que cuenta con 192.644. Además, posee un desarrollo urbanístico y económico que ha permitido el crecimiento de la población y también del interés de personas ajenas. La actividad agrícola ha sido el principal agente de cambios en la localidad.

Dueños de haciendas, finqueros y comerciantes han sabido aprovechar los recursos sin siquiera haber nacido cerca de la región: a Acarigua-Araure han llegado

personas provenientes de países tan diversos como Taiwán, Rusia, Italia, Hungría y Cuba. En esta ciudad de Venezuela existe un atractivo que ha logrado cautivar a quienes nacieron en otras latitudes. Ellos han aprendido a amar esta tierra y hacerla suya.

Este proyecto se planteó el objetivo de comprender las motivaciones que tuvieron los emigrantes para aferrarse a esta ciudad y verla como un refugio único. Más allá de entender las políticas migratorias, como las que implementó Marcos Pérez Jiménez en la Colonia Agrícola de Turén, y los programas de desarrollo económico, como el Plan Arrocero; el foco se centra en la mirada personal, en las experiencias de vida de aquellos extranjeros que decidieron quedarse.

Acarigua-Araure en distintos idiomas es una semblanza de grupo de las ciudades gemelas, que refleja la vida de cinco emigrantes. Ellos, mediante sus historias y anécdotas, dibujan una imagen colorida de la ciudad: a través de este prisma personal, el lector conocerá las transformaciones de esta región, sus bondades y problemas, sus potencialidades y su calidez humana.

MÉTODO

Presentación de la investigación

Acarigua-Araure en distintos idiomas se propone como un trabajo de investigación compuesto de cinco semblanzas periodísticas, cuyos personajes son extranjeros de diversas partes del mundo con más 15 años de residencia en las ciudades gemelas Acarigua-Araure. Cada capítulo de este trabajo intenta mostrar la región a través de la historia de un personaje.

Esta propuesta –presentada como trabajo especial de grado para optar por el título de licenciada en Comunicación Social– pretende exponer las características sociales, económicas, políticas, culturales y territoriales de una ciudad que ha acogido a varios extranjeros.

A diferencia de la biografía, la semblanza no presenta un relato cronológico ambicioso, ni contempla cada detalle de la vida de una persona, pues su interés está puesto en aquellas experiencias que tienen relevancia periodística en un personaje. Para realizar una biografía se suelen considerar hasta los últimos días de vida de una figura pública, mientras que la semblanza privilegia los hitos de una personalidad. La Real Academia Española define semblanza como un “bosquejo biográfico”.

La semblanza periodística persigue una redacción atractiva, cargada de información pertinente, para construir un producto completo. En su *Manual de periodismo*, Carlos Marín señala, respecto a la forma de escribir, que no existen “reglas específicas para la redacción de este género; el periodista está en la libertad de desarrollar su estilo literario” (2003: 185).

No son muchos los autores que han conceptualizado la semblanza como género periodístico. Acaso sean Benavides y Quintero (2004) quienes han desarrollado un poco más el concepto para entenderlo. En su libro *Escribir en prensa*

definen la semblanza como “un reportaje interpretativo acerca de una persona real con un tema de interés humano. Su objetivo es resaltar la individualidad de una persona y/o colocarla en un marco general de valor simbólico social” (p.179).

De acuerdo con esta definición, es posible comprender que para realizar una semblanza de grupo no es necesario que el personaje sea una figura pública, pues lo que importa es su valor simbólico. Tal es el caso de los emigrantes erradicados en Acarigua-Araure, quienes representan un fenómeno cultural que se desarrolló en la ciudad y del cual fueron protagonistas.

Por su parte, Enrique Castejón (2009) explica que este género "obedece a unos lineamientos básicos impuestos por su propia naturaleza, la cual es, esencialmente racional, analítica y lógica" (p. 153). Señala también que el Periodismo Interpretativo "intenta analizar, explicar y, fundamentalmente, demostrar la verdad y el real significado de lo acontecido o por acontecer" (p. 91).

En *Acarigua-Araure en distintos idiomas* se pretende explicar y analizar –mediante esa naturaleza racional y lógica a la que aludía Castejón– el proceso migratorio y de adaptación de culturas en una ciudad considerando su contexto. Se trata de un evento que ya ocurrió y lo que se busca es comprenderlo.

Para Benavides y Quintero (2004) existen distintos tipos de semblanza: el obituario, la semblanza de grupo o lugar y la semblanza de objetos o actividades. Para este trabajo se eligió la semblanza de grupo, que no reserva todas sus páginas para un individuo sino que las distribuye para recrear las perspectivas desde distintas pupilas. Los autores señalan que “escribir acerca de un grupo o lugar puede ser a veces la mejor fórmula para comprender un fenómeno de importancia simbólico-social” (p. 189).

Independientemente de esta clasificación, la semblanza siempre constituye una gran entrevista de personalidad. En este sentido, conviene recordar la explicación

del periodista español Miguel Ángel Bastenier (2001), para quien "la entrevista se halla en la misma base de todo el quehacer periodístico" (p. 132), y no solo para obtener contenido noticioso u opinión, sino también para procurar los insumos necesarios en la construcción de personajes. Bastenier entiende que el contacto directo con el entrevistado es clave: "Todo procede de una entrevista, en el sentido literal del término" (*ídem*).

Autores como Carlos Marín (2003) considera que para realizar una semblanza se deben obtener la mayor cantidad de datos posibles que permitan construir un personaje. La entrevista es la plataforma base de cualquier semblanza:

"Tiene como objetivo principal hacer el retrato escrito de un personaje. Tanto al realizar una entrevista de semblanza como al redactarla, el periodista ha de considerar que su trabajo deberá darle al lector una idea –lo más completa posible– de quién es, cómo es y cómo piensa el personaje". (p. 182)

Es por esto que las entrevistas a los extranjeros fueron fundamentales para este trabajo, así como también las entrevistas a sus familiares, amigos y conocidos para construir a cada personaje de la manera más interesante y completa posible.

En el seminario "Escritura creativa y creatividad en su enseñanza" realizado en Bogotá en 2007, Leila Guerriero escribió sobre la creatividad en el periodismo. Fue publicado en un documento de la Universidad ORT de Uruguay:

Pero si me preguntan acerca de la pertinencia de aplicar la escritura creativa al periodismo, mi respuesta es el asombro: ¿no vivimos los periodistas de contar historias? ¿Y hay, entonces, otra forma deseable de contarlas que no sea contarlas bien? (p. 1)

A juicio de Guerriero, es necesario el buen uso de la creatividad. Además, explica que armar historias y aferrarse a recursos literarios es característico de la semblanza como género periodístico. En una semblanza la narración es el medio de transporte, por lo tanto este debe ser un vehículo creativo y seductor. Mientras más atractivo sea, más ameno será el viaje.

Tipo de investigación

El trabajo de investigación que se propone es de tipo exploratorio y descriptivo. Se debe indagar y revelar la mayor cantidad de información posible hasta abarcar una variedad de perspectivas que permitan construir a cada personaje de la manera más real y acertada posible. Detallar sus características es lo que logra explicar de la mejor manera posible el fenómeno migratorio en Acarigua-Araure.

Hernández Sampieri, Fernández y Baptista (2003) señalan que la investigación exploratoria se realiza "cuando el objetivo es examinar un tema o problema de investigación poco estudiado o que no ha sido abordado antes" (p. 58). En el caso de este trabajo de investigación, es difícil conseguir información que tenga suficiente pertinencia con el tema. Existen libros que tienen que ver con la ciudad –e incluso con extranjeros en la región– pero no de la manera en que se realizó para este proyecto de tesis: con la perspectiva personal del extranjero.

Respecto al modelo exploratorio, el Manual del Tesista de la escuela de Comunicación Social de la UCAB señala que este tipo de investigaciones "no generan conclusiones terminantes sino aproximaciones y permiten reconocer tendencias, corrientes o inclinaciones en una determinada situación". Esta semblanza de grupo es solo el reflejo de una realidad bajo una interpretación, no un estudio exhaustivo que pretende ofrecer resultados ni establecer conclusiones determinantes.

Como parte de un modelo descriptivo, este trabajo especial de grado consideró un paradigma que enmarcara el tipo de investigación. Según Guba (1990), el paradigma constructivista considera que no existe solo una realidad, que las realidades son múltiples y que están en la mente de las personas. El constructivismo busca retratar un entorno a partir de la mente de quienes la conocen. Así pues, conocer las características de una ciudad y captar su esencia, depende de la

percepción de las personas. En el caso de esta investigación, conocer la realidad de Acarigua-Araure se derivó de las apreciaciones de los extranjeros entrevistados.

Título

Acarigua-Araure en distintos idiomas

Justificación y formulación del problema

Este proyecto se plantea como problema de investigación la necesidad de dar a conocer —a través de una semblanza de grupo— las características de las ciudades gemelas Acarigua-Araure a partir de la mirada del inmigrante radicado en esta región.

Realizar una semblanza de grupo permite construir un contexto social e histórico que puede contribuir con un significativo aporte cultural. Entender cómo se desarrolla la sociedad despeja un camino de comprensión del comportamiento político, social y cultural. Esto es relevante para un país con tanta diversidad como Venezuela.

Mediante la semblanza que se presenta es posible revivir un contexto desde una perspectiva poco considerada por el venezolano. Solemos conseguir a especialistas, a los que han vivido todo un proceso histórico de cambios, a “los que conocen realmente” lo que ocurre en un lugar, pero pocas veces se considera esa percepción de aquellos que no tienen la versión "especialista" del fenómeno.

De esta manera, conocer y desarrollar en un conjunto de semblanzas periodísticas desde una perspectiva tan distinta como la de un extranjero, como es el caso de *Acarigua-Araure en distintos idiomas*, permite abrir una puerta de comparaciones, develar una realidad y construir un periodo histórico. Además, ofrece

un aporte a esa memoria histórica de Venezuela, pues permite conocer el ambiente al que se enfrenta un extranjero de la época con una cultura tan distinta, qué percibió, saber si mantuvo sus tradiciones o si se desligó de ellas para adaptarse al nuevo entorno y qué lo motivo a radicarse en Acarigua-Araure.

Llama la atención que en una región como Acarigua-Araure, un lugar alejado de la capital y de las costas, exista tanta variedad cultural y población extranjera: españoles, italianos, árabes, colombianos, alemanes, chinos, cubanos. Hasta ahora no existe ningún estudio en profundidad que explique por qué estos extranjeros decidieron establecerse en este territorio.

Objetivos

Objetivo general

Construir una imagen de Acarigua-Araure a partir de la perspectiva del inmigrante mediante una semblanza de grupo.

Objetivos específicos

- Definir el contexto histórico del estado Portuguesa, así como también de Acarigua y Araure, en el siglo XX.
- Retratar la Acarigua-Araure del siglo XX a través de sus características principales.
- Reconstruir las historias de vida de los inmigrantes establecidos en Acarigua-Araure en el siglo XX.
- Describir el entorno donde habitan los protagonistas de las semblanzas a través de la realidad social, económica y política de Acarigua-Araure.

- Explicitar los factores que influyen en la decisión de los inmigrantes de establecerse en Acarigua-Araure.
- Mostrar Acarigua-Araure desde la mirada del inmigrante establecido en la región.
- Establecer las características de una semblanza de grupo.

Público lector meta

Por ser un tema de interés histórico y local, este proyecto –aunque podría ser apreciado por un público más amplio– va dirigido principalmente a adultos, hombres y mujeres de la región, que se preocupen por conocer más de su localidad, por las personas que en ella transitan y por sus instituciones.

Al reflejar la ciudad, su cultura y sus componentes, esta semblanza de grupo contiene información sobre organizaciones, instituciones, eventos y datos sobre la región que también interesan a miembros, integrantes y participantes en ellas.

Delimitación

La presente semblanza de grupo toma en cuenta solo a extranjeros que tengan más de 15 años de residencia en Acarigua-Araure. Contempla la historia de vida de estos personajes, su entorno, sus aportes, su integración, sus actividades diarias y proyecciones. Cada capítulo representa una semblanza principal de un extranjero. A través de su historia, su cotidianidad y sus aportes, se estudia el entorno, las costumbres y la cultura de la ciudad.

Por tratarse de extranjeros que llegaron a la ciudad en diferentes momentos, el estudio se enmarca en un período comprendido entre 1950 y la actualidad. Los personajes principales de cada semblanza son: Clara Nadorfy de Hungría, Luigino Merlotti de Italia, Ruslán Vashaev de Chechenia, Rosa Tsui-Hua Chen de Taiwan y Ragnar Gil de Cuba. Cada uno de ellos vive en distintas zonas de la ciudad y ha tenido vínculos diferentes con ella.

En términos de espacio, la investigación se realizó principalmente en Acarigua-Araure, en contacto directo con los sujetos de la semblanza y sus respectivos entornos. La investigadora también tuvo la oportunidad de visitar la Colonia Agrícola de Turén para hacer un mejor estudio de esa importante población a la que llegó gran parte de los extranjeros que actualmente viven en Acarigua-Araure. Otra parte del trabajo se llevó a cabo en Caracas, por la necesidad de consultar otras fuentes primordiales de información como historiadores.

Este estudio no contiene una muestra representativa de extranjeros, no pretende hacer un análisis profundo de inmigración, de compenetración cultural, ni de la ciudad y sus instituciones. Es un trabajo periodístico que pretende reflejar diversas realidades de individuos adaptados a un entorno para retratar, desde varios puntos de vista, una determinada cultura.

Limitaciones

Entre las principales limitaciones para la realización de este proyecto estuvo la disponibilidad irregular de los entrevistados. En muchos casos suspendían o retrasaban las entrevistas, lo que dificultaba mantener un esquema de tareas y citas con las fuentes. Por otro lado, algunos de ellos —no solo los personajes principales sino también otras fuentes esenciales para la investigación— se enfermaron, viajaron

o tuvieron situaciones personales que hicieron que los encuentros se postergaran o se cancelaran.

Conseguir extranjeros que pudieran formar parte de los personajes principales dificultó la investigación, porque contar sus historias dependía de la capacidad que tuvieran para contar sus experiencias y de lo atractivo que pudiera ser para el lector su historia de vida. Algunos de los inmigrantes entrevistados no se compenetraron mucho con la ciudad, se limitaron a estar en sus casas o a participar muy poco, esto impedía cumplir con el objetivo principal de la investigación, que es retratar la ciudad a través de sus historias.

Apoyar la investigación en fuentes documentales también fue complicado, ya que hay muy pocos registros de inmigración a Acarigua-Araure y no existen cifras oficiales ni datos precisos. Además, no son muchos los expertos que conocen a profundidad el tema. Esto dificultaba confirmar algunos datos que proveían los entrevistados en los encuentros.

Armar las piezas

Para llevar a cabo la investigación primero fue necesario establecer un esquema, una lista de tareas y acciones que se consideraban esenciales. Castejón Lara (2009) considera que este primer paso de planificación es lo que va a determinar si "seremos capaces o no de conducir adecuadamente el proceso de indagación y de evaluar productiva y eficazmente el voluminoso amasijo de datos" (p. 159). Partiendo de esta premisa, se realizó una guía que contemplaba la estructuración de la información que se necesitaba para desarrollar las semblanzas.

Nelson Hippolyte Ortega (1993) señala que "buena parte del éxito de una entrevista depende de esa investigación preliminar: de husmear papeles, fotos, revistas para que el personaje empiece a vivir con nosotros y nosotros en él" (p. 17). Por tratarse de un tema poco estudiado y de personajes sin relevancia pública, la

documentación previa a las entrevistas no fue exhaustiva. Sin embargo, fue importante conocer el período migratorio, las características principales de la ciudad y, en algunos casos, consultas a allegados y páginas web antes de realizar las entrevistas.

Benavides y Quintero (2004) señalan que en casos de personajes de poco reconocimiento "deberemos poner tanta atención en la personalidad en sí como en las circunstancias que hacen que nos interese por ella" (p. 197). Por ello fue importante revelar algunas causas y ejemplos del fenómeno migratorio en esa ciudad. La consulta de algunos libros y sitios web permitieron conocer mejor tanto la ciudad como la llegada de extranjeros a Venezuela.

Antes de los encuentros se preparó un cuestionario para que las entrevistas cumplieran con los objetivos principales. Juan Cantavella (1996) recomienda al respecto que "cuando preparamos un encuentro de esta naturaleza redactamos un guión con las preguntas que *a priori* pueden constituir el armazón de un diálogo que, en todo caso, somos nosotros los que debemos dirigirlo" (p.103).

Tomando en cuenta lo anterior, se consideraron como preguntas fundamentales para cada entrevistado extranjero las siguientes: ¿cómo y por qué llegó a Venezuela?, ¿por qué se estableció en Acarigua?, ¿qué actividades ha realizado en la ciudad?, ¿cómo es la ciudad?

Las preguntas facilitaron una conversación amena en la que los entrevistados contaron sus experiencias. La investigadora motivó a los personajes a hablar de sus sentimientos, de detalles y de aspectos que no estaban contemplados en el guión previo pero que permitieron enriquecer la investigación.

La mayoría de las entrevistas tuvo lugar en la casa del personaje, lo cual permitió tomar notas de los detalles de su entorno. Nelson Hippolyte Ortega (1993) explica que "la finalidad es introducirse en el espacio íntimo del individuo y en su

contexto social e histórico para hacerlo perdurar en el tiempo. Es una 'puesta en escena' con su escenografía (la casa, el apartamento, la pequeña oficina)" (p.13).

Observación

Tener la oportunidad de entrevistar a los personajes cara a cara es lo que enriquece las descripciones en la narración. La oportunidad de estudiarlos de cerca permitió describir sus comportamientos y aspectos físicos. Benavides y Quintero (2004) aseguran que "el escritor de semblanzas debe observar con atención a su sujeto, del mismo modo como se compra un auto usado: con detenimiento" (p. 203).

Por tratarse de una semblanza de grupo que busca destacar también los aspectos de una ciudad, esta técnica no solo sirvió para describir a los personajes sino también su hogares, lugares de trabajo y recreación, los edificios e instituciones que frecuentan o que conformaron y las características del ambiente.

Esta observación directa no se limitó a Acarigua-Araure, también se visitó la Colonia Agrícola de Turén, epicentro de llegada de muchos extranjeros. Allí se pudo tomar notas del aspecto del lugar, su distribución y hasta detalles de los establecimientos, que se conservan, en su mayoría, con muy pocas modificaciones desde que se construyeron.

El mundo del personaje

Es fundamental entender la perspectiva que tienen los allegados al protagonista. Permite dar una mejor referencia, una descripción más precisa de quien

se habla. Son también, en muchos casos, quienes pueden confirmar información que provee el entrevistado. Benavides y Quintero (2004) manifiestan que:

"Entrevistar a otras fuentes distintas del protagonista de la semblanza tiene varios propósitos: a) alcanzar un equilibrio en el texto, de modo que la semblanza no resulte una publicidad gratuita o un libelo; b) complementar con otros puntos de vista la idea que el sujeto tiene de sí mismo; c) poner a prueba los juicios del reportero al compararlos con los de otros; d) proporcionar opiniones expertas dentro del campo de especialidad del sujeto" (p. 197).

Para este trabajo se entrevistó a un grupo de cinco extranjeros, los protagonistas de las semblanzas, a sus familiares y amigos, a otros inmigrantes que los conocen y que tuvieron algún tipo de vínculo o podían confirmar la información sobre sus experiencias. También se consideraron gerentes, líderes y expertos, de las organizaciones en las que participaron los protagonistas de las semblanzas.

Al tratarse de una semblanza de grupo sobre un lugar, en algunos capítulos se consideraron las experiencias de personas que –a pesar de no tener una relación directa con el protagonista de la semblanza– podían contribuir con un aporte importante sobre el tema que se estuviese desarrollando en alguna etapa de la experiencia del protagonista. Se trata de un estilo similar al que emplea el periodista francés Dominique Lapierre en sus semblanzas, esto permite al lector tener un contexto más amplio que le ayude a comprender mejor el fenómeno.

La investigadora visitó las empresas y organizaciones en las que los protagonistas de las semblanzas se involucraron en un momento determinado. Esto permitió realizar entrevistas informativas y confirmar la asistencia o colaboración de los entrevistados en ellas. En muchos casos también se contó con el apoyo de material documental (como revistas, periódicos, libros y sitios web) que confirmaron declaraciones y aportaron datos para enriquecer el trabajo.

La estructura

Benavides y Quintero (2004) explican que para redactar la semblanza el investigador debe tener a mano todos los datos recolectados. Una vez organizados, debe hacer un esquema que tenga una entrada, contexto, los temas que se van a desarrollar y el remate (p.207). Para esta semblanza de grupo se siguió esta sugerencia y se estructuró una guía para cada capítulo ya que cada uno constituye un producto completo en sí.

Para la redacción de cada pieza la investigadora empleó la descripción, el diálogo, la narración, además de recursos literarios como la metáfora. El relato no siguió un orden cronológico, en cada una de las semblanzas se realizan saltos temporales a distintos hitos de la vida de cada personaje, con la intención de generar un espacio creativo que no fuera predecible para el lector. Se hizo énfasis en la revisión de fuentes y su inclusión en la narrativa, teniendo siempre en cuenta que se trata de un producto periodístico.

Respecto a esa última aclaratoria, Nelson Hippolyte Ortega (1993) precisa: "Cuando alternamos la secuencia original de la conversación, o cuando descartamos ciertos rasgos de personalidad e ignoramos otros, no estamos siendo objetivos. Pero el problema no es de objetividad sino de honestidad" (p.19-20). Es importante que aunque se empleen recursos creativos, la información sea, ante todo, veraz, fiel a la realidad.

Aunque los capítulos no se relacionan directamente, están asociados por el mismo hilo conductor: la perspectiva del extranjero respecto a la ciudad. En algunos casos los protagonistas se conocía y se pudieron establecer ciertas relaciones entre ellos. Sin embargo, es la suma de las semblanzas lo que va a permitir retratar a Acarigua-Araure como un todo, tomando en cuenta las experiencias de vida de sus habitantes entrevistados.

Este proyecto se compone de una introducción (prólogo), cinco capítulos que constituyen, cada uno, una semblanza de un extranjero diferente, y un epílogo.

Capítulo I: Parlando negocio

Luigino Merlotti llegó a Venezuela cuando tenía 17 años. Cuando pisó el puerto de La Guaira no tenía ni una moneda en los bolsillos. Años después se convirtió en un gran empresario que realizó significativos aportes a la región. Fundó asociaciones, clubes y construyó estructuras importantes para el desarrollo del deporte y la agricultura. En este capítulo se evidencia el intercambio cultural durante la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. Además, se cuentan historias de instituciones y de allegados a Merlotti que enriquecen la comprensión de la región.

Capítulo II: Diccionario húngaro

En este capítulo se relata la historia de Clara Nadorfy, una húngara que atravesó el continente europeo durante la Segunda Guerra mundial antes de llegar a Venezuela. Junto a su familia trabajó y logró adaptarse a condiciones selváticas en la Colonia Agrícola de Turén. Su familia fue de las primeras en llegar a ese sueño agrícola que ofrecía la Venezuela de Pérez Jiménez. Su compenetración con la ciudad, y en general con el país, fue tal que asegura querer más a Venezuela que los propios venezolanos. Practica natación y trabaja como dama voluntaria en el agitado hospital de Araure. En esta semblanza se dan a conocer rasgos de la situación actual de la salud en la ciudad.

Capítulo III: Caracteres asiáticos

Tsui-Hua Chen llegó a Acarigua cuando tenía nueve años. Tuvo que enfrentarse a un nuevo idioma y al llamativo de sus rasgos asiáticos. Logró adaptarse,

descubrir su amor por la peluquería y viajar por el mundo junto con uno de los más prestigiosos peluqueros de Acarigua-Araure. Se interesa por llevar una vida sana, le encanta cocinar: ha montado varios restaurantes en la ciudad y ha participado en varios concursos. Practica senderismo y recorre los espacios rurales. Dice que mientras más lejos esté de los centros comerciales, mejor. También, a través de su historia, se destacan los encuentros más importantes de las ciudades gemelas.

Capítulo IV: Pronunciación eslava

En este capítulo se narra la historia de Ruslán Vashaev, un checheno que llegó de vacaciones a Acarigua para conocer a la familia de su esposa venezolana. Ruslán volvió a Rusia 13 años después, como visitante. En Acarigua pasó de trabajar en la ferretería de su suegro como obrero a ser dueño de una joyería y una reconocida reputación en la región. Conoció cada empresa, barrio, urbanización y negocio en el que pudiera vender sus lentes y sus joyas. Muestra la ciudad a través de sus recorridos, sus habitantes y el potencial económico que despiertan las actividades agrícolas.

Capítulo V: Acento y salsa cubana

Ragnal Gil es un cubano que camina por Acarigua-Araure con una amplia sonrisa. En este capítulo se relata cómo llegó este amante del deporte a Venezuela y se presenta su labor como profesor de Educación Física y entrenador en distintos lugares de la ciudad. Muestra las dificultades a las que se enfrentó en su país, así como también los nuevos retos en Acarigua-Araure. En su historia, se describe el potencial deportivo de la región y algunas organizaciones importantes de las que formó parte.

Mapa de actores

Protagonista	Personaje referencial	Experto
Clara Nadorfy	Verónica Bahr Carmen Núñez Tomás Nadorfy Katalina de Nadorfy Belkis Parra Magdalena Galiotto	Wilman Rodríguez (miembro de la junta comunal de la Colonia Agrícola) María Soledad Hernández (docente e historiadora) Tomasa Salazar (vicepresidenta de la Acción Damas Voluntarias de Acarigua-Araure)
Luigino Merlotti	Jehny Merlotti Ramona Linárez Silvano Salazar Diego Zambrano	Teresa Sánchez (Gerente de Aproscello) Leonel Canelón (cronista de Turén)
Rosa Chen	Fanny Chen Betty Marín Roberto Leung Iván Pérez	Gustavo Moreno (vicepresidente de Asoportuguesa y coordinador de la Agroferia). Gioconda Rivas (Presidenta de Fundarroz) Luis Quiñones (Presidente de Senderistas Portuguesa)
Ruslán Vashaev	Gerardo Manzione María Eugenia Tola Carmen Elena Martínez Dagobert Doerschlang	Wilfredo Bolívar (cronista de Araure)

Ragnar Gil	Eliana Marín Josefina Trujillo Alfredo Gil Eduardo Gil Ybeth Pérez Rocco Colaiacova	Ricardo Yépez (vicepresidente de operaciones del Central Azucarero Portuguesa) Cristina Machado (rectora y fundadora del colegio Los Caminos)
------------	--	--

I. DICCIONARIO HÚNGARO

“La vida no es la que uno vivió
sino la que uno recuerda,
y cómo la recuerda para contarla”
(*Vivir para contarla*, Gabriel García Márquez)

—¡Buenos días! ¡Por favor! ¡Gracias!

Alemanes, franceses, italianos, yugoslavos, polacos. Todos ensayaban oraciones incoherentes. La familia de Clara Nadorfy estaba en el grupo de los húngaros. Su papá, su mamá, su hermano mayor y su hermana menor también se unían a los que entrenaban su voz para que emitiera nuevos sonidos. Estaban ávidos de conocimiento. Todos se tambaleaban al ritmo de la marea pero enfocaban la vista en los diccionarios que contenían las palabras que les abrirían las puertas a su nuevo destino: Venezuela.

Clara tenía miedo. Observaba a los adultos que se reían al pronunciar la erre, a los que se frustraban al ver esa lengua incomprensible sobre sus libros. Aún quedaba un largo recorrido, sobre todo para los Nadorfy; su destino, la Colonia Agrícola de Turén, aún no existía en 1945.

Fernando, el padre de Clara, tenía muchas esperanzas. Tal vez en esta nueva tierra podía conseguir tranquilidad para su familia. Habían perdido mucho: casa, tierras, cultivos, muebles. Soñaba con los grandes terrenos listos para cultivar que debía haber en Venezuela. ¿Qué cultivaría? ¿Cuántas hectáreas conseguiría? Sus estudios de agronomía seguramente lo harían prosperar. La emoción lo hizo levantarse cuando el barco se detuvo, corrió junto a Clara para asomarse por la borda hasta vislumbrar La Guaira. Sintió que la mirada de su hija se detuvo en su rostro, pero no podía hacer nada: era imposible disimular la decepción.

Solo había cerros indomables. Se sintió engañado. ¿Mejoraría el terreno en otra zona? ¿Qué vamos a hacer aquí? Por ahora debían resolver qué harían y dónde

dormirían. Los trasladaron a una pensión, a Curamichate. Unos húngaros les ofrecieron una habitación en una pensión pero solo había espacio para Fernando, su esposa –Elena–, y Tomás, el hijo mayor de ambos. Clara y Eva, su hermanita, debían quedarse en otra parte. "Nos llevaron a unas barracas en Sarrías, que eran para emigrantes", recuerda Clara.

La familia se reencontraba los domingos. Durante la semana Clara y Eva estudiaban en un colegio en un idioma que no entendían. En los recreos las demás niñas las encerraban en un círculo y se dedicaban a observarlas. Eran una especie distinta, de piel muy blanca y una manera extraña de hablar.

Elena cocinaba en la pensión y Fernando se dedicó a un nuevo oficio: la fotografía. Montó un estudio y pasaba de casa en casa preguntando si querían una foto. Las revelaba, las pintaba, las ponía en un marco y las vendía. Le iba bien porque era algo nuevo. Todos querían un retrato. Fotos con la familia, fotos con las flores, fotos sentados, fotos parados. Clara recuerda algunas que le parecían "comiquísimas".

Luego de unos meses se mudaron a Barquisimeto a una casa en la avenida 20. Ahí sí vivían juntos, en una habitación alquilada. Fernando seguía ejerciendo como fotógrafo, ya tenía ayudantes y viajaba por muchas ciudades de Venezuela. Ofreció sus servicios en fincas –para establecer algún tipo de contacto con la agricultura– y conoció a mucha gente. Así se enteró de que en Turén habían deforestado toda la selva, por lo que el presidente Marcos Pérez Jiménez entregaría tierras a extranjeros para un proyecto importante. Fernando debía trabajar allá.

Alemanes, franceses, italianos, yugoslavos, polacos y otros extranjeros –llegaron emigrantes de 22 nacionalidades distintas a esa colonia– se reunirían en aquel pueblo con promesas de modernización. Los Nadorfy fueron una de las cinco familias fundadoras de la Unidad Agrícola de Turén¹.

¹ También conocida como Colonia Agrícola de Turén

Cuando Clara Nadorfy se acercaba a sus 60 años la invadió una gran tristeza. Otra vez tenía que enfrentarse a la separación. Desde pequeña le enseñaron la importancia de mantener a la familia unida, pero no había nada que pudiera hacer para solucionar esta situación. Otra vez había una partida, pero en esta ocasión ella no iba. Su esposo, Guillermo, falleció.

Tenía que ocuparse de su negocio de venta de repuestos en El Palito, cerca de la avenida Los Agricultores en Acarigua. Era un local reconocido y había mucho trabajo. A esa ciudad llegaban muchos tractores, gandolas y carros que necesitaban los productos que Clara vendía. Sus tres hijos la ayudaban. Pero luego el mayor se casó y decidió mudarse a Barquisimeto. Su hija Mónica siguió ese ejemplo, se fue más lejos, a México.

La partida de Mónica es todavía un dolor insoportable para Clara. Hoy, casi 20 años después, aún siente cómo la nostalgia baña sus ojos, los enrojece. "Pero ya me adapté y ya me tranquilicé. Gracias a Dios ella está muy bien allá". El proceso no fue fácil, recuerda que su amiga Lola la ayudó; se inscribieron en el curso de control mental Silva². La técnica consistía en hacer que las personas entendieran mejor sus problemas, en terapias de relajación y autoprogramación. Su compañera de tratamiento le recomendó unirse a otro método que le daba buenos resultados a ella:

—Entra como voluntaria, así te distraes y nos ayudas. Aquí hay qué hacer, tú ya no estás trabajando.

—Es que este año va a parir mi hija, Lola, tengo que ayudarla.

Siempre tenía una excusa. Hasta que se le acabaron. La asociación Acción Voluntaria de Hospitales se fundó en Venezuela en 1969, y se formó una filial en Acarigua-Araure en 1982, como iniciativa de la primera dama del estado Portuguesa en ese año, Nelly de Corredor. La función de este organismo es ayudar a los pacientes hospitalarios, acompañarlos y, cuando lo necesiten, conseguirles recursos y asesoría.

² Método inventado por el parapsicólogo José Silva que se basa en ejercicios de relajación profunda.

Cuando Clara comenzó a trabajar en los hospitales con el característico uniforme color turquesa, ya la organización estaba sólida. Ahora Clara tiene 20 años como "dama de azul" y forma parte de la junta directiva. Es la tesorera desde hace ocho años. Se distrae y no piensa tanto en sus tristezas. Le sirve de terapia.

* * *

Durante la Segunda Guerra Mundial los rumores de la llegada de los rusos a Hungría hicieron que el papá de Clara considerara abandonar su hogar en Szombathely, la capital del condado Vas, al oeste de Hungría. Una decisión dura para este ingeniero agrónomo que tenía finca, cultivos, una casa de varios pisos y personal de servicio. Tenían que dejar todos sus bienes. Algunos los enterraron con la esperanza de recuperarlos.

Clara tenía 7 años y recuerda cómo se alejó de su propiedad en una carreta empujada por caballos. La música de fondo durante el largo viaje era de estallidos de bombas, tiros, aviones, gritos, órdenes, tanques de guerra. Cuando consiguieron algo de paz estaban en Griesstätt, una población alemana cerca de la ciudad de Múnich. Estaba ocupada por los americanos.

Consiguieron una familia que los ayudó y se instalaron unos meses ahí. Clara iba a una escuela donde recibía clases en alemán y debía borrar constantemente una pequeña tabla donde hacía anotaciones efímeras. No había papel. Pero podía comer un desayuno y un almuerzo diario. A veces hasta un chocolate.

Sus padres querían otro tipo de vida, querían paz, alejarse de la miseria en la que aún vivían. Decidieron irse a París, Francia. No tenían pasaportes ni los papeles que exigían las leyes para entrar. Los botaron del tren y tuvieron que atravesar la frontera con un guía que conocía el terreno. París les ofreció trabajos de obreros a sus padres y ratos de soledad a Clara y a sus dos hermanos. Salían desde muy temprano a trabajar y los niños se quedaban en la pequeña habitación de un hotel, esperando su

regreso. Era una rutina que duró nueve meses, hasta que su padre decidió partir de nuevo, esta vez con ganas de irse de Europa y de la guerra. Lejos.

—Nos vamos al primer país que abra inmigración y nos acepte —decretó Fernando.

Y fue Venezuela.

* * *

Finalmente Fernando Nadorfy pisaba un terreno, su terreno. Trabajaba en lo que quería. Desde la ventana de la casa que le asignaron veía a Clara manejando el tractor —que también les cedió el gobierno— para cultivar. Su hijo mayor dormía, había trabajado toda la noche. El ingeniero agrónomo aprendió muchas cosas durante los primeros meses de haber llegado a la Unidad Agrícola de Turén, cuando ocupó un cargo en el departamento de investigaciones del Instituto Agrario Nacional (IAN). Sabía cómo cultivar maíz, arroz, ajonjolí, lechosa. Y la tierra prometida respondía muy bien.

La familia estaba satisfecha. Por fin tenían una casa propia —que debían pagar con su producción—, amoblada y equipada con utensilios para el hogar y maquinaria agrícola para las tierras: asperjadora, tractor, rastra, arado. Los muebles eran de madera, los fabricaron en la carpintería de la colonia. El techo era de zinc. Tomás recuerda la primera vez que les llovió sobre ese soporte que no conocían: "Con el primer invierno cayó lo que llaman 'un palo de agua', el techo de zinc empezó a sonar y no entendíamos qué pasaba. Corrimos fuera de la casa porque creíamos que se venía para abajo".

La Unidad Agrícola Turén tenía 15.000 hectáreas deforestadas —antes era una gran selva— con terrenos distribuidos en sectores. Se agrupaban en cuatro casas, cada una con un terreno de 24 hectáreas —luego podían comprar más si tenían los recursos—. En esas viviendas con diseño americano instalaban a familias de distintas nacionalidades: venezolanas, húngaras, polacas, alemanas, italianas, españolas, francesas.

A pesar de la organización y los aportes en inmuebles y equipos, durante los primeros años vivieron en condiciones precarias. Clara hace un gesto de desagrado al recordarlo: "No teníamos agua, no había luz, no había escuela. Nada más que la pura casa. Nos traían agua en una cisterna... ¡Y culebras! Había culebras por todos lados". Solo existía una planta eléctrica en Villa Bruzual –donde estaba la escuela a la que iban los hijos de los agricultores– que funcionaba porque estaba a cargo de un joven italiano llamado Gino Merlotti.

La idea inicial era que 80% de los parceleros fuesen venezolanos y 20% extranjeros. Sin embargo, con los venezolanos hubo problemas. Los que vivían por la zona no querían abandonar sus huertos y ranchos. Pero Pérez Jiménez, desde que planteó la modernización de la región, quería acabar con los conucos. A muchos les quemaron sus hogares para que se mudaran a las casas que el gobierno había construido. En Villa Bruzual explotó la ira el 29 de septiembre de 1952, cuando ocurrió "la masacre de Turén", un levantamiento fracasado de campesinos contra la dictadura en el que se sospecha que murieron más de cien³ personas fusiladas.

Aquella tragedia mantuvo por muchos años el descontento de algunos turenenses contra el gobierno y los extranjeros. Wilman Rodríguez, encargado de medios alternativos de la Junta Comunal de la Colonia Agrícola de Turén, asegura que los venezolanos desconfiaban de los *musiús* porque había muchos rumores de esclavización. Por eso para 1954 la colonia tenía 449 parceleros, pero 86% eran emigrantes.

El IAN establecía un dominio sobre la actividad agrícola. Todo lo que se cosechaba pasaba por el control del instituto. Nadie podía vender su producción. Era la manera en la que el gobierno cobraba los créditos de los parceleros. Tomás asegura que eran muy estrictos: "En la salida de la colonia hacia Turén había una alcabala que estaba bastante restringida, revisaban todos los carros. Me acuerdo de que un señor

³ Según el sociólogo Luis Llambí en su libro *La Finca Moderna*, se realizaron estimaciones que indicaron que 130 campesinos y obreros fueron ajusticiados.

llevaba dos saquitos de caraotas para vender y le cayeron a planazos. Se formó un lío porque justamente vino el cónsul o el embajador de Alemania".

También asistían extranjeros de visita porque la colonia representaba un modelo internacional. Clara vio llegar a muchos funcionarios de otros países que admiraban el sistema implementado: "Había muchos eventos. Venía gente de toda Sudamérica y de Norteamérica a ver cómo se hacía, cómo se formó, cómo estaba organizado. Llegaban presidentes y ministros y se quedaban en la casa huésped porque no había hotel en esa época". Y la Unidad Agrícola daba resultados: Turén llegó a aportar 73% de producción de ajonjolí en el país.

Los extranjeros fueron quienes mejor aprovecharon la colonia. Clara asistía a los eventos que hacía el capitán Pedro Navarro, director de la colonia. Querían promover la integración de los inmigrantes. Hacían presentaciones de bailes según la nacionalidad y vestían atuendos típicos de su país, aunque también aprendieron a bailar joropo con alpargatas.

Transmitían películas en una pantalla bajo un árbol de mangos y los parceleros llegaban en tractores y traían las sillas de sus casas. Preparaban terneras. "Los inmigrantes éramos una sola familia. No teníamos ni primos, ni tíos, ni abuelos, ni nada: el matrimonio con sus hijos. Había esa necesidad de intercalarse, de unirse, porque nadie tenía otros familiares", explica Clara.

Se conocían casi todos en el municipio. Magdalena Galiotto, una italiana de 15 años que acababa de llegar a la colonia, sabía los nombres de cada uno. Ayudaba a su mamá en el restaurante —el único que había— y se enteraba de todos los acontecimientos. En esos encuentros conoció a un italiano, Camilo Seracene, quien se convertiría en su esposo siete meses más tarde. Su boda se dio a conocer hasta en el periódico caraqueño *El Universal*, donde apareció la pareja en una foto y más abajo una pequeña nota sobre el acontecimiento. "Fueron los mejores siete años de mi vida: había seguridad, no había ladrones, nos llevaban a pasear, hacían terneras, sancochos". Luego Magdalena se mudó a Acarigua.

Ahora Magdalena vive en una casa de techo alto y paredes gruesas frente a la plaza de Araure. Fue otra inmigrante que se trasladó para conseguir mejores oportunidades. Desde su poltrona observa un álbum de fotos de la colonia. Cuenta que el presidente visitaba con frecuencia la Unidad Agrícola porque tenía una casa ahí. Cuando él iba hacían grandes fiestas, ella llegó a bailar con él. "En el año 55 llegó Marcos Pérez Jiménez a la colonia y nos entregó a todos títulos de propiedad. Hubo una celebración con Los Melódicos, la Billo's Caracas Boys...", relata Galiotto.

Clara también se divertía en los encuentros. Le encantaban los paseos al Río Acarigua. Bailaba la czarda ⁴con el traje típico que habían confeccionado para ella. Le gustaba su falda de faralaos. Años más tarde construyeron un club en el que hicieron una sala de bailes, una pared alta para proyectar videos y una piscina que los Nadorfy disfrutaron mucho. Tomás trabajó un tiempo en su mantenimiento: limpiaba el agua, se aseguraba de que estuviese apta. Amaban nadar porque sus padres procuraron que los tres hijos, desde muy pequeños, aprendieran a hacerlo bien.

Tomás visitó la Colonia Agrícola de Turén en 2014. Ya no queda ni rastro de lo que solía ser. Está muy abandonada: "La piscina la llenaron de basura y tumbaron todo. Me dio mucha lástima". Así está esa región que llegó a tener un aeropuerto comercial –Aeropostal hacía un vuelo semanal– por los constantes viajes del entonces director del IAN, Armando Tamayo Suárez, los funcionarios públicos y los agricultores.

Poco a poco los Nadorfy mejoraron sus condiciones de vida en Turén. Tomás notaba los cambios: "Logramos comprar una nevera de queroseno, convertía el calor en frío. Teníamos que comprar un combustible especial que se llamaba 'El Capitán' y lo vendía el IAN". El instituto se adaptaba a las necesidades.

Desde la ventana, Fernando Nadorfy seguía observando su terreno. Esperaba a que Clara terminara de trabajar con el tractor para él comenzar su larga jornada

⁴ Danza húngara tradicional.

laboral. Sonreía al pensar en el tesoro más valioso que habían adquirido en aquel lugar: tenían paz.

Clara partió a buscar un mejor futuro. Se fue a Chile a estudiar. En la Unidad Agrícola de Turén solo impartían hasta sexto grado. Tenía que mudarse a otra ciudad. Mientras tanto, como sabía de taquigrafía y mecanografía –una española le enseñó mientras vivían en Barquisimeto–, comenzó a trabajar en el IAN como secretaria. Conocía todos los proyectos que se tramitaban: la creación de canales para controlar las crecidas del río Acarigua, los ingresos de las nuevas familias, los tipos de cultivos que se hacían y los que debían realizarse.

A pesar de que aprendía mucho, deseaba una educación completa. Tomás recuerda que estaban una especie de encrucijada: "Ella y mi otra hermana querían seguir sus estudios, pero en Caracas estaba cerrada la universidad por asuntos con Pérez Jiménez y tampoco hubiésemos podido costear los altos gastos de la capital".

Eva comenzó a estudiar bachillerato en el colegio María Auxiliadora, a cargo de una congregación religiosa de monjas salesianas. Servía como internado. Para visitarla, los Nadorfy debían hacer un largo recorrido –los domingos– por una carretera de tierra, en un todoterreno sin puertas. Por más que se cubrieran con pañoletas llegaban a Barquisimeto con una capa de tierra fina sobre sus cuerpos. El polvo se les incrustaba hasta en las pestañas. Se llevaban una muda de ropa y alquilaban una habitación en un pequeño hotel para bañarse y refrescarse luego del viaje.

Las normas eran muy estrictas en el internado. Un domingo, Eva vio desde su ventana que habían llegado sus padres. No pudo contener la emoción y corrió por las escaleras para recibirlos. Fue un error. Una profesora la regañó y no dejó que los viera. Los Nadorfy hicieron la travesía en vano.

Cuando Eva terminó el bachillerato quería seguir preparándose, y Clara, por su parte, quería retomar sus estudios. Para Elena y Fernando la única alternativa para que sus hijas pudieran estudiar era mandarlas a otro país. El bolívar, al hacer convertir la moneda, tenía un valor favorable en otros países, como Chile y Argentina. Tomás recuerda la relación: "Con una locha yo podía comprarme una botella de vino allá".

Clara se fue a Santiago de Chile. Tenía 18 años. Allá vivía con un tío que la orientó para estudiar bachillerato. Todo era muy moderno para ella: las calles, las avenidas, las autopistas, las casas, la arquitectura. Conoció el teatro, la ópera, el cine. Estuvo ahí durante dos años y luego se fue con Eva a Argentina, donde vivían su abuela y otros tíos.

A Eva le gustó más Argentina. Se quedaron allá, Clara terminó el bachillerato y acompañó a su hermana, que estudió un doctorado en química. Allá conoció a Guillermo Bahr, un argentino con rasgos alemanes que se convirtió en su esposo meses más tarde. Su hermana también se enamoró de un lugareño. Pero extrañaban aquel terreno que les había dado estabilidad, el que mejor albergaba sus raíces deterioradas.

Fernando y Elena insistían en que sus hijas debían regresarse a Turén, que allá había mucho trabajo y buenas oportunidades para la familia. Las dos hermanas convencieron a sus maridos y volvieron a las regiones fértiles de Venezuela. Clara regresó con Guillermo buscando un mejor futuro.

En la cima del Cerrito de Araure está el hospital universitario Dr. Jesús María Casal Ramos. Llega todo tipo de problemas, todo tipo de pacientes: campesinos de pueblos lejanos que no tienen dinero para comprar sus medicamentos –pacientes sin atender–, mujeres embarazadas de su quinto hijo, acompañadas de los otros cuatro

–pacientes sin camillas–, hombres heridos en enfrentamientos violentos –pacientes sin insumos–, niños enfermos –pacientes solitarios–.

Clara conoce cada rincón del hospital de Acarigua-Araure. Ha recorrido todos sus pisos, sube las escaleras para no esperar el ascensor –solo funciona uno de los tres–, camina afincándose más sobre la pierna derecha, se tambalea hacia los lados. Pero no se cansa. Tiene un propósito: debe visitar a los enfermos. Cuando tiene tiempo le gusta observar un mural que hay en la sala de espera de los consultorios médicos: es un gran cuadro con imágenes que representan la evolución de la medicina. Lo admira, lo interpreta.

El hospital es una estructura heterogénea. Tiene unos cuartos muy modernos. Otros, en muy mal estado. La sala de emergencia está separada en dos amplias habitaciones: una para los hombres y otra para las mujeres, ambas abarrotadas de camillas. No caben todas, y por eso algunas se alinean en los pasillos, entorpeciendo el paso de los médicos apurados. Hay muchos pacientes. La emergencia de niños tiene las paredes pintadas de colores. Una niña juega con el celular de su mamá, mientras esta habla con una doctora. La pequeña tiene casi toda la cara quemada, la piel rosada y viva. Ya en algunas partes del cuerpo se le comienzan a formar costras.

Aunque las damas voluntarias quieran ayudar de muchas maneras a los enfermos, tienen reglas estrictas para evitar cualquier tipo de problema con los pacientes o el hospital. Carmen Núñez ya no trabaja en el hospital, pero fue dama voluntaria durante 13 años y conoce las normas: "No tenemos permitido tocar a los pacientes, eso es muy delicado. Uno no debe molestarlos. Lo que podemos hacer es hablar con ellos y preguntarles qué tienen, ver cómo los podemos ayudar".

En el piso de obstetricia una muchacha morena observa, acostada en su camilla, cómo sus vecinas de cuarto atienden a sus bebés recién nacidos. Los amamantan, los arropan. Algunas parecen niñas jugando con muñecas, son muy jóvenes, menores de edad. A la morena no le han traído a su bebé. La operación fue hace casi dos días y aún no conoce a su hijo, solo sabe que es varón. Es un caso que

pueden atender las damas voluntarias, pueden preguntar por qué no lo traen y ver cómo está para luego informar a la madre.

El lugar más moderno es Pediatría. Las paredes están pintadas y semicubiertas de cerámica en perfecto estado. Se mantiene frío porque el aire acondicionado funciona bien —no todos los pisos tienen tal lujo—. Las camillas son nuevas, con un diseño sencillo y cómodo. También se perciben adelantos tecnológicos porque la mayoría de los niños juega con Canaimitas y las comparten con los que no tienen.

Apenas se transita por otro piso del hospital, el ambiente cambia. En el viejo ascensor, un doctor lleva una maleta con ruedas.

—Doctor, ¿se está mudando al hospital? —pregunta una mujer en tono de broma.

—No, tengo una cirugía. Tengo que traer yo mismo las cosas para operar.

Hay pasillos con mensajes del Che Guevara, pinturas con la cara del fallecido presidente Hugo Chávez. Para Belkis Parra, auxiliar de oficina de personal, el hospital está “en muy mal estado”. Tiene 11 años trabajando allí. “Desde que entré va en descenso, no hay nada, no hay medicamentos. Si tienes una cirugía tienes que llevar todo”, comenta.

Muchas personas piden ayuda en la oficina de las Damas Voluntarias. Es un espacio cómodo, fresco. En la entrada hay un pasillo con un escritorio para la secretaria, Minerva Cordero, y al final hay una habitación amplia donde ahora está sentada la vicepresidenta, Tomasa Salazar.

Primero se acerca una muchacha de 19 años de edad que pide medicamentos. Tiene Sida. Minerva la atiende, le sella una orden. “Aquí hay muchísimos casos de Sida, y vienen muchas así, jovencitas”, se lamenta Minerva, una docente jubilada. Tiene tres años como “dama de azul”.

El coordinador del programa estatal de infecciones de transmisión sexual, Jorge Peña, declaró en 2013 que los municipios Araure y Páez son los que reportan

más casos de Sida, y que en el estado Portuguesa uno de cada dos pacientes infectados sigue un programa de tratamiento. Reconoce que la cantidad de casos en la región ha aumentado: "Aunque se mantiene estable, nos preocupa que todavía se reporten casos de VIH, cuando existe suficiente información preventiva en los medios de comunicación social". En 2013 se registraron 137⁵ nuevos casos.

Siempre llegan personas cuya situación conmueve. Tomasa se mantiene firme cuando escucha los relatos trágicos. Ha aprendido a desconfiar: "Hay muchos que vienen sin siquiera preguntar a sus familiares, no buscan alternativas. Y viene gente que se ve que tiene dinero, tienen Blackerrys y carteras costosas. Hay otros enfermos más necesitados". Ella los ha visto desde que comenzó a trabajar en el hospital:

—Recuerdo que era un señor de Camburito, del campo. Se había cortado la pierna con un machete. Su esposa vino un día a acompañarlo pero tenían cinco hijos y ella se fue y lo dejó solo. A los días al señor lo dieron de alta, pero no se iba. Pasó el tiempo y me acerqué a hablar con él. Me dijo que solo necesitaba comprar una gasa para poder irse, pero no tenía dinero. ¿Te das cuenta? Eso no costaba casi nada en aquella época ni cuesta nada ahorita, y él no tenía ni para eso, estaba solo. Yo fui y le compré la gasa. Nunca olvido la sonrisa de ese señor cuando se la llevé. Estaba tan agradecido...

De Camburito, Ospino, San Rafael de Onoto, Apartaderos, Espinital, Píritu, Turén, Payara, Agua Blanca, Apartaderos. Al Dr. Jesús María Casal Ramos llegan heridos, accidentados y enfermos de todos estos pueblos y de la ciudad. Existe una edificación que funciona como hospedaje para que los acompañantes que vienen de lejos duerman y se bañen.

Clara reconoce que ser dama voluntaria no es sencillo, que no es una labor para cualquiera. Soportar malos olores, apariencias impactantes, heridas y pacientes deprimidos es agotador. Pero también le ha permitido acumular buenas experiencias.

⁵ Según la Coordinación de Infecciones de Transmisión Sexual (ITS) Sida en Portuguesa.

"Es un trabajo muy bonito, me agrada mucho. La satisfacción que uno tiene ahí no tiene precio. Te sientes útil, que estás haciendo algo bueno", expresa.

Noviembre es un mes agitado para Clara. En un salón de eventos del Club Canario un grupo de personas camina a paso lento mientras observa las mesas que prepararon las damas voluntarias. Toallas, baberos, almohadas, paneras, manteles, fundas y sábanas. Todas tejidas o bordadas por ellas mismas. La verbena es una de las actividades en las que más recaudan fondos para la organización. Las madres que visitan la exposición siempre sostienen las almohaditas con el Padre Nuestro y angelitos bordados con un delicado punto de cruz.

Clara es la tesorera y tiene que llevar muy bien las cuentas. No se equivoca, calcula todo muy bien. Debe hacer un buen registro para determinar en qué van a invertir las ganancias: medicamentos, regalos, material para los bordados, el dinero para la distribución en el hospital. Todo tiene que estar en orden, cumplir con una rutina.

Los martes se reúne con sus compañeras del voluntariado. El día puede variar según acuerden las integrantes. Cambian hilos, revistas de punto de cruz, anécdotas, recetas, café, galletas, torta. Tejen y bordan. Muchas aprendieron ahí. Trabajan en equipo para vender sus obras de arte en las verbenas.

En esos encuentros Clara cuenta cómo llegó a Venezuela, cómo era su vida en Turén. Todas conocen su historia, su carácter. "Es muy buena persona, muy responsable, si dice algo es porque es así. Es de las pocas personas que conozco que no le da pena decir su edad cuando se presenta", asegura Minerva.

También es muy ahorrativa. Su hija Verónica y sus nietas le reprochaban que guardara restos de comida. Si están comiendo una arepa en la carretera ella guarda hasta el trozo más pequeño, aquello que no cupo en su estómago. Pero cuando

Verónica leyó un poco de lo que Clara ha escrito sobre su historia, de lo que vivieron durante la guerra, entendió por qué lo hacía. Su madre vivió una infancia muy dura.

Ya Clara tiene 77 años. Maneja a todas partes. Vive sola en el noveno piso de la residencia Los Llanos de la avenida 13 de junio, frente al Mc Donald's. Su hija Verónica ocupa un apartamento unos pisos más abajo, pero cuando se va la luz —ocurre con frecuencia en la ciudad— Clara sube por las escaleras, no se deja vencer por achaques.

A veces va a la casa de Tomás en la urbanización Mamanico, cerca del Centro Comercial Central. Allí no tiene que hablar español, se comunican en húngaro porque la esposa de su hermano, Katy, hizo que mantuvieran fresco el idioma. Tienen que levantar la voz porque Tomás no oye muy bien, tiene un problema auditivo desde que estaba joven.

En la casa de Tomás hay cuadros con figuras de mariposas en un bordado húngaro. Un estante con figuras de porcelana. Hay una casita que sirve para apoyar el cigarro encendido, de manera que el humo salga por la chimenea diminuta. Es algo de muy poco valor económico, pero importante para Tomás: lo recuperó cuando regresó a Hungría. Tuvo que luchar para reconocer los árboles ya crecidos y cavar con mucha insistencia hasta dar con reliquias de su casa natal. Cuando regresó a Acarigua, obsequió algunas a sus hermanas.

Durante la semana, Clara participa en las reuniones de directiva, visita el hospital. Todavía le encanta sentir su cuerpo flotar y desplazarse con gracia bajo el agua, por eso en las tardes va al Club Canario o al Club Ítalo y nada casi un kilómetro por sesión. También se reúne con sus amigas para jugar cartas.

Le gusta mantenerse activa, no encerrada en su casa, a menos que la llame su hija Mónica por teléfono: quiere estar al tanto de todo lo que ocurre en su vida. Suele visitarla por varios meses cuando se va de vacaciones. Pero en México no tiene tanta independencia, no conoce a tanta gente como en su ciudad.

Sin embargo, en Acarigua nunca está tranquila por la inseguridad. Lo que más le irrita cuando sale es la falta de aseo. "Hay basura por todos lados, la gente no cuida, es terrible", refiere. Ve cerca de su casa las bolsas negras que el aseo no recoge desde hace días. Le desagradan los cartones de jugo que lanzan los transeúntes descuidados.

Pero se olvida de eso cuando se sienta a sacar cuentas: cuántas toallitas de bebé se vendieron, cuántos manteles, cuántos baberos. No le da tiempo de dedicarse a su libro, una biografía que comenzó a escribir hace un tiempo. Noviembre es un mes agitado para Clara.

Ya Clara conocía Acarigua porque cuando vivía en Turén viajaba con frecuencia por la carretera de granzón, peligrosa porque levantaba mucho polvo. "Cuando los carros pasaban no se veía nada, no sabías si tenías un carro de frente. Hubo muchísimos accidentes", detalla.

A Guillermo, su esposo, no le gustó Turén. Los Nadorfy ahora, a finales de los 60, tenían una finca nueva en Píritu, muy cerca de la colonia, pero era un trabajo al que un hombre de ciudad no estaba acostumbrado. Él prefería tener su propio negocio y se le ocurrió una buena idea: vender al mayor filtros para maquinaria agrícola. Decidió montar su local en Acarigua, ya que nadie vendía ese producto en la región.

Clara se encargaba de atender el negocio mientras Guillermo viajaba a ofrecer y entregar la mercancía. El local estaba en El Palito, una buena zona, porque allí, cerca de la calle 31, vendían otro tipo de repuestos y maquinarias. Pero los clientes preguntaban si vendían un solo filtro, y Clara, cansada de responder que las ventas eran al mayor y que su esposo no estaba, decidió abrir las cajas y comenzar a vender filtros en presentación individual. Las ventas aumentaron, el negocio creció y poco a poco fueron incorporando nueva mercancía.

Se convirtió en un negocio familiar. Clara hizo hasta un curso para llevar la contabilidad de la tienda. El matrimonio Bahr Nadorfy compró una casa en una de las urbanizaciones más prestigiosas, la 5 de Diciembre. La llamaron Sur por un tango que le encantaba a Guillermo. Tuvieron tres hijos: Guillermo, Mónica y Verónica.

Los fines de semana viajaban. Iban en el carro escuchando la voz de Roberto Goyeneche en una armonía impecable. Les gustaba visitar ríos, montañas y playas. Pero también hacían recorridos más cortos, llevaban a sus hijos y sobrinos al parque Curpa –cerca de donde nació José Antonio Páez–, a 10 minutos del centro de Acarigua, o a Barquisimeto, porque se acababan los lugares de entretenimiento en la ciudad.

Tomás también importó una esposa. Cuando tenía 32 años decidió encontrarse con sus orígenes y viajó a Hungría. Allí conoció a Katalina Patak, se casó con ella y la trajo a Acarigua en 1969. Para ella, al igual que para Guillermo, fue difícil la adaptación. Además, Patak tenía una otra desventaja: tenía una manera de hablar muy diferente. "Es difícil principalmente por el idioma. Al no entender nada, lleva más tiempo captar y ambientarse", cuenta la cuñada de Clara.

Con Katy, Clara revivió la cocina húngara, conoció recetas nuevas y aprendió sobre lo que ocurrió cuando se fueron de su tierra natal: las tropas soviéticas instauraron el comunismo luego de la Segunda Guerra Mundial. Escuchó a Katy explicar que habían perdido muchas cosas, que los estudiantes debían trabajar durante sus vacaciones.

Pese a la miseria que trajo la guerra, su cuñada conoció grandes ciudades en Hungría, áreas amplias de recreación muy distintas a las de Venezuela. Lo que más le afectó a Katy fue el poco aprecio cultural que había en Acarigua. En Hungría tocaba el violín en dos orquestas, y en Acarigua no existía tal cosa. Años más tarde, después de haber criado a sus tres hijos acarigüenos, se presentó en la Casa de la Cultura "Carlos Gauna" –el primer centro cultural de Acarigua-Araure inaugurado en 1965

en la avenida 13 de Junio—, tocó el violín y junto con otros dos músicos se presentó en un trío.

El famoso violinista francés Maurice Hasson tocó su instrumento en Acarigua en el mismo escenario en el que lo hizo Katy, quien nunca ha olvidado la decepción y la vergüenza que sintió cuando vio casi todas las sillas vacías: "El público era la directora de la Casa de la Cultura, la muchacha que limpia, la secretaria, Tomás y yo".

Clara entiende muy bien las dificultades de adaptación que tuvieron Guillermo y Katy. Vinieron en diferentes condiciones, a distintas edades. "Es muy diferente que una persona salga de su país por necesidad primordial, como salimos nosotros de Hungría, por la guerra, no porque no me gusta el gobierno o no me gusta el clima o cualquier otra cosa", manifiesta Clara.

Ella ha visto crecer Acarigua. Recuerda que cuando llegó no había casi gente en la calle. Eso le impactaba: "Pasaba un carro y decíamos: '¡Ah, mira, va fulano!'". Poco a poco aumentó la población. Ya se hacía más difícil reconocer inmediatamente a los conductores. Solo algunos, como el ruso que manejaba un carro Lada, eran fáciles de detectar. Ahora Clara conoce muy bien Acarigua, no solo la ciudad sino también a sus habitantes

—Primero mi cafecito. Primero lo primero.

Clara se sienta en el sofá y apoya sobre la mesa la tacita blanca que contiene su café guayoyo con *Splenda*. Tiene muchos elementos decorativos: bordados húngaros, portarretratos con fotografías de sus hijos y nietos, pequeñas esculturas y muñequitos de porcelana. En la pared hay un gran árbol genealógico que muestra los orígenes de su familia y está actualizado: también están los nietos.

Saca su computadora para mostrar lo que ha escrito sobre su vida. Sus amigos y familia la motivan para que cuente su historia. Tiene mucho que decir. Pero no siempre está de humor para escribir. Enciende el aparato, se activa el Windows 8 y abre una carpeta virtual:

—Yo no sé manejar muy bien esto. Aquí están. Mi hermana leyó una parte y le gustó mucho, quedó asombrada de las cosas de las que yo me acordaba. Quiere que le mande lo que llevo, pero se lo voy a dar cuando lo haya terminado. No me gusta que lo lean así. Mira, este es sobre Turén, aquí conté todo: cómo era la colonia, qué había, quiénes estaban... ¡Ah! Y en este cuento cómo nos vinimos, la guerra, cuando estuvimos en París, Alemania y eso.

Recuerda muchas cosas. La inmigración no fue fácil pero ha tenido una vida de gratas experiencias, muchos amigos, compañeros y una familia más grande. Cuando sale de casa siempre la identifican y conversan con ella. Eso le gusta. El reconocimiento es para ella un factor que motiva su sentido de pertenencia, sus rutinas, su participación con el entorno. Le duele cuando las personas de su entorno no valoran lo que tienen. El año pasado fue a Hungría y se sintió extranjera porque ya se considera venezolana. “Mira, yo estoy segura de que yo quiero más a este país que muchos de los que nacieron aquí. Yo doy mi vida por este país”, afirma.

Clara ya no se monta en barcos. Ya no usa libros para aprender español. Tiene un amplio vocabulario. Lee noticias por Internet, ya sabe usar Facebook y comenta las fotos de sus hijas. Se comunica con Eva, que ahora vive en Caracas, y envía emails a su hermano y a Mónica. Se mantiene en un constante aprendizaje. Pero ahora lo hace desde su laptop. Ya su instructor no es un diccionario, es Google.



Clara Nadorfy en el patio de la casa de su hermano Tomás. Agosto, 2014.

Fotografía: Andrea Miliani

II. PARLANDO NEGOCIO

"Donde hay una empresa de éxito,
alguien tomó alguna vez
una decisión valiente"
Peter Drucker

—¡Se va Gino!

Era la frase que más repetían los campesinos de la ciudad Roseto degli Abruzzi —al este de Italia— en 1953.

El barco Napoli solía ser un buque de carga. Antes se llamaba Araybank. Con su nuevo dueño viajó un par de años desde Nápoles hasta Australia, pero luego cambió de ruta y de propósito: de Italia a Venezuela para llevar emigrantes. No estaba diseñado para transportar pasajeros, pero con algunas adaptaciones lograron hacer espacio suficiente para 656 personas de las que solo 176 podían ir bastante cómodas.

Luigino Merlotti estaba en el grupo de los que viajaban incómodos. Tenía 17 años. Era la primera vez que se encontraba entre tantos extraños. Dejaba a su familia para buscar la tierra prometida. Para comprarle un tractor a su papá.

En ese largo recorrido, Gino —como le decían a Luigino— escuchó que las liras que tenía en su billetera no valían nada en Venezuela. Lo gastó todo en esa larga travesía comprando helados y comida. Daba igual porque Tomaso, su pariente lejano, lo esperaba en aquel puerto llamado La Guaira. Luego harían otro recorrido en carro para llegar a Turén, allá donde el presidente Marcos Pérez Jiménez había dicho que necesitaba productores y trabajadores. "Caracasa no, Turén, a la Colonia Agrícola de Turén", le habían repetido en Italia los que no sabían pronunciar el nombre de la capital, pero sí habían estudiado las oportunidades de ese país con potencial paradisíaco.

El Napoli llegó el 3 de diciembre de 1953 a las 2:00 de la mañana y debía esperar hasta que saliera el sol para desembarcar. Apenas pudo, Gino se asomó por la borda para que las luces del amanecer le revelaran su nuevo hogar. Su primera impresión: feo. El cerro que veía no se acercaba a lo que él esperaba, al paraíso de campos de frutos y cultivos. Su estómago se comprimió. Se aferró al pasaporte marrón que llevaba en sus manos —ese que mostraba la foto en la que sonreía con su traje oscuro de rayas, corbata blanca y abundante cabellera negra— y a su certificado de mesonero.

Desde el barco veía todo: a los que bajaban, a los que llegaban, a los que buscaban familiares, amigos, conocidos, desconocidos. A todos excepto a Tomaso. No quería salir del barco pero sabía que tenía que hacerlo. Se resignó a pisar el muelle y encontró su baúl. Lo reconoció porque era el que no cerraba bien por la cantidad de ropa que llevaba. Recorrió el puerto y esperó durante horas. Intentó comerse un sándwich de jamón serrano pero el nudo que tenía en la garganta no le permitía tragar y se lo regaló a los peces del muelle. En la noche se convenció de que nadie llegaría a buscarlo.

Un taxista se apiadó de él. Gino logró explicarle que iba a Turén. El hombre esperaba obtener su recompensa en el lugar de destino. Viajaron esa noche y gran parte del día siguiente. El joven italiano solo tenía cambures y se los ofrecía al piloto cada vez que veía que cerraba un poco los ojos por el cansancio.

Luego de recorrer un tramo por una carretera de tierra y ver solo monte alrededor, estaban en Villa Bruzual, la capital de Turén. Llegó cansado, polvoriento, asustado, y sin al menos una moneda en su bolsillo, quien sería uno de los empresarios más importantes de la región. Tan pronto como se bajó del carro, Gino escuchó que alguien exclamó:

—¡Llegó Gino!

No se queda quieto. Sus 78 años de edad no lo llenan de achaques ni le restan energía. Se levanta a las 5:00 de la mañana todos los días. Ni los domingos son excusa para descansar: ya hizo mercado con su mujer, preparó una salsa para pasta, engrasó sus manos para reparar una falla de la camioneta y ahora baña a Linda, uno de los cinco perros que protegen su casa. Ella es su consentida. Gino Merlotti aprovecha el sol y el calor de la tarde, menos intensos que los del mediodía.

Vive en la cima de un cerro en el barrio El Túmulo. Tiene una vista panorámica de Acarigua-Araure: se ven calles, casas y edificios. Lo que más destaca es el monumento de 40 metros de altura: La Espiga. Fue construido sobre la redoma a principios de los años 80, basado en la propuesta artística y arquitectónica de Gustavo Wallis Legórburu —reconocido ingeniero y arquitecto caraqueño—, para homenajear a los agricultores de Acarigua y Araure.

En La Espiga convergen tres de las avenidas más importantes de la ciudad: la 13 de Junio o Las Lágrimas, Los Agricultores y Los Pioneros. También fue refugio, durante muchos años, de algunas prostitutas que durante las noches conseguían clientes caminando alrededor de la estructura de concreto desgastado.

Gino sabe por qué la avenida 13 de Junio tiene dos nombres: "Esa avenida la hicieron durante el gobierno de Pérez Jiménez. Le dicen Las Lágrimas porque había mucho rancho, tumbaron todo eso y la gente lloraba". Muchos locales comerciales están rotulados con el apodo de la avenida. Se usa hasta en las direcciones publicadas en revistas, sitios web y periódicos. Otros lo aclaran entre paréntesis, para que no queden dudas: "Av. 13 de Junio (Las Lágrimas)".

Cuando termina de bañar a Linda llama a Jehny, su hija menor, a su celular. Hace rato que no está en la casa y hoy es día familiar. "¿Dónde estás? ¿Qué estás haciendo? ¿Cuándo vienes?", le pregunta. Quiere estar al tanto de todo. Tiene que estar al tanto de todo. Jehny se graduó como abogada en 2013 en la Universidad Yacambú —en una nueva sede que construyeron en Araure en 2002— pero sigue

atendiendo las exigencias de su padre, pues trabaja con él en su agropecuaria. Ya se acostumbró al interrogatorio.

Luego de su pesquisa, Gino busca a Ramona Linarez, su esposa actual, dentro de la casa. La entrada está al final del carril de piedras donde estacionan los carros. Las paredes son de bloque y cemento con retoques rústicos. Es una casa sencilla, sin lujos. Al atravesar la puerta de madera hay una pared azul sobre la que se exponen medallas, reconocimientos, fotos y recortes de periódico. Todos pertenecen a Gino.

"Condecorado por el Presidente meritorio productor del llano", titula un artículo de periódico con una foto en la que aparece el perfil de Gino —con grandes patillas y lentes cuadrados— recibiendo el reconocimiento de las manos del expresidente Carlos Andrés Pérez. Una placa del Portuguesa Fútbol Club y otra de Lanceros de Ospino rinden homenaje al trabajo de Merlotti en ambos equipos. La Sociedad de Ganaderos del estado Portuguesa (Sogapor) y la Asociación de Productores de Semillas Certificadas de los Llanos Occidentales (Aproscello) lo reconocen como colaborador y miembro fundador. Un cuadro de marco dorado y fondo blanco muestra al italiano a sus veintitantos años en un traje color mostaza. En otro, se ve su rostro de cejas pobladas.

Ahora su cabello ya está completamente blanco sobre las orejas. Su nariz se ve más grande y achatada. La piel del cuello está estirada y parece luchar por mantener su otrora firmeza. Se detiene frente a la cocina a organizar sus ideas. Para pensar entrelaza los dedos y deja solo los pulgares al aire en una danza al ritmo de los pensamientos. Planea las actividades de la semana, recuerda lo que quedó pendiente. Siempre tiene el trabajo dando vueltas en su cabeza.

Ramona termina los preparativos para la cena. Ella es su mano derecha, su compañera. Desde que Jehny se graduó de bachiller, Ramona lo acompaña a todas partes: a la finca que tienen en Ospino, a Turén, a terminar diligencias de la agropecuaria, a hacer mercado, a comprar equipos y repuestos. Conoce muy bien a su marido. Sabe tolerar su temperamento volátil, su testarudez y su afán de tener el

control. Al igual que Jehny, ha escuchado sus historias y narraciones cientos de veces.

Gino evoca con frecuencia el pasado. Su voz ronca con marcado acento italiano revive tragedias, alegrías, logros y fracasos. Jehny ya conoce de memoria los discursos de su padre, pero saber detalles de su vida pareciera llenarla de orgullo: "Es una de las cosas que más admiro de mi papá, haber tenido esa iniciativa a tan corta edad y esa actitud de querer superarse".

Esa etapa de superación no termina. Silvano Salazar lo sabe muy bien. Lo conoce desde hace 52 años, cuando Gino aún vivía en Turén. Asegura que siguen siendo "muy amigos", que lo ve con frecuencia, pero no recuerda haber ido a algún local de entretenimiento con él: "No tiene tiempo para nada. Es muy dedicado a su trabajo".

Luigino come y se acuesta a dormir. Se queda quieto, pero no por mucho tiempo: sufre de insomnio.

La infancia en Roseto degli Abruzzi durante la Segunda Guerra Mundial estuvo llena de las advertencias de los padres que pedían a sus pequeños mantenerse siempre cerca de la casa y no tocar nada: cualquier cosa podía ser una bomba. El sonido de bombardeos y aviones siempre los mantenía alerta. Luigino era el hijo mayor del matrimonio Merlotti. Tenía seis años cuando estalló la guerra. Los morochos eran tres años menores que él. Más tarde nacerían sus otros hermanos: Renato, Irma y Elsa.

Mientras avanzaba la guerra, Gino crecía y ganaba responsabilidades: "Yo era un muchacho y me hice hombre [siendo aún] chiquito". Mientras su padre, Nicola, se mantenía oculto, él tenía que encargarse de 11 vacas, trabajar algunas tierras para aportar recursos al hogar y ayudar a su madre, Marietta, en la casa.

Una madrugada estaba en la cocina viendo cómo se inflaba el pan redondo en el horno. Marietta lo acompañaba —preferían hacerlo muy temprano, cuando aún estaba oscuro, porque de día era actividad prohibida: el humo podía revelar la ubicación del poblado—. Mientras encendían las ramas secas, otras ardían en un árbol frondoso a cinco kilómetros de su casa. Se había estrellado un avión yugoslavo.

Cuando Gino estaba metiendo la leña en el horno escuchó un ruido, volteó hacia la ventana y vio a dos hombres acercarse. Uno estaba cubierto de sangre, cargaba una maleta. El otro, un italiano, lo ayudaba a sostenerse y al presentarse en la casa anunció:

—Él es piloto de un avión que se cayó. Los únicos que lo pueden ayudar son ustedes.

La vivienda de los Merlotti era la más cercana al accidente. El yugoslavo era del bando enemigo. Marietta sabía que acogerlo implicaba un gran riesgo, pero aceptó ayudarlo. Corrió a hervir agua con sal, a buscar pañuelos para limpiarlo. Decidió esconderlo en un pequeño sótano donde guardaban las gallinas. Gino aún se sorprende de ese gesto de nobleza de su madre.

El oficial yugoslavo permanecía en el gallinero durante el día y por las noches subía a la casa. Tardó varias semanas en recuperarse. Poco a poco aprendía italiano, escribía en su diario y compartía con los niños de la casa. Cuando se recuperó, lo ayudaron a huir a través de un río cercano. Logró escapar.

Años más tarde, la hija del oficial publicó un libro con los testimonios que conservó su padre en el cuaderno. La chica viajó a Italia para encontrar el lugar donde se había estrellado el avión y conoció a la familia de Gino, sobre la que su padre le había contado. Quería conocerlos, agradecerles. Les entregó una copia del libro con un escrito de agradecimiento dirigido a ese niño de ocho años del que su padre hablaba. Gino guarda el escrito en su biblioteca.

Se acabó la guerra y solo quedó miseria. La destrucción y la pobreza afligieron Italia. La adolescencia en Roseto degli Abruzzi se llenó de esperanzas en tierras lejanas.

Tomaso se encontraba en su cuarto cuando unos amigos italianos lo llamaron para anunciarle la llegada de su familiar lejano. Estaba sorprendido. Gino, molesto. Hambriento. Amargado. Tomaso le explicó que nunca recibió la carta que indicaba su fecha de llegada a La Guaira. "Claro, en esa época no nos comunicábamos por teléfono como ahora. Todo era por cartas", explica Gino, todavía intentando entender lo que pasó. Tomaso lo invitó a almorzar.

En Villa Bruzual ya todos sabían que Gino venía. Una pequeña comunidad de italianos vivía en el pueblo. El recién llegado no tuvo que hacer gran esfuerzo para comunicarse. Sus nuevos vecinos serían los responsables de hacer que conservara esa forma de hablar que le permite a cualquier interlocutor detectar su nacionalidad con tan solo escucharle la primera palabra.

El municipio Turén, con 1.300 kilómetros cuadrados, se dividía en varios sectores. Villa Bruzual se convirtió en la capital y, con los años, los caseríos de su alrededor cobrarían importancia por sus actividades económicas. El Samán formaba parte de esa capital y tenía algo único: distribución de gasolina.

A la estación de servicio llegaban todos los días camiones y tractores de los agricultores de la Colonia Agrícola. El Samán se convirtió en punto de visita obligatorio de los habitantes de la zona. Gino estaba muy interesado en el funcionamiento de las máquinas dispensadoras de gasolina y de los vehículos que llegaban. Su padre, en Italia, solamente tenía una bicicleta.

Una semana después de haber pisado esa población rural, Gino se había adaptado. Ya conocía al dueño de ese fascinante negocio de combustible: "Se llamaba Rufo Di Donato, un ecuatoriano. Era un tipo muy alto con un carrote modelo 55,

blanco y rojo, yo siempre se lo limpiaba". Cuando Tomaso le comentó a Di Donato que el joven italiano quería trabajar para él, aceptó inmediatamente porque necesitaba personal.

Merlotti comenzó a ocuparse del negocio enseguida, un día de Reyes. Era un trabajo exigente: debía atender a los camiones que comenzaban a traer el combustible a las 3:00 de la tarde, ayudarlos a estacionar como era debido, ajustar las mangueras, cobrar y pagar. Llegaban alrededor de 15 camiones diarios. El más grande era de 15.000 litros y el más pequeño, de 8.000. Transportaban gasoil, queroseno y gasolina. Luigino, además, atendía a los agricultores que hacían cola para llenar los tanques de los tractores. Había aprendido a manejar las máquinas en Italia, y se ofrecía para conducirlos mientras los dueños se tomaban un café. Su jornada terminaba a medianoche, a veces más tarde. Ganaba cinco bolívares diarios en 1954.

Inquieto como siempre, Gino no se limitaba a sus actividades de la tarde y la noche. Durante la mañana ayudaba a organizar y limpiar la oficina del administrador: "Se llamaba Papirel, un catalán. Me tenía cariño porque cuando él llegaba en la mañana yo tenía todo arregladito y en orden". La confianza que se tenían hizo que el curioso italiano le hiciera una propuesta basada en sus observaciones. Había visto que los residuos de queroseno se evaporaban porque no se conservaban en envases adecuados y le propuso al administrador vender las sobras del combustible a las amas de casa. Este se convirtió en su primer negocio.

Las propinas le permitían recrearse, ir al cine los fines de semana. Pero solo en sus escasos ratos libres, porque en aquella época también se dedicó a un nuevo oficio: al de la barbería. La nueva actividad se le facilitó pues había traído una afeitadora en el abultado baúl con el que llegó a Turén. Con gran dedicación y precisión, Gino deslizaba la pequeña máquina por las mejillas, cráneos, frentes y cuellos de quienes buscaban sus servicios.

Poco tardó en volverse un experto en todas sus facetas. "Cuando tú tienes hambre aprendes rápido", asegura Merlotti. Con varios oficios productivos, Gino ya no estaba molesto. Ni hambriento. Ni amargado.

Luigino se encarga hasta de hacer mercado. Debe llevar un control. A veces va con Ramona, a veces con Jehny, otras veces con las dos. Lo importante es que él siempre esté presente. Compran en el Central Madeirense, en los abastos y en el supermercado del centro comercial Llano Mall, el Garzón.

De Marietta son muchas las enseñanzas que le quedaron. Gino se destaca en la cocina con recetas que aprendió en casa: salsas, pasteles, bacalao. Usa mucho aceite, sal, hierbas. No teme excederse nunca, esa es una de las razones por las que Ramona prefiere tomar la batuta, por cuestiones de salud. El plato más fuerte es la cena y debe contener una variedad de alimentos: aperitivos, entrada, plato principal, postre. Tampoco abandona la costumbre de acompañar las comidas con un buen vino.

A pesar de que Ramona le cuida la alimentación, Gino sufrió un infarto en mayo de 2014. No se dio cuenta. Lo supo días más tarde. Fue a visitar a un gastroenterólogo porque le dolía el estómago y le informó que el problema era su arteria y que debía consultar un cardiólogo. Gino no le dio mucha importancia hasta que una tarde, mientras manejaba para hacer mercado con Ramona, sintió un dolor en el pecho. Pero siguió el consejo de su esposa –toser un poco– y se alivió el dolor.

Días después tuvo una consulta con su internista, el doctor Giovanni Ranno. Le hizo un electrocardiograma y un examen de sangre. Había tenido un infarto. Ranno le aconsejó que se atendiera de inmediato en una clínica fuera de Acarigua para contar con mejores equipos.

Así hicieron. Sin perder tiempo, los hijos mayores de Gino, Nicola y Ana, salieron de la clínica Los Cedros, pasaron el Hospital Privado de Occidente —que está

justo en la salida de Araure—, transitaron 45 minutos por la autopista y llegaron a la clínica Razetti de Barquisimeto.

Gino entendía que en Acarigua no lo podían tratar: "Aquí no hay medicinas, no hay equipos, no hay nada. El mismo médico me lo dijo". Los cirujanos de la clínica larense tuvieron que hacerle dos baipás coronarios. Estuvo varias semanas en cuidados intensivos. Sus siete hijos —Moeldo, Ana María, Nicola, Gabriele, Mariela, Luigino y Jehny— fueron a hacerle compañía. Pasó su cumpleaños número 78 en cuidados intensivos porque al día siguiente, el 18 de junio, entraría de nuevo a cirugía.

Celebraron su aniversario luego, en casa de su hija mayor, Ana, cuando ella cumplió 50. Él mismo condujo hasta allá, ya habían pasado cinco días desde su última operación. Se sentía en condiciones de manejar. Tenía que manejar.

A pesar de la insistencia de sus familiares para que Luigino se mantenga tranquilo, sin hacer esfuerzos y de buen humor, él sigue queriendo tener el control de todo, hacer las cosas a su manera, pasar rabieta y supervisar su agropecuaria. Llevar la gerencia de su hogar aún forma parte de su día a día. Sigue a cargo del mercado.

El 25 de enero de 1962 fue un día de fiesta en Villa Bruzual. La iglesia se llenó de asistentes que querían presenciar el importante evento: Luigino Merlotti se casaba con la italiana Assunta Di Lanzo. Ella también se había ido a conseguir un mejor destino a Turén. Llegó con su familia y muy pronto se enamoraría del joven empresario.

A sus 26 años, Gino tenía una cauchera cerca de la estación de servicio. En una pared de bloques blancos había un cartel con trazos perfectos que decía "Servicio Gino". Abajo, una tipografía diferente, más pequeña, ofrecía "Cauchos General", mientras que al lado derecho se veía otro anuncio: "Nuestro lema es buen servicio".

Llegar a la venta de cauchos no fue tan fácil. Había perdido su trabajo en la bomba unos años antes porque contrataron un nuevo administrador. Tuvo que trabajar como latonero y luego lavando carros. Siempre trabajando, siempre ahorrando. Gino recuerda el rechazo de algunos campesinos de Turén: “Cuando pasaba me gritaban ‘*musiú*, coño ‘e madre, usted vino a Venezuela pa' quitarnos trabajo a nosotros’. Pasé una guerra en Italia y ahí tenía otra: defenderme”.

Por eso cuando Gino decidió abrir una cauchera tuvo dificultades para conseguir trabajadores. Uno de los clientes del autolavado le ayudó a conseguir un compresor, un gato y una palanca, por un pago mínimo mensual. Luego Merlotti encontró a un barquisimetano que lo apoyó, pero no estaba muy contento con él: "Era muy borracho. A veces se iba y no regresaba. Tenía que ir a buscarlo a Barquisimeto a una urbanización de malandros".

Con fuerza, Gino desprendía los cauchos de los rines, levantaba los carros, ajustaba parches, quitaba tornillos. Pronto su negocio prosperó. Tenía que pedirle a una señora que guardara su dinero porque en Turén aún no existía un banco. Mantenía su negocio limpio, ordenado. Esto llamó la atención de un margariteño representante de Cauchos General.

—¿Quién es el dueño de este negocio? —preguntó.

—Yo —le respondió Gino.

—Quiero hablar con usted, soy de Cauchos General. Tuve que ser cauchero primero, luego fui técnico, ahorita soy supervisor y voy a ser vicepresidente. Ando buscando un distribuidor aquí en Turén.

—Bueno, usted seguramente necesita plata para la distribución de cauchos...

—No, no. Yo le pongo cierta cantidad, va vendiendo y va comprando.

Así fue como Luigino Merlotti comenzó a tener en su negocio una pila ordenada de cauchos General, una planta decorativa, carteles bonitos. Todos los

meses venía el técnico, Silvano Salazar chequeaba los cauchos y negociaba las entregas. Poco tiempo después Gino abrió una nueva cauchera en Araure, en la avenida 5 de Diciembre⁶, que luego se convirtió en la actual sede de Sogapor.

La misma conversación que tuvo con el supervisor de Cauchos General se repitió con el de la compañía de gas Shell, un hombre pequeño y agitado.

—¿Usted es el señor Merlotti? Estoy buscando un distribuidor de gas Shell en Turén.

—Si usted me da chance yo le echo pichón.

Gino tuvo que hacer un curso en Valencia. No sabía nada. Tuvo que aprender todo lo relacionado con el gas: su clasificación, cómo calcular la presión, cómo poner las válvulas. Se enfocó en entender todo muy bien porque sabía que trabajar con gas era riesgoso. Esa minuciosa atención hizo que nunca se equivocara en sus almacenes ni en ninguna instalación.

El primer mes solo vendió dos bombonas de gas. Luego diez. Viajaba 200 kilómetros hasta Guacara a buscarlas. Cada vez tenía más clientes en Turén y expandió su negocio a Acarigua. Tuvo que comprar una gandola, luego otra; contratar choferes: "Llegué a tener 4.000 clientes en poco tiempo".

Los negocios crecían al igual que su familia. Assunta y Gino tuvieron cinco hijos: Ana María, Nicola, Gabriele, Mariela y Luigino. Se mudaron a Acarigua-Araure, donde Gino tenía ahora una cauchera más grande, con mayor afluencia de clientes y variedad de productos. Esta nueva ciudad les ofrecía más oportunidades de trabajo y mejor calidad de vida.

Construyeron su hogar en la urbanización 5 de Diciembre. Justo al subir por la avenida Circunvalación, luego del monumento El Túmulo —un monolito inaugurado en 1933, al cumplirse 120 años de la batalla de Araure— y el Club Ítalo. Queda sobre

⁶ Fecha en la que se conmemora la batalla de Araure.

un pequeño cerro, un urbanismo de viviendas grandes, como la casa Sur de los Bahr. Más adelante estaba la de los Merlotti.

Era grande, con ventanales, columnas elegantes, rejas con detalles lujosos, personal de servicio. La nueva familia Merlotti lo tenía todo. Los niños crecieron hablando italiano con expresiones acarigüeñas que sus padres también habían adoptado. Con ellos también vivía Moeldo, el hijo que Gino tuvo con una turenense antes de casarse con Assunta.

Era una época gloriosa. Gino no paraba. Se compró una finca en Ospino, un pueblo a 46 kilómetros de Acarigua. Comenzó a cultivar arroz —más de 3.000 hectáreas— y a criar ganado. A aprender un oficio muy diferente a los que ya conocía. El éxito de sus negocios le permitieron entrar en una nueva etapa: la de patrocinante.

Gino participó en muchos proyectos: la creación del equipo Portuguesa F.C y Lanceros de Ospino, la fundación del Club Ítalo, del asilo de ancianos, del Parque Musiú Carmelo —en 1986, llamado así en honor al primer italiano que llegó a Acarigua—, de la Asociación de Productores de Semilla Certificada de Arroz de los Llanos Occidentales (Aproscello) y de la Sociedad de Ganaderos del estado Portuguesa (Sogapor).

La gerente general de Aproscello es Teresa Sánchez, una mujer bajita, delgada y con varios años de experiencia en la organización. Explica que Aproscello se creó para establecer un orden en la producción de la región y obtener un mejor arroz a base de semilla certificada. "La semilla de arroz era importada, cada agricultor traía la suya. Pero decidieron agruparse para producirla acá y tener mayor poder de oferta, haciendo negociaciones en bloques". Actualmente hay 150 agricultores beneficiados —incluyendo socios— que distribuyen a toda Venezuela. "Tradicionalmente hemos atendido Portuguesa y Cojedes, pero estamos reactivando nuestro programa en Barinas y mucha gente de Guárico viene a comprar nuestra semilla", señala Sánchez.

Eran proyectos importantes, la mayoría de las asociaciones se mantienen. Excepto la de Assunta y Gino. Se separaron a principios de los noventa. El 19 de noviembre de 2004 quedaron oficialmente divorciados. Ahora Luigino vive con Ramona, con quien ya tenía una relación y una hija –Jehny– antes del divorcio.

Un metal frío se posó sobre la sien de Luigino, una mañana de 2007 en el que se encontraba en la avenida Los Agricultores. Acababa de llegar en su camioneta, una Explorer, para pagarle 300 bolívars a su mecánico, quien vivía muy cerca del taller de Silvano. En cuestión de segundos llegaron los secuestradores. Tenían un carro y mientras lo apuntaban lo obligaron a montarse en la camioneta. Lo soltaron cerca del cementerio municipal de Acarigua, donde hay un conjunto de barrios.

Lo ayudó un doctor que vivía por la zona y más tarde pudo recuperar su camioneta. Pero no pasó mucho tiempo antes de que sucediera de nuevo un evento similar. Otra vez lo apuntaron en la misma avenida; en esta oportunidad conducía otra camioneta que acababa de comprar: "No me dejaron ni parar. Ya me tenían circundado y se llevaron la camioneta". Esta vez pudo negociar mejor, no se lo llevaron a él, pero perdió la camioneta.

Merlotti tomó precauciones. No lo volvieron a robar en la avenida Los Agricultores pero sí en su finca en Ospino. Acababa de terminar de pagar a sus obreros y llegaron varios hombres en motos. Lo amarraron, lo golpearon, lo patearon. Esta vez sintió el metal helado de la pistola en su boca. Ellos esperaban obtener más dinero. Gino supo cuál de sus obreros lo traicionó: "Yo sé quiénes son, a uno de ellos siempre lo buscaba para ofrecerle trabajos. Esos tipos han matado a mucha gente... No sé ahorita dónde estarán".

Gino extraña sentir el frío, pero de la brisa nocturna de Acarigua, esa que entraba a la casa porque no había necesidad de cerrar las puertas. Cuando no había

tantos ladrones, ni secuestros: "Ahorita uno sale y se regresa. Ese es el problema que hay, la inseguridad es terrible".

Sus negocios, su familia, todo podía esperar excepto ese momento. Gino sentía los latidos de su corazón. Ya no cabía en él la emoción, el orgullo. Gritos, bulla, consignas. Ahí estaba él, el 4 de septiembre de 1977, en el estadio Olímpico de Caracas junto a 15.000 personas. Tenía uno de los mejores lugares para presenciar ese acontecimiento: sus jugadores del Portuguesa F.C de pie en el campo junto con los jugadores del Cosmos de Nueva York.

Ahí estaban Pelé, Beckenbauer, Chinaglia, Carlos Alberto, Mifflin y la "Araña Negra" Yashin. Ellos anotaron en el primer tiempo, un golazo de Smith. Gino gritó, se frustró; para él no era solo un amistoso, era un partido soñado. El aurinegro "Pocho" Echenausi falló un penal. ¿¡Cómo va a fallar ese penal?! Pero sus jugadores se recuperaron, en el minuto 65 Peralta anotó. Empataron. El partido se terminó. El equipo de Acarigua-Araure dio la talla ante los grandes de Nueva York.

Ese equipo era su hijo, lo había visto crecer desde que lo fundaron –él junto con otros empresarios como Waldemar Cordero, Carlos Lanza, Pascuale Petralia, Juan Pedro del Moral, Elías D'Onghia y "Concho" Quijada– en 1972. Participó en la organización durante 17 años y fue vicepresidente de la primera junta directiva. La agrupación de jugadores llenó de orgullo a Gino hasta en sus viajes a Italia: nunca olvida una estadía en Roma cuando leyó en un periódico de la localidad el titular "Hoy debuta el Portuguesa FC de Venezuela con el Boca Juniors en Buenos Aires".

Merlotti recuerda los primeros pasos del equipo, cuando entrenaban en el estadio de béisbol Bachiller Julio Hernández Molina, donde también se formó el equipo de béisbol Pastora de los Llanos. De allí surgió el famoso bateador Alex Cabrera. Ya los beisbolistas no estrenan ahí, se fueron a Porlamar y ahora los llaman Bravos de Margarita.

La junta directiva del Portuguesa FC hizo un gran esfuerzo para conseguir buenos jugadores. Viajaron, vendieron, convencieron, compraron. Así hicieron con los extranjeros Melchor Sabella, con Gómez Lugo, Eचनाusi, Carlos Moreno, Rubén Bachini y el brasilero Jair Ventura Filho: "Para traer a Jairzinho aquí vendimos un terreno; nos costó un millón de bolívares en esa época".

Un grupo de empresarios y la gobernación crearon el estadio de fútbol José Antonio Páez para que entrenara el Portuguesa, frente a la urbanización El Pilar. Se construyó cerca del estadio de béisbol, lo que hizo que toda la manzana ser convirtiera en un complejo deportivo. El estadio solo tenía dos tribunas y una pista atlética de polvo de ladrillo. Ahora tiene capacidad hasta para 18.000 personas. Sigue siendo uno de los equipos con más fanáticos en Venezuela, pese a que no han ganado en primera división desde 1978, cuando se convirtieron en pentacampeones en menos de siete años de existencia.

Uno de los que no pierde la fe y sigue asistiendo a los partidos es Diego Zambrano. Sabe que Gino Merlotti fue uno de los fundadores de su equipo. Este año el Portuguesa FC volvió a entrar por tercera vez a primera división. Tal vez ahora sí ganen la sexta estrella y superen la mala racha. Diego se prepara desde el mediodía para estar en el estadio a las 3:00 de la tarde, junto con su padre y su hijo, y ver el partido del domingo. Diego explica que es una tradición familiar: "Mi papá me llevaba desde chiquito, desde 1977".

El Portuguesa FC sigue llevando fanáticos a Mérida, Guanare, Barinas, Barquisimeto, a donde sea, para esperar el milagro. Los seguidores, como Diego, conocen las condiciones del complejo deportivo: "Este año el estadio de Acarigua está menos descuidado, aún faltan sillas de las gradas y muchas reparaciones; pero la grama está buena, están haciendo un mejor mantenimiento".

Ya Gino no va a los partidos. Da prioridad a sus negocios, a la familia. Pero se enorgullece cuando escucha noticias de su equipo. Añora los buenos ratos cuando

se le ponía la piel de gallina de la emoción. "Yo gasté un platero ahí pero estoy contento de haber perdido todo ese dinero", asegura.

—Yo hice muchas cosas buenas.

Gino reflexiona sentado en la silla de mimbre, en el porche de la casa de Ramona. Observa un álbum de fotos con muchos recuerdos. Con su familia en Italia, en la estación de servicio en Turén, cambiando el caucho de una gandola, en su finca en Turén desde una vista aérea, recibiendo la orden Francisco de Miranda y la orden Francisco de la Hoz Berrío, en recorridos nocturnos de celebración por la ciudad junto con el Portuguesa FC, con una carroza de carnaval con la que se presentó ante Rafael Caldera en la redoma de Páez. Saca otra foto valiosa:

—Mira, aquí estoy con Carlos Andrés Pérez. Llegó a mi finca en helicóptero porque quería ver el "Batibarro"⁷ que yo inventé, ¡y que ahora se usa en toda Venezuela! ¿Ves? Este de la cara fea atrás era uno de los guardaespaldas, y este de los lentes soy yo. Nos estábamos riendo. Yo ahí le estaba diciendo que por qué construyó unos silos, le dije que con ese dinero hubiese hecho muchas arroceras a los productores. ¡Ah, mira! Y también estaba Cohén, el ministro de Agricultura y Cría.

Abre una caja con carpetas, todas con recortes de periódicos y revistas. En una noticia de periódico se ve a Gino en la foto del grupo de aprendices, en el Centro Shell de entrenamiento. En un recorte de revista —no sabe cuál— hay un pequeño artículo de Merlotti en el que se reconoce su trabajo como agricultor de la región. Otras noticias de Sogapor, donde estuvo como tesorero siete años y medio: "No ganábamos ni medio. Todo gratis".

Las organizaciones siguen funcionando. Algunas son esenciales para la región y continúan ganando miembros. Ya Gino no tiene tanta participación en ellas, pero asiste a reuniones y a recibir sus reconocimientos. Hizo muchas cosas excepto una:

⁷ Máquina que tiene una especie de rodillo para mezclar el terreno inundado antes de la siembra de la semilla de arroz.

—Nunca le llevé el tractor a mi padre.

¡Se quedó Gino!



Imagen de Luigino Merlotti en el porche de la casa en la que ahora vive junto Ramona.

Fotografía: Andrea Miliani.

III. CARACTERES ASIÁTICOS

Este sábado que viene
es el día del arroz
y para la gran parada
está invitado Simón,
quien dice que este cereal
no tiene colesterol
y en su lugar vitaminas
contiene a montón
(*Arroz en su punto, Graterolacho*)

—¡Vengan pa' que les canten la canción de la chinita!

Rosita no entendía a qué se refería aquella mujer que la sacaba de su salón de clases. Vio cómo sus hermanas la seguían con la misma expresión de desconcierto. Llegaron a un aula donde un grupo de niños pequeños comenzó a cantar mientras observaba los labios de su maestra para descifrar la letra de la canción. Unos gritaban, otros callaban. La melodía tenía que ver con ellas, no era solo parte de una calurosa bienvenida. *En un bosque de la China la chinita se perdió.*

Tsui-Hua Chen tenía 9 años cuando llegó a Venezuela en octubre de 1972. Su nombre latino es Rosa. Es la hermana mayor. A las menores, Marta y María, también las bautizaron con un nombre católico, pues forma parte del ritual religioso. Más tarde nació Fanny, cuando ya vivían en el centro de Acarigua.

Sus padres decidieron abandonar Taiwán porque tenían una situación económica complicada, Rosita no lo recuerda tan bien, pero sabe que querían un mejor futuro para su familia y que de Venezuela tenían buenas referencias. El abuelo de las Chen, Rafael Chang Lema, ya tenía varios años viviendo en Acarigua. Rosita asegura que fue el primer asiático que llegó la ciudad. Montó un estudio fotográfico en el centro, en la avenida 13. Se llamaba "Tokio".

Taiwán estaba mucho más desarrollado que Venezuela y Acarigua demostraba cierto atraso, aunque reconoce que la ciudad ha crecido. "Cuando yo llegué no había centros comerciales, hoy en día hay dos grandes, Llano Mall y Buenaventura, y

varios pequeños. Ahora tenemos Mc Donald's, Burger King", rememora. Pero sigue sin compararse con los rascacielos y estructuras modernas que Rosita ha visitado en Taipéi.

Sus padres comenzaron a trabajar en un abasto chino, Supermercado Oriente –ahora se llama Canaima–, y Rosita tuvo que aprender no solo español sino también cantonés. La mayoría de los asiáticos de la región solo hablaban ese dialecto, provenían del sur de China y muy pocos entendían mandarín, la lengua que ella conocía.

Mientras sus padres trabajaban, Rosita y sus hermanas asistían al Colegio Palacio Fajardo. Eran una novedad porque no había otras alumnas de rasgos asiáticos, a pesar de que ya existía una comunidad de chinos en Acarigua-Araure. Poco a poco Rosita se comenzó a adaptar a una nueva rutina: sentarse junto a un grupo de niños desconocidos, escuchar a una profesora hablar en una lengua incomprensible y asistir como conejillo de indias a las aulas de preescolar para escuchar los cantos infantiles. "Los primeros meses nos llevaban todos los días", evoca Tsui-Hua. *Era de noche y la chinita tenía miedo de andar solita.*

Las manos de Rosita son tostadas, pequeñas y ágiles. Corta, peina, desenreda, plancha, seca, maquilla. De martes a sábado repite esas labores en el segundo piso de la peluquería Alessandro Studio en la avenida Las Lágrimas. Tiene 30 años trabajando ahí. Conoce a sus clientes y a sus familiares, sabe qué hacen. Está al tanto de sus gustos y los cambios que quieren, aunque siempre prefieren mantener un estilo muy clásico y poco arriesgado.

Rosa tiene una estatura pequeña, cejas tatuadas, pómulos sobresalientes, labios delineados y ojos redondos y alargados. En sus brazos hay cicatrices: en el brazo derecho tiene algunas quemaduras del horno de su cocina, y en el izquierdo

otras de pinzas y planchas para el cabello. A pesar de que a muchos asiáticos en Acarigua les apodan "Chino" o "China", a Rosa Chen la conocen como "Rosita".

No tiene un acento marcado al hablar. Su nacionalidad puede pasar inadvertida por teléfono: solo se equivoca con algunos artículos y géneros. Le gusta conversar con sus clientes, que se sientan cómodos. Aunque no habla mucho de su vida, siempre responde al que se interesa por su historia, al que le pregunta cómo llegó a ser peluquera.

Al terminar el bachillerato, Rosita hizo un curso de manualidades y de peluquería en el Centro Aminta de Ramos en Araure, al lado del Liceo José Antonio Páez. No le interesaban las carreras universitarias. Prefería trabajos prácticos como los del curso, o preparar recetas de cocina. Cambiar la imagen de las personas mediante tintes, tijeras y cosméticos se volvió su pasión.

En el piso de abajo de la peluquería hay un cuadro de dos metros de altura en el que muchos colores se fusionan y revelan el rostro de Rosita con un maquillaje perfecto. Lo pintó Alessandro Mea, el dueño del local que también es peluquero. A Rosita le gusta mucho la pintura, todo el que entra a la peluquería le comenta sobre la imagen.

Alessandro ahora está en Italia y Rosita debe encargarse del negocio. Supervisa quién entra y quién sale, abre y cierra la peluquería. Se asegura de que las luces estén encendidas, observa al vigilante de la entrada, conversa con las empleadas y los clientes, atiende cualquier situación que se presente.

Sus manos tienen muchas tareas. Amarran el delantal detrás del cuello de un cliente. Pulsan las teclas de su computadora. Deslizan cuidadosamente una brocha sobre el párpado de una quinceañera. Aprietan la palanca de un atomizador. Las manos de Rosita son ágiles.

—¡Epa! Tres por cien, tres por cien, tres por cien.

Iván Pérez, un vendedor, es el único que grita en español en el galpón —al lado de la cancha de básquetbol— que funciona como mercado en el Club Chino. Viste una guardacamisa blanca que destaca su piel color papelón. Agita los brazos y da palmadas como si marcara el ritmo de los pasos de los transeúntes asiáticos. A veces también grita en cantonés porque desde los ocho años vende vegetales chinos en este tipo de mercados. Ahora tiene 28 años.

Pérez tiene sus propios cultivos en Humocaro Bajo y los distribuye a Barquisimeto, Valencia, Maracaibo, Valera, Mérida y Acarigua-Araure. Comenzó a trabajar desde hace cuatro años en el Club Chino de Araure y asegura que le va muy bien. No se deja distraer.

—¡Tres por cien, jefe, tres por cien! Tres paquetes por cien bolívares. ¡Oferta!

Patilla china, soya, pasta de arroz, mostaza, cochino, postres chinos, batatas. Cada vendedor —hay unos veinte— tiene su mesa o guacal con sus productos. Tienen una gran variedad, pero Rosita solo elige aquello que le provoca: un poco de cochino y mostaza para preparar un plato especial en casa.

Ella va al mercado algunos domingos para complacer a su mamá, a quien le gusta hacer "relaciones públicas" allí. Para llegar, maneja sobre la carretera vía La Tapa y cruza donde destaca una fachada roja con dos estatuas de leones en la entrada. Es el Club Chino que fundó la Asociación de Comerciantes Chinos de Portuguesa (Asocopor) —integrada por 76 socios, en su mayoría dueños de supermercados—, en el año 2000.

Primero las Chen visitan el mercado y luego el abasto que queda en un edificio espacioso con ventanales de cristales ahumados. Desde el piso de arriba las saluda Betty Marín, la secretaria del club. Betty trabaja para Asocopor desde hace 15 años y conoce muy bien a la familia Chen porque su primer jefe fue el padre de Rosita —era el administrador de la organización cuando se creó—. "Son unas personas

muy educadas", asegura Betty. Explica que al club asisten muchos asiáticos que tienen equipos de básquet y fútbol numerosos.

En el abasto se consigue desde varios tipos de periódicos en cantonés –lo traen desde Valencia– hasta patas de gallina envasadas al vacío. Chucherías, tés, utensilios de cocina, palitos chinos, juguetes, revistas. A veces lo atiende Roberto Leung, primo del dueño del local.

Leung nació en Hong Kong y se mudó a Venezuela cuando tenía 23 años. Ahora vive en Valencia y viaja con frecuencia a Acarigua porque es intérprete de leyes venezolanas. "Aquí hay muchos chinos que saben hablar español pero no entienden las leyes ni cómo se interpretan", asevera.

—¿Ya tú pagaste? –le pregunta Leung a una niña que abraza un paquete de *Lay's* chinas y se dispone a salir de la tienda– lo' *calajitos* ya tienen el "ya yo pagué" como los criollos.

Se ríe. Le gusta el lugar: "La mejor ciudad de Venezuela es Acarigua. Me encanta venir para acá. Aquí no hay mucho tráfico, la gente es más amable que allá. En Valencia son muy fríos". Rosita comparte la opinión de Leung respecto al poco tráfico y a la actitud de los acarigüeños. Rosita paga, elige un té y sale del edificio.

El encuentro en el club no dura mucho tiempo. Rosita y su madre terminan el ritual dominguero. Se montan de nuevo en el carro y se incorporan a la carretera. Al fondo aún se escuchan los gritos de Iván Pérez:

—¡Epa! Tres por cien, tres por cien, tres por cien.

Tsui-Hua Chen se viste con zapatos de goma y ropa deportiva. Empaca su agua y una merienda para compartir. A veces se levanta antes de las 5:00 de la mañana, depende de la hora acordada para la ruta del día. La subida de La Lucía por

El Portón⁸ ya la conoce de memoria. No se deja engañar por las curvas que ilusionan a los principiantes con la promesa de que pronto viene una planicie. Esquiva piedras, ramas y baches. Sus zapatos se ensucian de tierra. Cuando llega a La Rojita –un terreno despejado con tierra color ladrillo– se detiene a ver el amanecer y admirar el paisaje: un grupo de cerros tupidos de árboles. Se aprecia solo naturaleza.

Rosa antes hacía ejercicio en el estacionamiento del Estadio Bachiller Julio Hernández Molina –donde solía entrenar el Pastora de los Llanos–, pero se volvió un lugar inseguro. Hace dos años su amiga, Franca Provenzano, la invitó a subir una montaña en un pueblito cercano. A Rosita le gustó mucho el paseo, el contacto con la naturaleza.

La Lucía está a 15 minutos de Acarigua, por la autopista que conecta con Barquisimeto. Los que quieren subir el cerro dejan sus carros en un estacionamiento de tierra, unos propietarios de la zona lo ceden a los excursionistas. Luego deben caminar por una de las rutas.

Poco tiempo después de que Rosita tomó como rutina las subidas al cerro, se conformó la organización Senderistas Portuguesa. Se trata de un grupo de acarigüenos que decidieron juntarse por motivos de seguridad –ha habido asaltos en el cerro–, como motivación para conocer nuevos caminos y participar en competencias. Ahora no solo se ejercitan en La Lucía, también van a fincas de miembros de la agrupación y se enfrentan a retos más exigentes como rutas en Biscucuy, los Médanos de Coro, la Colonia Tovar, Los Teques, Mérida, Boconó.

Senderistas Portuguesa se formó hace dos años. Lo constituyen más de 80 personas. Luis Quiñones, el presidente de la organización, es uno de los pioneros de la actividad. Conoce muy bien a Rosita porque ella comenzó a participar desde que se conformó el grupo. "Es una de las personas más colaboradoras que tenemos dentro del grupo y de las que más gente ha traído", asegura.

⁸ Así llama el grupo Senderistas Portuguesa a una de las rutas en la montaña.

Rosita invita a sus amigos y a sus clientes. A veces la acompaña su sobrino Antsy, cuando logra despertarse temprano en la mañana. Le gusta que haya nuevos integrantes y recorridos. Ha conocido mejor la ciudad y sus alrededores. Uno de los parques que han visitado en varias oportunidades es el parque Mitar. Se llama así en honor a Mitar Nakichenovich, un yugoslavo que llegó a la ciudad en 1947 y se interesó por la zona despoblada que rodeaba la quebrada de Araure. Sembró muchos árboles —en su mayoría eucaliptos— y se preocupó por promover un área que conservara más naturaleza.

Ahora el parque es zona protectora de yacimiento arqueológicos, y, además de su potencial ambiental, alberga un recuerdo histórico: allí se llevó a cabo la batalla de Araure, en la que Simón Bolívar luchó por la independencia el 5 de diciembre de 1813. Como lugar icónico de aquel acontecimiento histórico aún existe la Laguna de los Muertos, sobre la que se cuentan muchas historias de fantasmas y misterios. Para Luis Quiñones, el parque tiene un gran potencial recreativo pero está un poco abandonado:

—Si lo cuidaran mejor y le dieran mayor seguridad, sería un buen lugar de esparcimiento y de caminatas. Ese parque tuvo muy mala reputación hace un tiempo y la gente evita ir, pero nosotros hemos ido varias veces y la hemos pasado bien.

Rosita regresa cansada de los recorridos. Se quita sus zapatos repletos de tierra y se cambia. Reserva la tarde para actividades menos exigentes, como leer noticias por Twitter.

—¡Ay, tú estabas en el programa de Marietta Santana! —dice una de las compradoras del supermercado Cada, en la avenida 5 de diciembre.

—Sí, era yo— Rosita se ríe y mira a los rostros curiosos que las rodean.

—Estuvo buenísimo, yo anoté la receta de ese arroz.

Luego de ganar otro concurso para la celebración del Día Mundial del Arroz, a Rosita la invitaron al programa de televisión en el que preparó un arroz relleno de ají, como parte de la presentación de la organización de la Fundación Nacional del Arroz (Fundarroz). Desde que participó en el primer Festival Nacional del Arroz ganó prestigio y fama por sus platos.

Rosita quiso recuperar algunas fotos de aquella feria en la que concursó por primera vez. Fue a la sede de Fundarroz en Araure, frente a la avenida Eduardo Chollet –nombrada así por un científico margariteño que realizó importantes estudios para el Plan Arrocero⁹ en Portuguesa–, y dedicó la tarde a revisar las fotos de aquel encuentro.

El Parque Musiú Carmelo se llenó de personas ansiosas por presenciar el gran acontecimiento: la creación de la paella más grande de Venezuela. Las áreas verdes estaban ocultas bajo los zapatos de la multitud que visitó el lugar el 13 de junio de 1993.

Carlos Sicilia se abrió paso entre el público mientras arrastraba un cable y sostenía un micrófono con el logo de Radio Caracas Televisión para reportar el acontecimiento. El camarógrafo seguía sus pasos y transmitía la imagen de la entrevista que le hacía Sicilia a Claudio Nazoa, quien narraba el procedimiento de la preparación. El periodista ya había preparado una publicación para ese día:

[...] Y porque en estos días, casualmente, se celebra el Primer Festival Nacional del Arroz en el estado Portuguesa (creo que ayer y hoy precisamente) y hace poco escuché a una de las personas del comité "organizarroz" (que así se dice cuando un arrocero organiza algo) diciendo en un programa de radio que cada grano de arroz que uno se come es como un pequeño milagro en forma de cereal. ¡Ah! Por cierto, aquí están algunos datos [...] Ajá, aquí está. "Hoy domingo en Acarigua-Araure", ¿Acarigua-Araure?, ¿Por qué lo escribirán así? ¡En serio! ¿Uds. no se han fijado? Acarigua Araure son dos poblaciones SEPARADAS, que, por alguna razón, hay que nombrarlas siempre juntas, así como siempre hay que nombrar

⁹ Programa implementado por la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación (FAO) luego de la Segunda Guerra Mundial. En Venezuela se desarrolla a partir de 1948.

juntos a Gualberto y Barreto). Bueno... dice que hoy hay "una paella gigante para el libro Guinness en el Parque Musiú Lacavalerie Carmelo". ¡Ah! Y dice aquí también "ven con tu familia a bailar y comer paella antes de que Luis Herrera venga y se la coma toda. Eeeeeeee JE JE JE JE (Esto último fue un cajetín con el efecto "Risa Luis Herrera)".¹⁰

Rosita recuerda que aquel día estaba contenta y era una de las homenajeadas: la noche anterior obtuvo el segundo lugar en el concurso de platos en la categoría de aficionados. La competencia se realizó en el Club Ítalo Venezolano. Su plato se llamaba "Arroz perla de Oriente". Lo preparó con pollo, camarones, hongos chinos y tortilla de huevo. Compitió junto a chefs reconocidos, como Sumito Estévez, Nuria Sucre y Manuel Herrera, ellos en la categoría de expertos.

Asistieron cerca de 50.000 personas a la feria. Gioconda Rivas, presidenta de Fundarroz, lo recuerda: "Fue un evento muy exitoso, tuvo connotación internacional". Se realizó como parte de la iniciativa de Aproscello y la Asociación Venezolana de Molineros de Arroz para fomentar el conocimiento del cereal. También instalaron stands informativos sobre los tipos de arroz, su clasificación, su cultivo y tratamiento. Luego de este primer festival se constituyó Fundarroz¹¹, que quedó a cargo de la organización de los próximos encuentros.

Esta nueva fundación tenía una gran meta: promover la investigación para mejorar la producción en Portuguesa, el principal estado arrocero de Venezuela. En 1997 Fundarroz organizó, junto con el Ministerio de Agricultura y Cría, la X Conferencia Internacional del Arroz, en América Latina y el Caribe. Asistieron investigadores y científicos de Estados Unidos, Francia, Colombia, Brasil, Ecuador, Costa Rica, Panamá y Filipinas. Todos llegaron a esa pequeña ciudad venezolana donde se concentraba el desarrollo del cultivo y el estudio del cereal: Acarigua. Vieron bailar a las niñas del Ballet Scorpio, una escuela de danza de la ciudad, una presentación especial para el encuentro llamada "Oryzagua de Verde Sol".

¹⁰ Fragmento extraído del texto de Carlos Sicilia, publicado en el libro *Como arroz* de Aquiles Nazoa, página 29.

¹¹ Registrada oficialmente en 1995.

Ese año también hicieron otro concurso culinario. Rosita participó. Tiene una fotografía en la que aparece sonriente junto a Cybelle Muñoz, Manuel Herrera, Manuel Blanco y Claudio Nazoa quien estaba orgulloso de su plato: un arroz con mango. En otra imagen está el chef Ángel Lozano con su inseparable María y el humorista Laureano Márquez con un micrófono y una expresión de susto ante el flash.

En aquellas fotos y recortes de periódicos Rosita revive sus primeros pasos en el invento de recetas y presentación de platos. Se lleva algunas fotos para escanearlas, sale de la sede de Fundarroz y se dirige a su casa.

Tsui-Hua ganó prestigio en las ferias del arroz. Eso la motivó a participar —y ganar— en otros concursos como Por los caminos del paladar, organizado por el Colegio Los Caminos, al que asistían representantes de los alumnos, invitados y chefs reconocidos como Héctor Soucy. A Rosita también la eligieron como jurado en los próximos eventos en los que participó Fundarroz: Las Agroferias. Desde que participó en el primer Festival Nacional del Arroz ganó prestigio y fama por sus platos. La reconocen cuando hace mercado en el Cada.

Rosita es práctica, resuelve las cosas en el momento. Es atenta y simpática. No habla demasiado. Le gusta colaborar en fiestas y celebraciones. Fanny, su hermana menor, asegura que no se parece al resto de sus hermanas: "Ella es hiperactiva, no puede estar quieta ni un momento porque se estresa: si no tiene nada que hacer, busca algo que hacer. Nosotras somos más tranquilas".

Las Chen están acostumbradas llamar la atención por sus rasgos físicos, a que las llamen chinas aunque ellas se consideran taiwanesas. Rosita suele tener la misma conversación:

—¿Tú eres china?

—Sí

—¿De qué parte?

—De Taiwán.

Tsui-Hua sabe que hay taiwaneses que se ofenden si los llaman "chino", pero ella no le da mucha importancia a eso: "¿Cuál es la tontería de diferenciar? Hablan el mismo idioma y todo, o por lo menos se entienden. Cuando tú dices japonés y chino ahí sí te digo que hay más diferencias, hablan diferente".

De su cultura asiática conserva gustos culinarios. Prefiere la pasta de arroz a la clásica italiana. La textura y el sabor le gustan más. De la comida venezolana disfruta el pabellón, pero sin caraoatas, y le encanta la torta tres leches. Sus gustos variados y exóticos la motivaron a involucrarse más en la cocina, a preparar distintos platos y luego montar un servicio de *catering*.

Comenzó como parte de un hobby, hizo bocadillos para una boda civil. Luego la contrataron para el matrimonio eclesiástico. Sus aperitivos se volvieron populares en la ciudad y comenzó a recibir cada vez más encargos. Sus hermanas la ayudaban porque Rosita tenía que trabajar en la peluquería. En el año 2000, abrió —frente a la plaza Bolívar de Araure— su primer restaurante, en el centro comercial La Fuente: "Rosita Asian Gourmet".

Mini lumpias, canoas de lomito, huevos de codorniz rellenos de salmón, tartaletas, sushis, tres leches de coco, gyosas fritas, siu mai, crêpes de maíz, torta negra. Cada vez se incorporaban nuevas recetas. El negocio creció tanto que abrieron una nueva sucursal en el centro comercial Llano Mall y luego en el Sambil de Barquisimeto. Este último ya lo vendieron.

Ahora sus hermanas atienden los locales. Rosita no soporta entrar a los centros comerciales, no le gustan. Fanny está a cargo del puesto de comida en la feria del centro comercial Llano Mall. Está pendiente de la cocina y del servicio al cliente;

se turna con su hermana María. "Rosita no viene para acá, ella es puro nombre", comenta Fanny. Y Marta se quedó con el restaurante del centro comercial La Fuente, que ahora le pertenece y tiene otro nombre.

Rosita conoce de gerencia. No le gusta alardear de sus logros de ni sus capacidades, pero ha dejado su marca en distintos ámbitos. No se complica por sus orígenes ni por especializarse en un tipo de cocina. Sabe dejar lo que ya no le gusta y seguir haciendo lo que le apasiona.

La carretera vía Payara estaba llena de carros y autobuses que se dirigían al encuentro más concurrido del año 2007 en Acarigua: la 6ta Agroferia. Al bajar de los vehículos, los visitantes podían escuchar la música y ver los stands más cercanos de las 240 empresas –nacionales e internacionales– que tenían exposiciones de sus productos: churuatas, toldos y hasta pequeñas edificaciones construidas especialmente para esos días. Asistieron 150.000 personas.

Rosita caminaba a paso apurado, tenía que dar un curso de cocina. Ayudaba a la organización Fundarroz impartiendo clases a los interesados en sus conocimientos culinarios. Observaba rápidamente lo que conseguía a su paso: enormes máquinas de riego, tractores John Deere, caballos enormes de razas costosas, promotoras repartiendo gorras y camisetas, estudiantes vendiendo sándwiches de pernil para su viaje de graduación y las damas azules ofreciendo empanadas para recaudar fondos para su organización. Vio a Clara Nadorfy, con tu traje turquesa, atendiendo a los clientes que compraban las empanadas que hacían con harina Doña Emilia¹².

La "Vitrina agroindustrial de Venezuela" —como también le llamaban al encuentro— fue organizada por la Asociación de Productores Rurales del estado

¹² La marca de de harina de maíz de Asoportuguesa. Para la feria cedieron un puesto a la Asociación Voluntaria de Hospitales para que hicieran promoción a la harina y recaudaran fondos para el hospital.

Portuguesa (Asoportuguesa). Realizaron la primera feria a principios de 2000 y la última fue en 2009.

Los directivos de Asoportuguesa mantenían un principio de innovación y estudios para mejorar la producción de las tierras. Viajaban a otros países a conocer sus técnicas y equipos. Uno de esos países era Brasil, donde se hacían grandes ferias de intercambios tecnológicos. Allí el dueño de la empresa de esperjadoras Jacto, el japonés Shunji Nishimura, los retó a que hicieran un encuentro similar en Venezuela y Gustavo Moreno, vicepresidente de la Asociación, aceptó el reto.

Pero luego hubo problemas de expropiaciones y escasez de maquinarias y equipos, además de una situación política tensa entre el gobierno y algunos agricultores. "Se hace imposible hacer una Agroferia de ese tipo cuando no hay nada qué ofertar", explica Moreno. Ahora desde la sala de su casa Gustavo aún añora volver a desarrollar un encuentro similar: "Terminó siendo el evento más importante que ha ocurrido en el estado Portuguesa, ojalá podamos recuperar ese proyecto".

La feria más frecuentada fue la de 2007, la 6ta Agroferia. Allí estaba Tsui-Hua supervisando los resultados de las preparaciones que hicieron sus aprendices del curso de cocina. La disfrutó mucho aunque no tuviese ningún tipo de relación con la agricultura o cría de ganado. "Íbamos a comer. Era excelente, venía gente de todas partes", cuenta Rosita.

Rosita se baja de su Ford Ka blanco. Viste una *chemise* de color claro y unos *jeans*. Mantiene el cabello atado en una trenza. Le gustan los helados de Mc Donald's. Pide un Sundae y se sienta al lado de la ventana del local. Observa a su izquierda a los muchachos que quedan en el campamento. Es abril de 2014, aún hay un grupo de manifestantes sentados frente a sus carpas en una la isla de peatones, entre la avenida Las Lágrimas y la 5 de diciembre. "Esta mañana les traje comida. Nos pusimos de acuerdo un grupo para ayudarlos", sostiene.

Hay una tela grande con un grafiti que dice "Resistencia #Portuguesa" y está amarrada con mecates a unos postes de luz. Se ven restos de basura, pancartas, cruces y una bandera de Venezuela sobre un árbol a punto de caer al piso. Rosita participó en algunas marchas y ayudó a recolectar insumos para los estudiantes del campamento. Le interesa la política. En su foto de perfil en Facebook está junto al dirigente político Leopoldo López. Sin embargo, confiesa haber perdido un poco las esperanzas de un cambio de gobierno y se enfoca más en su rutina diaria.

Su lugar de trabajo está a solo unas cuadras del Mc Donald's. La peluquería le ha dado buenas experiencias, le ha permitido viajar junto a Alessandro:

—Nos hemos ido a presentar a República Dominicana, Curazao y hasta Hong Kong. Lo hicimos para la compañía italiana Davine, promocionábamos sus productos. He conocido muchas ciudades y he visto cosas muy diferentes a las que se ven en Acarigua. En Taiwán, por ejemplo, puedes ver muchachos con pelo chicharrón, o sea, con permanente, y a mujeres vestidas con un estilo más europeo. En Hong Kong puedes ver a un señor de 50 años con cabello anaranjado cobrizo, o sea, la gente no le para mucho. Aquí son más conservadores. Yo sí he tenido el pelo de muchos colores, lo he tenido amarillo, rojo-rojo, me lo he rapado abajo...

Se ríe. Termina de comer su helado, se limpia con la servilleta y la inserta en el plástico vacío. A pesar de haber conocido ciudades mucho más modernas y culturas más arriesgadas, no piensa abandonar Acarigua.

—A mí me gusta mi pueblo. Yo de aquí no me voy.

Ya no le cantan la canción de la chinita.



Rosita en la peluquería Alessandro Studio frente a su puesto de trabajo.
Fotografía: Andrea Miliani

IV. PRONUNCIACIÓN ESLAVA

"El capitalismo es el peor sistema que existe... exceptuando a todos los demás"
Wiston Churchill

—¡Nos vamos de vacaciones a Venezuela!

Eso fue lo que dijo Ruslán Vashaev a sus padres cuando se fue de Rusia en diciembre de 1991. Ahora estaba a más de 10.000 kilómetros de distancia. Al salir del aeropuerto de Acarigua-Araure sintió una brisa de aire caliente que se coló a través de las puertas automáticas. Había llegado al lugar donde los monos saltan sobre los ranchos de la jungla. O al menos esa era la idea que tenía en mente sobre este país llamado Venezuela, al que iba de vacaciones por tres meses.

Su esposa, Jasmine Caramori, estaba emocionada: le mostraría su tierra natal. Ahora su esposo conocería a sus padres, unos italianos radicados en el "Granero de Venezuela"¹³, y a sus dos hermanas. Ruslán tenía 27 años. Era un joven deportista de estatura alta y piel blanquísima que acababa de terminar sus estudios de Economía. Quería conocer a los Caramori antes de empezar a ejercer su profesión en Moscú.

Los recibieron la mamá y una hermana de Jasmine, Sonia. Pero Acarigua no fue la primera ciudad que conoció Ruslán. La familia Caramori tenía otros planes para las navidades: ir a Mérida a visitar a Ludy, la otra hermana de Jasmine. El extranjero no entendía nada, su esposa era su traductora. Él solo se integraba como podía.

Ludy Caramori era una atractiva locutora de una radio merideña que tenía admiradores por doquier. Jasmine y Ruslán disfrutaban sus vacaciones al máximo en restaurantes, fiestas y paseos. Para costear las vacaciones vendieron perfumes y cremas Hermès y Estée Lauder que trajeron de Rusia. Era un buen negocio, los

¹³ Es uno de los apodos del estado Portuguesa

compraron a muy bajo costo en Moscú, y en Venezuela eran productos bastante costosos que se conseguían principalmente en Margarita.

En febrero ya se acercaban al fin de los tres meses de asueto pautados para conocer a la familia. Debían regresar a Rusia para que Jasmine terminara sus estudios de Medicina y Ruslán comenzara un trabajo relacionado con su profesión. Solo había un problema: se habían quedado con muy poco dinero, la moneda en Rusia había cambiado —ya no existía el rublo soviético— y se desintegró la Unión Soviética. Sería difícil enfrentarse a esa crisis.

El bolívar era una moneda fuerte, de manera que trabajar en Venezuela un tiempo para luego regresar a Moscú no era una idea descabellada, pensó Ruslán. De cualquier modo sería algo temporal: su anillo de matrimonio, sus chaquetas favoritas y el resto de las pertenencias que había dejado en su país podían esperar unos días más. Pero sus vacaciones de tres meses se transformaron en años. Ruslán volvió a Rusia 13 años después. Regresó de visita.

Darío Caramori, un italiano emprendedor de carácter dominante, permitió que su yerno trabajara para él en su ferretería, Roca, en Acarigua. Pero como otro obrero más: cargaba equipos, ubicaba mercancía y luego hasta hacía facturas. La idea de Ruslán de trabajar un tiempo, ganar dinero y regresar a Rusia no ocurría como lo había imaginado:

—Comencé a trabajar en la ferretería mejor que cualquiera. Pero me acuerdo que me decían "tú no puedes andar así sucio, da pena". A mí no me importaba, porque igual iba a cargar tubos y polvo. Pero empecé a deprimirme porque con los 1.800 bolívares que ganaba en la semana me pude comprar solamente un pantalón en Quemazón, una tiendita barata. Con lo que me quedó ese día que compramos el pantalón nos comimos unos heladitos en la *Super Cream*. Cuando regresamos ya no tenía ni un bolívar en el bolsillo. Se fue todo.

Comenzó a desesperarse, a no soportar los tres canales que había en la televisión, a sentirse encerrado, a cansarse de que la gente le preguntara cómo soportaban el frío en Rusia. Retrasados. Ruslán consideraba que todo el que hablaba de Rusia era un retrasado. Luego entendió por qué hacían tantas preguntas sobre el frío: en la televisión lo que transmitían de su país eran imágenes de lugares que vivían fuertes períodos de invierno a principios del siglo XX. Estas zonas ya habían cambiado muchísimo con el pasar de los años.

Para el ruso, el calor de Acarigua era más ameno que los sofocantes veranos de la Unión Soviética. En Rusia las estructuras estaban diseñadas para soportar muy bajas temperaturas, no altas. Además, en un sistema comunista era muy difícil que un ciudadano tuviese un aire acondicionado en casa. Era un lujo inadmisibles.

Sin embargo, a pesar de que el calor no era un problema, ya se había cansado de Acarigua-Araure. Extrañaba las amplias autopistas de ocho canales de Moscú, las plazas, las grandes estructuras, la arquitectura, a su familia. Incluso echaba de menos el comunismo. Intentó distraerse nadando en la piscina del Club Ítalo, pero no era suficiente. Se hacía todo el tiempo la misma pregunta: ¿Qué hago yo aquí?

Tenía que regresar a Rusia o conseguir otro trabajo. Su cuñada Ludy le sugirió que vendiera zapatos. Desesperado por probar otra alternativa, Ruslán aceptó la sugerencia. Viajó a Valencia a una fábrica de zapatos y compró varios pares para vender. Al principio los vendía en la ferretería y luego salía a ofrecerlos en algunas casas.

Se dio cuenta de que era un trabajo difícil sin un local porque tenía que cargar bultos de gran tamaño. Tampoco tenía carro y cuando viajaba a Valencia debía hacerlo en autobús, aguantando bolsas negras con la mayor cantidad de zapatos que podía. Un día la Guardia Nacional detuvo el autobús en Tinaquillo e hizo que se bajaran los pasajeros. Cuando le pidieron su cédula, Ruslán entregó su pasaporte. El oficial estaba desconcertado, nunca había visto un pasaporte tan raro y lo mostró a sus colegas sosteniéndolo al revés. Ruslán era un personaje muy extraño en la región.

El oficio de vendedor de zapatos le permitió conocer a muchas personas, entre las cuales estaba María Eugenia Tola, quien más tarde se convertiría en una de sus mejores amigas. "Yo lo conocí cuando vendía zapatos. Aún no hablaba bien español pero hicimos una amistad muy bonita. Me acuerdo de que hasta andaba a pie todavía", señala Tola. Ruslán hacía lo posible por hacer que sus clientas se sintieran a gusto, bromeaba y aprovechaba al máximo las pocas palabras que sabía en español. Usaba frases peculiares como "esto está como pa' comérselo vivo", mientras mostraba un nuevo modelo de calzado. El problema llegaba cuando pedían una talla que él no tenía. Sabía que si volvía con el tamaño indicado el cliente lo iba a comprar, pero complacer peticiones implicaba un largo viaje y negociaciones –solo le vendían zapatos por docena.

Un día tuvo que ir a Caracas para actualizar su visa y mientras caminaba por El Silencio se le ocurrió una idea: vender lentes. Podía ser un negocio más sencillo. "Todo el mundo vende perfumes o ropa, pero nadie vende lentes", pensó Ruslán. Comenzó a observar las tiendas y vio una óptica que le llamó la atención: se veía muy elegante, estaba hecha de madera fina.

Cuando entró, la empleada lo atendió muy bien, se presentó y le ofreció ayuda. Eso le parecía interesante porque en Rusia no tenían estímulo para ofrecer una buena atención al cliente: el trabajador siempre ganaba lo mismo hiciera o no muchas ventas. Ruslán pidió hablar con el gerente, quería que le explicara cómo vender lentes: "Se llamaba Juan Colina, creo que decidió ayudarme cuando supo que yo era de Acarigua, porque era el presidente de la Asociación de Coleadores¹⁴ de Venezuela y venía mucho para acá".

Allí Ruslán aprendió de marcas. Que para vender algunos productos como Mont Blanc debes tener un negocio con una presentación aprobada por la compañía. Que los lentes de moda son muy atractivos. Se quedó observando unos Police que se

¹⁴ En la ciudad hay dos mangas de coleo: una en Acarigua y otra en Araure. Es un deporte popular en la zona.

usaban mucho en esa época, tenían un cristal con un reflejo tornasol. Ruslán los quería, pero no para él. Quería comenzar vendiendo esos y originales. No le importaron las advertencias de que la casa de marca no vendía al mayor a cualquiera: "No sé cómo hice para convencer a la gente de Police para que me vendiera los lentes, pero lo conseguí". También lo logró con otras marcas.

Cuando Darío Caramori se enteró de que su yerno había decidido vender lentes costosos le pareció una idea terrible. Qué testarudo era ese muchacho, pensaba, así que intentó convencerlo de que no era una buena idea. Le dijo que si seguía trabajando en la ferretería iba a tener un dinero seguro, que poco a poco en un futuro podría mantener a su hija y tener una familia como él lo había hecho. En cambio con esa idea tan descabellada no llegaría lejos. "Si tú compras un lente, ¿en cuánto tiempo te vuelves a comprar otro lente?", le decía Caramori.

Ruslán vive solo. Su hijo, Stefano, se dedicó a jugar fútbol desde pequeño y fue seleccionado en un club en Barcelona cuando tenía 13 años. Ahora tiene 18 y vive en España, al igual que Jasmine. Su hija, Yasina, vive en Francia. Al igual que su padre, desarrolló una pasión por la moda y estudia en un instituto de moda en París.

Jasmine suele ir a Venezuela a estar con Ruslán y su familia. Siguen casados pero viven separados. Ruslán también viaja todo el tiempo y se ha vuelto dependiente de la tecnología: pasa gran parte del tiempo revisando su iPhone. Le gusta que el teclado tenga el alfabeto ruso y se escribe con sus hermanos por WhatsApp. Además, a través de Internet comparte gustos musicales con su hija: ella le manda la canción "Happy" de Pharrell Williams y él le manda una versión de "Paradise" (Cold Play) interpretada por el violinista francés David Garret.

A Ruslán le gusta escuchar música en su oficina, mientras trabaja en la computadora. Tiene una colección de más de 6.000 fotografías de joyas de diseñadores famosos. Los conoce a todos. También tiene una carpeta con las últimas

portadas de las revistas más famosas de estilo. Conoce todas las tendencias del mundo de la moda. Le gusta estar actualizado para ofrecer a sus clientes productos antes de que se hagan populares.

El deporte que siempre está presente en su vida es el ping-pong. Es uno de sus vicios. Le encanta enfrentarse a distintos oponentes. Suele jugar en el Complejo Deportivo José Antonio Páez. Otras veces, en el Club Chino, cuando lo invita un amigo que es socio del lugar. Tiene varias raquetas de ping pong. Algunas las conserva desde que jugaba en Rusia, tienen casi 30 años con él. Y acaba de recibir una nueva que mandó a traer de Japón.

Con el deporte y su trabajo ha hecho muchos amigos. Lo visitan en la tienda. Su amiga Rosita Chen se acerca algunos lunes –su día libre en la peluquería– a tomar té con él. Ese es el segundo vicio de Ruslán. Le encanta el té. Tiene de muchas marcas y tipos: "té compota" o "té capitalismo", como él le llama al que venden en los supermercados, té inglés y hasta uno que le trajeron de Dubái. Su favorito es el inglés, el Ahmad Tea, al que se le ven las hojas y una sola bolsita rinde para todo un litro de agua. Reconoce la calidad por la intensidad del sabor.

Cada vez que va a visitar a su amiga María Eugenia Tola en Miami, ella compra té y frutas para él: "Se puede tomar hasta cuatro tés de un solo golpe. Y le encantan las frutas, siempre está comiendo frutas". Ella se regocija con sus visitas. Su hijo Luis y Stefano son amigos desde muy pequeños, cuando ella y el hijo de Ruslán vivían en Acarigua.

Quien mejor conoce sus gustos culinarios es Carmen Elena Martínez, quien tiene 17 trabajando como doméstica para él y su familia. Ella nació en Valledupar, Colombia. Le encanta el vallenato. Llegó a Acarigua en 1976 por "pura casualidad": una amiga le pidió que trabajara para ella y se vino a Venezuela cuando tenía 25 años. Llegó a la granja David, que ahora es una urbanización llamada Villa David y queda en la avenida Vencedores de Araure, vía Barquisimeto.

A Carmen Elena le dicen “seño”, porque cuando Stefano estaba pequeño se rehusaba a decirle "señora", y luego todos comenzaron a llamarla así. Ahora vive en el Barrio Andrés Bello, muy cerca de la ferretería Roca. "Me gustó Acarigua porque se parecía a mi pueblo pero me alcanzaba más el dinero: yo crié sola a mis cinco hijos", asegura.

Conoció a los Vashaev porque su hijo mayor trabajó en la ferretería Roca y le comentó que necesitaban una mujer de servicio. Ella era la indicada. Allí en la ferretería conoció a Jasmine y luego se dedicó a la casa de la familia Vashaev Caramori: "Son muy chéveres, por algo tengo tantos años trabajando con ellos. Ruslán tiene un corazón muy noble, si necesito algo él me lo consigue". Por eso ella se esmera en complacerlo: "Ya yo sé cómo le gusta la comida, no le gusta ni grasosa ni salada. Yo trato de cocinar siempre muy sano, sin mucho condimento".

Seño aprendió a preparar *borsch*, una sopa rusa que le enseñó a hacer Jasmine, con carne, repollo, remolacha y aliño. Ruslán es fanático de los platos de Carmen Elena y a veces les toma fotos con el teléfono para mandarlas sus amigos. A ella le encanta cuando él hace eso, sabe que le gustó la comida. Se ríe de las ocurrencias del ruso.

Él siempre tiene un chiste en mente. Es conversador y creativo al hablar. Cualquiera que hable español y lo escuche hablar reconoce enseguida su acento eslavo. A pesar de que ya ha pasado casi la mitad de su vida en Acarigua, aún le cuesta pronunciar ciertas palabras y se confunde con los géneros. Pero usa muy bien expresiones típicas de la región como "naguará". Como él se equivoca no corrige a algunas personas que pronuncian mal su nombre, la mayoría lo llama Ruslan en vez de Ruslán. Al igual que pronuncian Sharapova en vez de Sharápova.

Vashaev se siente venezolano: "Si voy a afuera y me preguntan de dónde soy, digo que de Venezuela, no de Rusia. Después, cuando entramos en un poquitico más en confianza, sí digo que soy ruso". Aunque para él existen los rusos que formaron parte de la Unión Soviética y los rusos-rusos, los que nacieron en Rusia. Él no es

ruso-ruso sino checheno, pero acepta que lo llamen ruso para no dar demasiadas explicaciones.

Le gusta reservarse aspectos de su vida personal. No habla mucho de su familia ni le gusta que le tomen fotos. Hizo una excepción en 2008 porque le hicieron una entrevista para la revista Kalor¹⁵ y el fotógrafo viajó desde Barquisimeto por él. Pocos saben que es musulmán. Solo los más cercanos saben que no lo pueden invitar a comer perrito ni a tomar whisky. Es sincero y lo consideran estricto porque dice lo que piensa. Pero Ruslán asegura que el problema es la gente, que en Acarigua-Araure las personas son muy dulces y por eso piensan que él regaña. Prefiere trabajar con hombres, los considera menos susceptibles. Sergio sabe que no debe preocuparse si Ruslán le dice: "Vete, no te quiero ver". Ya entiende que su jefe solo necesita privacidad.

Está acostumbrado a ser el "papá maluco" de la tienda porque reclama a sus empleados cuando despilfarran recursos. Para él es muy simple: si está chorreando el agua, hay que cerrar el grifo; si no se usa luz, hay que apagarla. Piensa que el venezolano es muy desconsiderado en ese aspecto: "A cada rato regaño a los muchachos. No porque no pueda pagarlo, simplemente porque uno tiene que tener cultura. En España me cobran 200 euros al mes por la luz y el agua. Aquí pago solo tres euros al mes por el negocio. Con aire y todo".

A pesar de que en su tienda tiene cientos de lentes para elegir, Ruslán solo usa un par de lentes de sol. Son Chopard, una marca muy exclusiva de joyería. Le gustan porque son ligeros y el marco está incrustado en el cristal. Son exclusivos. Muy pocos conocen esa marca de lentes. Tiene solo un perfume que cambia cada siete años. No usa cadenas ni relojes. Compra únicamente cosas que le encantan o necesita, como sus nuevos lentes de fórmula con marco negro. No le gusta presumir, disfruta la tranquilidad. Por eso a veces se siente a gusto viviendo solo. En su casa no tiene que

¹⁵ Publicación que se distribuye en los estados Lara, Barinas y Portuguesa.

regañar a nadie, se puede concentrar y diseñar sus joyas en paz. Escucha "Happy" mientras se toma su té Ahmad.

Ruslán nació en 1964 en Grozni, capital de la república de Chechenia. Su país formaba parte de la Unión Soviética. Vino al mundo en una familia de muy bajos recursos: su padre era chofer y su madre, ama de casa. En el colegio aprendió ruso, pero en su casa hablaban checheno. Desde muy pequeño sintió una gran pasión por los deportes a pesar de que sus padres nunca practicaron ninguno. Tenía iniciativas propias.

Sus padres jamás pensaron que él, su hijo mayor, decidiría irse a estudiar a otra ciudad. Las universidades de Grozni se especializaban en carreras relacionadas con el petróleo, por la actividad económica de la región, pero Ruslán no quería nada relacionado con ese hidrocarburo. Quería estudiar Economía en Moscú. A sus padres les parecía una locura, no tenían dinero para costear sus estudios y debían mantener a sus hijos menores: Rustam, Louisa y Seradzhin. Pero él estaba dispuesto a trabajar para lograrlo.

En Moscú, Ruslán consiguió un empleo en un frigorífico. Debía soportar temperaturas muy bajas, hasta -18°C . La mayoría de los empleados se calentaba un poco con tragos de vodka. Pero él no tomaba alcohol, no le gustaba ni se lo permitía su religión musulmana. También estudiaba Economía en la Universidad Estatal de Comercio de Moscú, en el trabajo le cedía tres días libres a la semana para que hiciera sus actividades académicas.

A las 8:00 de la mañana se presentaba en su trabajo. Recibía toneladas de pollo del distribuidor, calculaba el peso neto y el peso bruto de las cajas que llegaban. Debía hacer una medición precisa, si se equivocaba era responsable de las pérdidas. Organizaba las neveras. Terminaba su jornada a las 5:00 de la tarde.

Salía del trabajo muy cansado, pero era tan adicto al deporte que al salir se montaba en el metro y hacía un viaje de casi una hora para jugar ping-pong al otro extremo de la ciudad. A las 12:30 de la medianoche debía apurarse para llegar a los últimos servicios del transporte público: "Me iba sudado como un cochino a agarrar el último autobús y luego el último metro. Llegaba a mi casa a la 1:30 de madrugada para luego estar de nuevo a las 8:00 de la mañana en el trabajo".

Solo le interesaba el deporte. No se fijaba en otras cosas que fueran lujo, como los *jeans*. En la Unión Soviética si alguna persona usaba *jeans* lo primero que pensaban los rusos era que se trataba de un extranjero o que lo había comprado en el mercado negro. El chicle también era otro de los productos codiciados en el comercio paralelo, se vendía por unidad. Ruslán recuerda que en el colegio le decían que el chicle era malo, ahora se ríe mientras sujeta una caja de chicles americanos.

Lo que ganaba en el frigorífico le permitía vivir y estudiar. Se mudó a una residencia de estudiantes en la que convivían cerca de 5.000 jóvenes. Era un edificio enorme que tenía 16 pisos de altura y contaba con todos los entretenimientos: gimnasio, canchas deportivas, cine, comedor, discoteca, piscina. Había estudiantes de muchas nacionalidades.

Los días que Ruslán no trabajaba tenía un horario distinto al convencional. Salía con sus amigos y se acostaban a dormir a las 6:00 de la mañana, desayunaban al mediodía, almorzaban a las 9:00 de la noche y cenaban a las 3:00 de la mañana. Les gustaban las fiestas y jugar a ser galanes. Hacían apuestas para conquistar chicas.

Uno de sus mejores amigos se había enamorado perdidamente de una muchacha que era difícil de seducir y ya había dejado en ridículo a muchos de los que se acercaban. Estaban en el comedor mientras el muchacho les contaba, a Ruslán y a sus amigos, que la chica vivía allí en la residencia, pero no sabía dónde. Él estaba seguro de que era venezolana porque siempre llevaba una franela roja que decía "Venezuela". De pronto, el muchacho se quedó rígido y dejó de hablar. Todos

entendieron que la susodicha había llegado al cafetín. Vestida con una braga de *jean*, su franela roja y unos zapatos blancos, Jasmine Caramori estaba entrando al comedor.

Cuando Ruslán llegó a Acarigua-Araure, a principios de los 90, la ciudad vivía un importante crecimiento económico. Se acababan de inaugurar nuevos centros comerciales: el Centro Comercial Galería cerca del Boulevard, el Centro Comercial Rupica en la avenida Las Lágrimas, el Centro Comercial Ciudad Cristal en la avenida 30 del centro de Acarigua. Luego también se abrieron las primeras franquicias de McDonald's, Locatel y Farmatodo en la avenida 13 de Junio en Araure.

La ciudad crecía casi al mismo ritmo que los negocios de Ruslán. Sus ventas estaban dando frutos: a los clientes les habían gustado los lentes de marca. El ruso iba de casa en casa ofreciendo sus productos, y tenía una estrategia de ventas que no le fallaba: "Solo cuesta 3.000 miserables bolívares, lo puede pagar por partes".

Vashaev se dio cuenta de que sus ganancias estaban aumentando, que necesitaba un carro. Le pidió dinero prestado a Darío Caramori y compró un carro Lada, una marca rusa. No tenía aire acondicionado, por eso Ruslán aceleraba cuando pasaba por la avenida 13 de Junio, para refrescarse. Con su mercancía en el carro era mucho más sencillo desplazarse en la ciudad.

Cada 14 días Ruslán se planteaba un nuevo recorrido para ofrecer sus productos en Acarigua-Araure. Ya conocía la ciudad hasta mejor que los acarigüeños. Comenzaba por la vía Payara, donde había muchas industrias importantes con trabajadores dispuestos a comprar los lentes que vendía Ruslán; luego iba a las urbanizaciones y de ahí al centro. Asegura que sus clientes eran todo tipo de personas:

—Mira, yo tenía hasta brujos y me pagaban bien. ¿Y sabes dónde?
¡En Durigua¹⁶! Durigua. Estoy hablando que pasas la avenida

¹⁶ Poblado que queda a 20 kilómetros del centro de Acarigua.

Libertador, llegas al último semáforo, pasas la Circunvalación y te metes por allá adentro. Pa' adeeeeentro. Claro, en ese tiempo no era sano pero no era tan peligroso como hoy en día. Yo me acuerdo que tenían cigarros y fumaban ahí. Pagaban muy bien.

En la maletera de su Lada blanco, Ruslán tenía mercancía que podía valer hasta 15 veces más que su carro. Poco a poco fue incorporando nuevos productos porque sus clientes se lo pedían: oro, plata, collares, pulseras, anillos. Recuerda que comenzó a tener ganancias mayores a las que había imaginado: "Yo a veces salía de la casa con tanta plata en efectivo en los bolsillos que me daba pena. Yo solo vendía más de lo que vende mi negocio completo con siete empleados".

Iba a urbanizaciones como El Pilar, La Zaragoza y la 5 de Diciembre, donde vivía gente de altos recursos. En El Pilar pasaba por la casa del alemán Dagobert Doerschlang. Estaba casado con una mujer bajita, "La China", que siempre vestía de negro y usaba grandes sombreros. Le decían así porque había heredado los rasgos asiáticos de sus padres. La pareja le compraba mercancía a Ruslán y él disfrutaba las conversaciones con Dagobert. Siempre era simpático conocer a otro extranjero. Aquel alemán llegó en 1958 a la región, tuvo grandes fincas y trabajó muchos años en Agroisleña, hasta que la expropiaron y se convirtió en Agropatria. También invadieron su finca de 2.000 hectáreas en Ospino. Antes de morir, en 2014, se dedicaba a regar la grama de su casa de rejas negras y a atender las plantas del patio.

En esa misma urbanización también vive, desde hace muchos años, una alemana llamada Olga Horbanj. Pero Ruslán nunca la conoció. Nunca ha probado los heladitos que ella prepara en su casa llamada El Gallo, al lado del colegio Humboldt. Olga no sale mucho, siempre está en la casa, tiene la piel llena de manchas de sol y ojos color azul intenso. Nació en Múnich en 1944. A las cuatro horas de haber salido del hospital cayó una bomba en aquel lugar. Sus papás querían tranquilidad, eran ucranianos y huían de la guerra y del comunismo. Vinieron a Venezuela porque abrían las puertas a los emigrantes y se instalaron en San Felipe, estado Yaracuy. Olga se mudó a Acarigua porque se casó con un experto en el cultivo de maíz, Manuel

Cabrera. Pero ahora vive solo con su hija mayor, Sobeida. Pocos saben que esta señora de pasos lentos y batas holgadas habla ucraniano. Ya no ve pasar a Ruslán en su Lada blanco. Se dedica a vender heladitos a sus principales clientes: los niños del colegio vecino.

Ruslán ya conocía a demasiadas personas. Todo el tiempo estaba en la calle vendiendo, iba muy poco a su casa. Jasmine se quejaba porque no compartía casi con la familia: tenían una hija, Yasina. Tres años después nació el varón, Stefano. Pero Ruslán creía en el sacrificio para un mejor futuro en el que pasaría más tiempo con ellos. Estaba tan atareado que le pidió a su hermano Rustam que viniera de Rusia a ayudarlo. El otro checheno se mudó por 12 años y se convirtió en un acarigüeño más: se aprendió las calles y las expresiones tan bien como su hermano.

Solo había una cosa que Ruslán no podía sacrificar: el futbolito. Consiguió un grupo de apasionados por el deporte con los que se reunía de lunes a jueves en el Motel Payara, al final de la avenida Los Pioneros en la vía hacia Guanare. En ese hospedaje hay una cancha de tenis al final de las cabañas que los jugadores consideraron perfecta para el futbolito. Ruslán asistía de 6:30 de la tarde a 8:00 de la noche.

Crearon un equipo que se llamaba "Motel Payara" y diseñaron un uniforme para competir en torneos. Ruslán era comprometido con los entrenamientos. Gerardo Manzione lo recuerda: "Se moría por jugar. Si no íbamos se ponía bravo y llamaba a la gente por teléfono". Jugaron durante 17 años hasta que equipo se disolvió.

Con el pasar de los años, Acarigua-Araure sufrió lo mismo que aquel equipo. Ya Ruslán no sale mucho por la inseguridad: "Uno vive hoy en día como una rata: se asoma y corre a otro lado a esconderse". A pesar de que hay dos nuevos centros comerciales grandes, considera que la ciudad ha desmejorado, que también se ha disuelto: "Acarigua está peor que antes, hay más huecos y menos plata. Está más sucia. Más pueblerina". Cuando Ruslán llegó a Acarigua-Araure, a principios de los 90, la ciudad era diferente.

Vashaev puede ver desde su oficina quién entra a su negocio, quién sale, qué hacen sus empleados y cómo se está llevando a cabo cualquier venta. Tiene un monitor con cámaras de seguridad y más arriba un televisor pantalla plana en el que a veces ve CNN o noticias de la televisión española. Por lo general disfruta ver algunos partidos de fútbol y finales de torneos de otros deportes, como la final femenina del Roland Garros. No ve otro tipo de programas: cree que el televisor es "una plaga muy grande".

La mesa de su oficina puede estar repleta de joyas preciosas, de oro, de plata con diamantes incrustados, de plata satinada. También de rubíes, zarcillos, anillos, collares, cadenas. Sus ojos son un detector de quilates y marcas. Otras veces, la misma mesa soporta el peso ligero de una nueva mercancía de lentes: Marc Jacobs, Prada, Gucci, Ray-ban, Police, Dolce & Gabbana, Mont Blanc. También vende relojes y les hace cambios de pila, pero solo a modelos y diseños que a él le gustan y que conoce: "Si no trabajo con esa marca o es una marca *cuchufli*, prefiero decir que no". No recibe relojes Caterpillar, deja esa marca para los tractores.

Al extremo de la mesa está su Mac Book Pro, sobre la que pasa la mayor parte del tiempo. Aprende a manejar un nuevo software: Rhinoceros¹⁷. Hizo un curso en Miami en 2008 para entender cómo funciona el programa, pero no es sencillo. Ya sabe diseñar sus propios anillos y ha hecho varios, pero aún no están perfectos. Los retoca, los corrige. Se concentra tanto en el programa que a veces olvida comer. Le cuesta.

Sus siete empleados prefieren siempre consultarle antes de tomar cualquier decisión. Confirman. No se quieren equivocar aunque ya tengan muchos años trabajando con él. Sergio, un muchacho moreno de cabello corto, es el que menos

¹⁷ Es una herramienta para hacer diseños en tercera dimensión. Hay distintos tipos, el que usa Ruslán Vashaev es especial para joyería.

tiempo –tres años– tiene trabajando con Ruslán en la tienda, pero es su cómplice de bromas para clientes de confianza. Está dispuesto a actuar muy serio y ofrecer "sopa de chigüire" o "helado de pepa de mamón" solo para luego reír junto con Ruslán ante las reacciones de sus víctimas. Pero aún tiene muchas dudas. Lo interrumpe:

—Señor Ruslán, el cliente pregunta que si puede pagar en dólares.

—Dile que sí, que no hay problema.

Ruslán solo se detiene si algún cliente exige verlo o si algún amigo se acerca a visitarlo. La tienda es una estructura compleja que él imaginó y una pareja de arquitectos diseñó. Juan José y María Elisa Olmos estaban recién llegados a Acarigua y tardaron dos años en terminar la tienda soñada de Ruslán. La hicieron en el Centro Comercial Central, que se construyó para albergar el primer Central Madeirense en Acarigua –aún es el único– en 1996.

Ruslán estaba ansioso por ver su tienda en funcionamiento. La abrió el 12 de diciembre de 1999. En la entrada hay una pequeña exhibición, dos muebles y al fondo una cabina, parecida a la de un banco, y detrás del vidrio siempre hay un empleado. Si llega un potencial cliente, dejan que atraviese la puerta al lado de la cabina y entre a una especie de pasadizo oscuro hasta una pequeña habitación privada –de forma circular y bien iluminada– con paredes cubiertas de lentes de muchas marcas. Hay asientos acolchados y una mesita con bordes de madera fina y un vidrio biselado con una gran "R" en el centro. Hay otra pequeña sala similar al final del pasillo para atender a otro cliente.

Todo tiene un orden, todo encaja. Hay 480 cajas de lentes organizadas en la parte de abajo. Arriba, al subir unas escaleras de madera en espiral, está la oficina de Ruslán. Allí solo acceden sus empleados y algunos clientes cercanos. Como la hija de una amiga que compra sus productos desde hace varios años: una chica rubia y carismática que necesita que Ruslán la ayude a reparar una joya. Luego de entregarle una cadena de oro, le comenta:

—Ruslan, aún sigo con los lentes que me vendiste hace tres años.

—Ah, qué bueno.

—Y tenías razón. Me acuerdo que me dijiste que todo el mundo se fijaría en mí cuando los llevara puestos.

—Sí.

—Y es así. A donde quiera que vaya, a Miami, Nueva York, París, donde sea todo el mundo tiene que ver con mis lentes. Y me preguntan que dónde los compré y yo digo: "¡Los compré en Acarigua!".

—Bueno, ¿y no dicen que Acarigua es como Nueva York?

Los dos coordinan carcajadas cómplices. La expresión que usó Ruslán es popular en la ciudad. El cronista de Araure, Wilfredo Bolívar, explica que se le atribuye a Gonzalo Barrios Bustillos, un político acarigüeño, por un chiste que le hizo al presidente Rómulo Betancourt. La anécdota refiere que una noche, cuando volaban hacia Acarigua, el presidente se asomó por la ventana del avión y vio unas luces. Cuando preguntó a dónde estaban llegando, Barrios Bustillos respondió: "Estamos llegando a Acarigua o Nueva York, porque Acarigua es como Nueva York".

A principios de los 90, Manuel Graterol Santander "Graterolacho", José Ignacio Casal, Andrés Cordero y Simón Díaz organizaron en la Casa de la Poesía¹⁸ un evento que llamaron "Acarigua es como Nueva York". Realizaron un recorrido por la ciudad y dijeron que la quebrada de Araure era el río Hudson, que el Parque Mitar era Central Park. La Estatua de la Libertad es la figura de José Antonio Páez que Ruslán ve todos los días cuando entra y sale de su negocio. Está en la redoma, no la puede ver desde las cámaras de seguridad de su oficina.

¹⁸ Un pequeño centro cultura que se inauguró en 1991 en el barrio Paraguay (Araure) para impulsar las artes.

Jasmine nunca había pensado estudiar en Rusia. Pero un amigo de Acarigua, que pertenecía al Partido Comunista de Venezuela, le propuso postularse a una beca que estaban ofreciendo para estudiar Medicina allá. A ella le gustó la idea porque quería conocer un lugar nuevo, estar lejos de casa un tiempo. Era muy buena estudiante y ganó la beca para formarse en Moscú. Llegó a aprender ruso y a vivir en una residencia, en la que conoció a Ruslán.

La muchacha tenía pestañas largas, cejas gruesas y delineadas y una cintura estrecha. Captaba muchas miradas en Moscú. Enamoraba a muchos. El amigo de Ruslán fracasó en sus intentos por conquistar a Jasmine. Ella lo humilló una vez al dejarlo hablando solo en un cafetín. Ruslán y sus amigos se burlaron de él. Luego de eso se olvidaron de la venezolana por varios meses.

Un día Ruslán acompañaba a un muchacho a enviar un telegrama. Y ahí estaba otra vez la venezolana. "Tenía un traje amarillo, de flores, y zapatos blancos. Estaba muy bien vestida", recuerda el checheno, quien en aquel momento quedó hipnotizado por unos segundos. Y aunque ella no era su tipo —él prefería a las rubias— sintió la necesidad de hablarle. Tenía algo especial. Se paró a su lado y escribió en un pequeño papel que la quería conocer, ella simuló que no entendía ruso, pero le regaló una sonrisa y luego un papel con un número de habitación.

Vashaev corrió hasta donde estaban sus amigos. Estaba emocionado. "¡Adivinen lo que tengo aquí en mis manos!". Mostró a sus amigos el número. No lo podían creer. El que había estado enamorado de ella quería obtenerlo, pero Ruslán consideró que ya él había perdido su oportunidad. Más tarde pasó por el cuarto de la dirección. Pero ella no estaba allí. Vivían unos árabes en la habitación. Lo había engañado: "Me disgustó mucho pero por lo menos no quedé en ridículo".

Ruslán pensó en olvidarla, no valía la pena. Pero la volvió a ver semanas después. Ella se intentó ocultar entre las sábanas que acababa de sacar de la lavandería, pero esta vez no se podía escapar. Dejó que el insistente checheno la ayudara y viera dónde vivía. Él le pidió que dejara de estudiar un rato, que lo

acompañara a tomar un té. Jasmine nunca había pensado casarse en Rusia hasta que lo conoció a él.

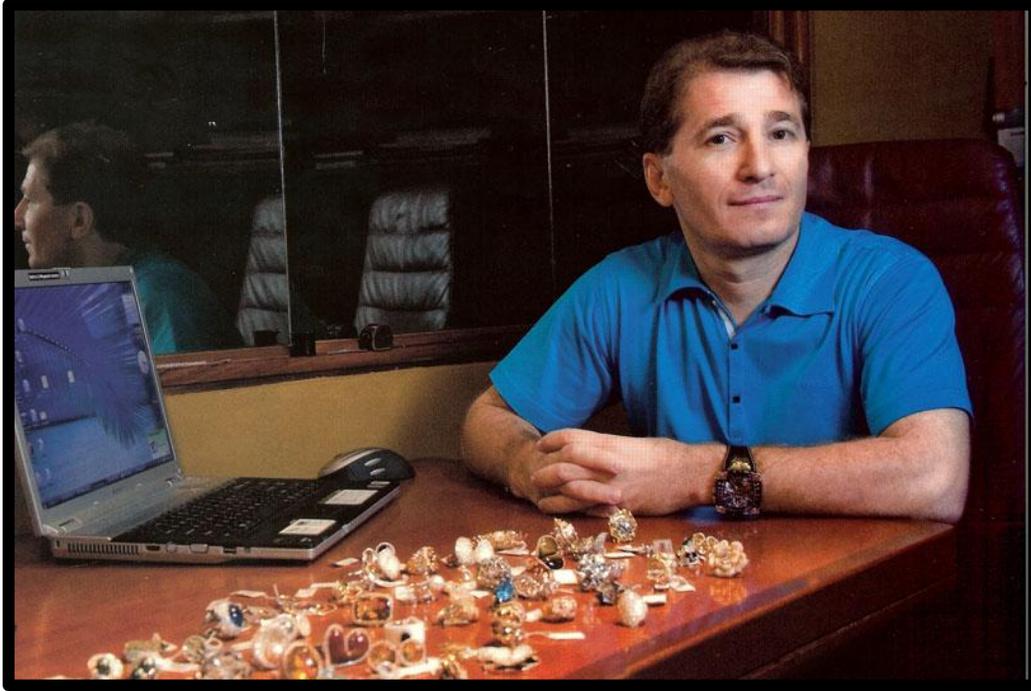
—Acarigua me dio mucho. Yo me siento de aquí.

Ahora está agradecido. Ruslán tiene 50 años, ha vivido casi la mitad de su vida en Acarigua, se siente parte de la ciudad. En su oficina tiene una máquina que muele granos y prepara café al instante. Su marca de café favorita es Oma, de una empresa colombiana. Prefiere esta antes que la de Juan Valdés, aunque también tiene de ese en su casa. Le gusta porque no es amargo a pesar de que el sabor es fuerte. Toma café con los chocolates Ferrero Rocher que a veces regala a sus clientes. Se preocupa por ofrecer un buen servicio.

—En países socialistas tú no tienes ningún estímulo para atender a la gente. Vendes o no vendes, da igual. Aparte, los rusos son muy fríos y no tienen esa cultura de hacer que la gente se ría cuando entre. Allá da igual porque cualquier cosa que tú produces se vende. ¿Por qué? Porque era lo que había. Tú entrabas a supermercados mucho más grandes que este Central Madeirense y en toda esa estantería había dos productos solamente. De resto, vacío. Entonces, cuando llegaba algo ya tú tenías un compinche ahí en la carnicería, como ya también tenemos aquí. Los muchachos van y hacen cola y por detrás lo agarran. Lo que está pasando aquí ya yo lo viví. Igualito. Idéntico. Y yo por eso puedo decir a la gente que va a venir.

Sabe que podría ser mucho peor. El Centro Comercial Central está abandonado, quedan muy pocos locales abiertos como el de él. Pero a Ruslán le va bien, asegura que el 95% de las personas que se acercan a su negocio compran algo. Muy pocos entran a la tienda por casualidad, nadie va a pasear a ese lugar: llegan por una referencia o son clientes fijos. Saben ignorar el cartel de la entrada que advierte "Estamos en inventario". Ya lo conocen, aunque no del todo. Cuando alguien le pregunta que por qué decidió mudarse a Acarigua, él responde:

—¿Mudarme? Yo vine aquí de vacaciones.



Fotografía tomada para la revista Kalor en 2008

V. ACENTO Y SALSA CUBANA

"Nunca son más bellas las playas del destierro
que cuando se les dice adiós".

José Martí

—A nadie en Cuba le han hecho una despedida como la que nos hicieron a nosotros.

Las calles del municipio Cruces, en Cienfuegos, se llenaron de personas que agitaban las manos y querían ser testigos de aquella partida. Se iba la familia Gil. Muchos lloraban. Otros sonreían. Otros deseaban ser los próximos. Todos los habitantes de la zona estaban allí. Hasta los miembros del Partido Comunista de Cuba salieron a observar el recorrido que hacía la familia hasta la guagua.

Ragnar veía a todos sus amigos despedirse de él mientras caminaba sujetando su maleta. Tenía 20 años. Intentaba contener el llanto, pero era imposible. Su mamá, Josefina, ni siquiera se esforzaba por disimular las lágrimas. En cambio, para Alfredo, su papá, era un poco más fácil controlarse: por fin había llegado el día en el que se iban de la isla.

El día anterior habían tenido una gran celebración. La fiesta de despedida fue inolvidable. Bailaron salsa toda la noche en una discoteca. Los amigos de Ragnar se esmeraron para que disfrutara del momento. Fueron todos los que vivían en el batey¹⁹ del Central Azucarero Marta Abreu. Eran muy unidos y se conocían desde hace mucho tiempo: Lita —así le decían a Josefina— y Alfredo habían trabajado en esa empresa durante más de 30 años.

Tenían muchos motivos para dejar Cuba, pero también había razones para quedarse. Lita aceptó irse solo porque quería un mejor futuro para Ragnar. Alfredo sí estaba decidido desde hacía muchos años, su carácter volátil y sincero no le dejaban

¹⁹ Urbanismo en el que viven los trabajadores de central azucarero.

soportar la cotidianidad en la isla. Ragnar confiaba en la decisión de sus padres, él no había conocido otra cosa que no fuera el comunismo, pero entendía que se podía vivir en mejores condiciones. Lo comprobó el mismo día que llegaron a Caracas.

El 11 de marzo de 1998 a las 5:30 de la mañana sucedió lo que la familia Gil había estado esperando: pisaron otra tierra distinta a Cuba y, además, de manera legal. Abelardo Gil, un primo segundo de Alfredo que vivía en Acarigua, había solicitado la reagrupación familiar. Venezuela no era el país soñado, pero ellos estaban dispuestos a irse a cualquier parte. Ragnar asegura que lo importante, más que el destino, era salir de Cuba: "Así fuera para Australia nos íbamos. Pa' Haití, pal Congo".

En Maiquetía los recibió una pariente lejana que no conocían. Supieron quién era porque tenía un cartel en el pecho que decía "Familia Gil". Les explicó que los llevaría a un apartamento pero que antes tenían que hacer mercado. Mientras estaban en el carro, los cubanos observaban con discreción esa nueva ciudad. Habían escuchado que Caracas era muy insegura y violenta. No se atrevían a asomar la cabeza por la ventana, tenían miedo de recibir un disparo. Pero Alfredo seguía pensando que habían tomado una buena decisión: "Más vale morir de un tiro que morir de hambre".

Al llegar al supermercado se sorprendieron al ver la variedad de productos. Ragnar no olvida la impresión que le causó ese momento: "Yo nunca había entrado en uno de esos abastos enormes, con un carrito en el que metes y metes comida. Mi papá y yo nos mirábamos... Teníamos un hambre del carajo".

La muchacha los llevó luego al apartamento. Alfredo se ríe al evocar el momento: "Cuando mi prima nos dejó solos, le fuimos arriba a la Coca-Cola, al diablito, al pan... ¡Qué clase de pega!". Esa noche comieron y vieron televisión hasta la madrugada. Estaban encantados con los comerciales que transmitían los canales venezolanos.

Tres días después llegaron a Acarigua, a la casa del primo Abelardo, en la que vivieron durante los primeros tres meses. Dejaron para el final de la mudanza el último recuerdo de la despedida: una grabación que hicieron sus más allegados para que la escucharan cuando estuvieran en Venezuela. Ragnar puso el casete. Reconoció las voces de sus vecinos y amigos del colegio que daban mensajes de despedida con la canción "Un millón de amigos", de Roberto Carlos, de fondo. Ragnar recuerda su reacción: "¡Muchacho! La lloradera no fue normal".

Para la familia Gil, esa transición fue un momento tan complejo y cargado de emociones que aún ahora, 16 años después, dejan caer lágrimas al recordarlo. Alfredo asegura: "A nadie en Cuba le han hecho una despedida como la que nos hicieron a nosotros".

En el cuello de Ragnar siempre guinda un pito metálico. Grita, se molesta, sufre, se ríe, celebra. Vive todas las emociones en los entrenamientos y los partidos de fútbol. Trabaja en las mañanas como profesor de Educación Física en el colegio Los Caminos y en las tardes como entrenador de niños y jóvenes en el Club Canario. Le gusta hacer muchas bromas y molestar a sus alumnos. Se dedica al deporte desde su llegada a Acarigua: su pasión es el fútbol.

Tiene la piel dorada, los ojos color café y una sonrisa amplia que siempre muestra. Su espíritu es carismático y su carácter, alegre. Quizás por eso ha hecho muchos amigos. Ybeth Pérez está entre ellos. Lo conoce desde hace 14 años, cuando estudiaban en la universidad. Ragnar era popular, ella recuerda que todos tenían que ver con el extranjero: "Era una celebridad, la gente hablaba todo el tiempo del cubano que era una nota. Todos querían ser su amigo".

Desde pequeño le gustó mucho el deporte, aunque aclara que también pudo haber sido un buen músico: cuando estudiaba en Cuba formaba parte de una banda en el colegio, tocaba la batería. A los 10 años su papá le dejó elegir entre la música y el

fútbol. Él optó por el fútbol porque era lo que hacía la mayoría de sus amigos. Su oído musical lo entrena cuando toca tambores en actos del colegio o en su casa cuando juega con una batería improvisada de ollas y una paleta de madera. También sigue bailando salsa, ahora con su esposa.

Pero no se arrepiente de haber decidido especializarse en deporte. Su oficio le ha permitido trabajar, ganar dinero y tener todo lo que tiene ahora: una casa, una camioneta, una familia. También le ayuda a liberarse del estrés del trabajo, pues no le gusta hacer el papeleo en el colegio –llenar planillas de asistencia, evaluaciones y otros documentos–. Además de sus labores de docencia, compite con los equipos del Club Canario y del Club Luso y participa en todos los partidos amistosos que puede. Juega como mínimo tres partidos de fútbol a la semana en clubes y barrios de la ciudad: en Baraure, Altamira, El Mamón y Villa Araure. Su posición: defensa.

Lita y Alfredo se sentaban a observar el espectáculo: los amigos de Ragnar iban a la casa a bailar salsa. Los vecinos también asistían al encuentro. Vueltas, risas, música, pasos coordinados, roces. Era noche de danza. Ragnar se convertía en instructor y enseñaba a sus compañeros. Hacían giros, cambios de pareja y pasos improvisados. Bailar salsa en Cienfuegos era una de las cosas que más disfrutaba Ragnar.

La relación entre los habitantes del batey era particular. Alfredo lo recuerda: "Si uno tenía un problema, venían todos los de la cuadra a ayudar". Esa unión no la han conocido en Acarigua. Sin embargo, allá también había límites, no podían decir cualquier cosa ni al vecino de mayor confianza. La Seguridad Nacional de Cuba –conocida como el G2– tenía informantes hasta donde menos imaginaban. "Ellos se valen de los chivatos, que aquí les dicen sapos. Uno nunca sabe quiénes son", explica Alfredo.

La primera vez que los agentes policiales citaron a los padres de Ragnar fue por la visita de unos primos de Alfredo que venían de Estados Unidos. Lita recuerda que su familia se preocupó mucho por ellos: "Mi hermana casi se muere y decía que íbamos a caer presos. Pero yo fui sin temor, no había hecho nada malo". Lita y Alfredo se presentaron y los interrogaron en cuartos separados. A Alfredo le dijeron que era ilegal escuchar noticias de otros países. A Lita la interrogó un muchacho que había jugado fútbol con Ragnar:

—Tengo entendido que usted dice en la bodega que el pan no sirve.

—Y yo te pregunto a ti, ¿el pan sirve? ¿Tú crees que esa masa negra sirve? ¿No quisieras que mejorara?

Lita estaba indignada: "Yo no había hecho nada malo, yo no maté a nadie". Al final los dejaron ir sin firmar documentos, solo con la incómoda experiencia. Pero el problema no era nada más el pan. En los últimos años ya tampoco conseguían carne, tenían que comprarla en el mercado negro. "Era muy riesgoso porque podían ir presos todos: el carnicero, el comprador y todo el que estuviese implicado", rememora Lita, quien ablandaba la carne escondida en el baño: envolvía el bistec con un trapo para que nadie escuchara los golpes que le daba para suavizarlo.

Dejaron de comprar carne de res para no pasar más sustos. La última vez Alfredo la trajo envuelta en bolsas, en una pequeña moto que tenía. Mientras rodaba en la calle se dio cuenta de que venía un carro de la policía en el sentido contrario, hacia él, y sintió los músculos paralizados por los nervios: "Yo pasé como una estatua y pensé que iba a ir preso. Sabía que si me paraban iban a revisar las bolsas de carne que llevaba". Por suerte, el carro siguió y Alfredo pudo llegar a su casa sin problemas.

Ragnar se mantenía tranquilo. Silencioso. Creció con las constantes advertencias de sus padres. Terminó los dos años de servicio militar obligatorio. No se involucraba con el partido ni se metía en problemas. La última vez que el G2 citó

de nuevo a su papá se asustó mucho. Llamaron a Alfredo porque alguien lo escuchó decir que le deseaba la muerte a Fidel Castro. Lo acusaron de "conato de asesinato al comandante en jefe". A Alfredo le pareció absurdo y les dijo que no sabían usar bien el lenguaje, que para que fuera conato alguien lo tendría que haber visto al menos con la pistola en la mano. Lo dejaron ir con una amenaza: si lo volvían a citar, iría preso cinco años por "antisocial". El padre de Ragnar logró mantenerse callado dos meses más, hasta que se fueron de Cuba.

La noche de la fiesta de despedida, Lita y Alfredo observaron a Ragnar bailando. Vueltas, risas, música, pasos coordinados, roces. Se iban por culpa de un sistema político, no por la gente ni el país. Querían conservar un recuerdo de las cosas buenas que les había dejado la ciudad. De las alegrías que tenían que abandonar. Bailar salsa en Cienfuegos era una de las cosas que más disfrutaba Ragnar.

A Ragnar Gil le gustó Acarigua-Araure. Sabía que no era una ciudad muy desarrollada, pero veía oportunidades de crecimiento económico y era muy diferente a lo que estaba acostumbrado: "Comparada con el lugar en el que vivíamos nosotros en Cuba, era una tremenda ciudad. Uno hablaba con la gente y veía las oportunidades de comprarse un carro, de comprar 10 kilos de carne".

La familia Gil consiguió empleo. Lita encontró un puesto de trabajo en una oficina en la avenida Las Lágrimas, cerca de su casa, en el centro de Acarigua. Alfredo consiguió una oportunidad laboral en el Central Azucarero Portuguesa, una de las empresas más importantes de Acarigua-Araure. Sus labores eran diferentes a las que hacía en Cuba porque aquí había otro tipo de máquinas. También vivía mucho más lejos. El central estaba en la carretera vía Payara.

Había otras diferencias. Este nuevo central azucarero tenía una tecnología más avanzada y era mucho más grande. Actualmente el Central Azucarero Portuguesa es el primer productor de azúcar en Venezuela. Ricardo Yépez es el vicepresidente de

operaciones y trabaja desde hace 19 años en la empresa: "Este es el más grande del país. Suminstramos casi 40% de lo que consume el país".

A través de los contactos de su tío político, Juan Oliva, Ragnar comenzó a trabajar como profesor de fútbol en el Club Canario. También estudiaba para validar su bachillerato y aprobar las pruebas de ubicación. Lo que más le costaba aprender era Historia y Geografía de Venezuela porque no sabía nada. Pero leía libros y memorizaba los estados y las fechas más importantes. Aprobó todos los exámenes que le hicieron en Guanare. Se hizo bachiller en poco tiempo.

Meses más tarde, a Ragnar le ofrecieron otro puesto de trabajo como profesor de un nuevo colegio: Los Caminos. Era un proyecto académico que quería diferenciarse de otros colegios en la ciudad. Cristina Machado, una de las fundadoras y la actual rectora de la institución, explica los motivos: "Muchos de los fundadores no son de Acarigua, son de Caracas, Valencia, Carora, Barquisimeto. Vivían en Acarigua y querían que sus hijos recibieran una educación que les permitiera formarse para cualquier universidad de Venezuela y del exterior".

El Colegio Los Caminos se construyó a finales de 1997 en la finca de Julio Bustamante, esposo de Machado. Comenzó en el campamento La Llanada –otra institución que se encontraba en la misma finca desde 1994– durante el primer año escolar, mientras terminaban los edificios principales. Para llegar a la finca debían trasladarse hacia la carretera vía Camburito. Al llegar, los vigilantes abrían el portón de la finca y, a veces, los representantes debían esperar que un grupo de vacas atravesara la calle.

El primer día como profesor, el 16 de septiembre de 1998, Ragnar estaba nervioso. "Me sentía muy apenado porque no conocía a nadie y estaba preocupado por el papeleo que tenía que hacer", recuerda. Pero se adaptó rápido, en el colegio no había muchos alumnos al principio, eran cerca de 10 estudiantes por cada grado. Eso lo ayudó a entrar en confianza, a sentirse en familia, les daba clases a todos los

salones. Ahora hay 28 alumnos por aula y varias secciones, pero él se encarga de los más pequeños y de algunos grupos de bachillerato.

Cuando Ragnar cumplió un año de trabajo en el colegio y en el club se pudo comprar su primer carro, un Renault 5. Ya no tenía que depender de su compañera de trabajo Diamora Márquez para que le diera la cola al colegio. Ahora podía ir él mismo. Había cumplido uno de sus sueños desde que llegó a la ciudad. Los niños le llamaban "El Baticuba" o "El Cubamóvil". A él le causaba gracia la ocurrencia. A Ragnar le gustó Acarigua-Araure.

Alfredo estaba decidido a irse de Cuba desde que Ragnar tenía 9 años. Sentía que habían pasado ya demasiados años de silencio, de tortura. Cuando se implementó el comunismo él tenía 10 años. Contaba con experiencias distintas a las de su hijo, sus padres tenían preocupaciones diferentes a las que él tenía en ese momento.

A Alfredo le gustaba escribir. Llegó a ganar concursos de cuentos. Publicaba artículos en un periódico local hasta que dejó de tolerar la censura. Hacía críticas sutiles al gobierno. Le indignaba escuchar tantos "esto no", "esto cámbialo" y "esto bórralo". Quería estar en un lugar en el que pudiera expresarse como quería.

Lita también recuerda experiencias similares. La que más le afectó ocurrió en la universidad. Su profesora de literatura le mandó a escribir un ensayo sobre la frase célebre de José Martí: "Nuestro vino es agrio... pero es nuestro vino". Josefina sabía que su profesora tampoco estaba de acuerdo con el gobierno, y escribió lo que pensaba sobre la metáfora: que no estaba bien conformarse con un mal vino, que había que tener dignidad. Su profesora, al leer el examen, la llamó a su escritorio:

—Mami, yo no te puedo pasar este examen, nos vamos a perjudicar las dos —agarró la prueba y la rompió, la hizo cuadritos—. Vuélvelo a hacer.

No quería eso para su hijo, él merecía lo mejor. Cuando Ragnar nació, el 17 de febrero de 1978, Alfredo y Lita sabían que en sus manos había una criatura moldeable. Que su crianza sería un gran reto porque la infancia que ellos tuvieron fue muy distinta a la que su hijo tendría. Era el gran proyecto de los dos. Querían enseñarle sobre lo bueno y lo malo. Deseaban enfrentarse a sus principios por el bien de él: que supiera que el gobierno no era justo, pero que no debía decirlo; que estaba bien pensar distinto, pero que había que ser discreto.

Hicieron todo lo posible para que su hijo creciera sano y fuerte. Dejaron de comer pan para que él quedara satisfecho. "Comíamos carne los tres para que viera que nosotros teníamos derechos también; pero solo un poco, el resto se lo dejábamos a él", comenta Lita. A Ragnar le encantaba la carne, el pan, el helado y la "piquica" —como él le llamaba al refresco.

Querían que probara, que comiera, que experimentara, que creciera. Que tuviera lo mejor, pero que al mismo tiempo compartiera. "Era difícil pero yo tenía que explicarle que, si estaban sus amiguitos en la casa y él quería un refresco, yo tenía que darles a ellos también. Queríamos que aprendiera a compartir aunque teníamos muy poco", dice Lita.

La Habana queda a 250 kilómetros del municipio Cruces. Un día la familia Gil fue de paseo. De regreso, en una parada del autobús, vieron un puesto de venta de perros calientes. Alfredo ya casi ni recordaba el sabor de estos, y Lita quería que su hijo los probara porque estaba segura de que le iban a gustar:

—Ven, papi, para que pruebes el perro caliente.

Cuando Ragnar recibió en sus manos aquel pan relleno con un líquido rojo encima, se horrorizó y lo devolvió:

—Ay, mami, no, quítale la sangre.

Lita se ríe a carcajadas al recordar la expresión de su hijo. No conocía esa salsa de tomate brillante. Ese tipo de situaciones también la entristecía, no enseñarle más cosas, no poder darle lo que ella alguna vez tuvo.

—¡Cuba, Cuba, Cuba!

Cada vez que Ragnar pasa por los salones de preescolar, los niños hacen porras y lo llaman. Todos quieren ver clases con el profesor de las vueltas canelas y los juegos divertidos. Al principio las profesoras corregían a los alumnos: "Díganle profesor Ragnar, no Cuba. Respeten". Pero a Ragnar le encanta que le digan Cuba. Ahora son muy pocos los que lo llaman por su nombre.

El Colegio Los Caminos se convirtió en la segunda casa de Ragnar. Tiene un cuarto pequeño bajo las escaleras de bachillerato; allí guarda todas sus cosas: balones de fútbol, básquet, voleibol, mallas, bombas para inflar. En este lugar desayuna, almuerza y merienda. El horario de clases es desde las 7:15 de la mañana hasta las 3:15 de la tarde.

Durante los primeros años asistió a clases los fines de semana para obtener la licenciatura. Estudió Educación Integral en una sede de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador, en el Instituto de Mejoramiento Profesional del Magisterio, fundado en 1984. Ragnar obtuvo su título en 2005 y lo celebró junto a sus padres y su novia, Mónica.

A Mónica la conoció cuando ella trabajaba en el colegio Los Caminos, era profesora de primaria. "Ella arrancó en el colegio en 2000 y nos enamoramos a finales del año escolar", cuenta el profesor Gil. Para esa misma fecha, Ragnar visitó Cuba por primera vez desde que se mudó a Venezuela. Mónica pensó que se olvidaría de ella, pero lo primero que hizo él al regresar a Acarigua fue escribirle un mensaje en la madrugada para avisarle que ya estaba de vuelta. A la semana se hicieron novios.

Ya tienen 13 años juntos y dos hijos: Alberto –el hijo de Mónica que Ragnar conoció cuando tenía 7 años de edad–, y Mariana, la hija de la pareja. Mariana es la niña adorada de Ragnar, está en quinto grado y ya hizo su Primera Comuni3n. A veces se presentan juntos en los actos del colegio: Ragnar puede interpretar –ante un numeroso grupo de representantes– desde un cavern3cola con taparrabo hasta un mago que anima el espect3culo de una bailarina, Mariana.

El profesor cubano organiza los Juegos Intercursos, ayuda a las profesoras a decorar, participa en los actos, prepara sus clases. Pero no a todos les ha gustado ver clases con Cuba. A Eliana Mar3n, una exalumna de Ragnar, no le agradaban sus m3todos de ense1anza: "Era muy cans3n, nos pon3a a trotar por todo el colegio. Era horrible". Eliana no extra1a las clases de Educaci3n F3sica, pero s3 a Ragnar: "Era el profesor m3s pana que hab3a, era como otro chamo m3s".

El profesor Gil ha sido seis veces padrino de promoci3n desde que comenz3 a trabajar en el colegio. Tambi3n ha ganado varias veces el primer y segundo lugar como docente aniversario, un premio que reconoce al mejor profesor del a1o.

Ragnar aprendi3 muchas cosas en Acarigua. A decir "caraotas" en vez de frijoles, a decir "gerente" en vez de gestor econ3mico, a decir "guarder3a" en vez de c3rculo infantil. 3l y sus padres tuvieron que adaptarse a nuevas maneras de hablar, no solo a la propia del venezolano, sino tambi3n a la del acarigu3o. Alfredo tiene an3dotas graciosas: "Una vez estaba en la parada de autob3s y escuch3 a una se1ora diciendo 'ven3te p'ac3, trip3n'. Yo me qued3 buscando unas tripas, al tiempo fue que entend3 que se refer3a a un ni1o".

Adem3s de a estas expresiones, los cubanos se ha acostumbrado a otras rutinas actuales de los lugare1os. Por ejemplo, recorrer centros comerciales los fines de semana, siempre que Ragnar no tenga un partido de f3tbol. El que m3s visitan es Llano Mall, suele hacer mercado all3, en el Garz3n. Aunque a Lita le enorgullece que

su hijo sea popular, le molestan las constantes paradas para saludar. Ragnar conoce a mucha gente, hasta los niños se detienen a saludarlo y hablar con él.

En 2005 Llano Mall Ciudad Comercial abrió sus puertas en Araure. Fue el primer centro comercial de gran tamaño en la ciudad, con 180 locales y gran afluencia de personas. Por estar cerca del terminal de pasajeros, recibe visitas de turistas de ciudades y pueblos cercanos: Guanare, Turén, Ospino, Agua Blanca, San Rafael de Onoto. Suele estar más concurrido que el otro gran centro comercial de Acarigua-Araure, el Buenaventura, que está frente a la redoma de Araure.

Ragnar ha visto cómo ha crecido la ciudad, sobre todo Araure. Ahora hay más comercios y urbanizaciones. "Recuerdo que cuando llegué, cerca de donde vivía una compañera, estaba un terreno que era puro monte. Ahí, más tarde, se construyó Agua Clara, la urbanización en la que vivo ahorita. La avenida tenía antes solo dos vías y ahora tiene cuatro", detalla. Como parte de esas mismas transiciones, poco después de su llegada a Acarigua, se inauguró el primer McDonald's de la ciudad. Alfredo recuerda la primera vez que vivió la experiencia del autoservicio, de recibir una comida rápida desde el carro: "Me sentí un caballero poderoso. De verdad me agradó mucho".

Cuba ya sabe distinguir Acarigua de Araure: "Me dijeron que después del Cada hay un pilote de cemento que es el que separa los dos sectores. Ya yo sé que generalmente para la zona sur, donde vive mi mamá, es el municipio Páez". Aunque considera que es la misma ciudad, su trabajo lo obliga a aceptar las diferencias de los municipios por las competencias de fútbol. Él participa en Araure y cree que ese lado de la población tiene mucho potencial deportivo: "El municipio de Araure suele quedar campeón o en los tres primeros lugares de Portuguesa. Y cuando representan a Portuguesa, estamos entre los mejores cuatro de Venezuela, hasta ahora en todas las categorías".

Ragnar explica que el equipo que representa al estado es el que gana los torneos municipales. En Araure hay 15 escuelas de fútbol que se enfrentan. Al final,

el profesor del equipo ganador debe preparar y formar a los que van a la competencia estatal. En 2014 Ragnar fue el entrenador designado para preparar a los niños de categoría 2006 –de los jugadores que nacieron en ese año– del estado Portuguesa y quedaron en segundo lugar en Venezuela. "Si hubiera más apoyo, yo creo que estuviéramos mejor todavía. En Barquisimeto Henry Falcón ha hecho como 10 canchas sintéticas de fútbol campo, aquí no hay ninguna", lamenta.

A pesar de eso, Ragnar no deja de trabajar, no se desmotiva. Siempre está dando clases o jugando fútbol. Los fines de semana, además de visitar centros comerciales, reserva tiempo para compartir con su familia. Ahora trajo a Venezuela a su primo Eduardo y a su tía Marta. Tienen 10 meses en Acarigua y viven con Alfredo y Lita en el centro de Acarigua. A Eduardo le ha acostado adaptarse al lenguaje: "Aquí dicen 'ahora' o 'ahorita' y es para después, en Cuba 'ahora' es en este momento". También aprendió que a algunas mujeres les molesta que las llamen "mami", como suelen decir por cariño en la isla.

El edificio Gómez López, donde viven los papás de Ragnar, está muy deteriorado. Por fuera tiene manchas marrones y negras. No tiene ascensor ni lujos. El apartamento es cómodo, está decorado con cuadros que ha pintado Alfredo. En la entrada hay uno de El Quijote y otro de un arcángel. Tienen una pared llena de fotos: Ragnar lanzando un balón, Ragnar con su diploma, Ragnar sonriendo. También hay una imagen grande de Mariana en su Primera Comunión.

A pesar de la bulla de la calle, tienen tranquilidad. Ahora Alfredo publica cuentos, poemas y ensayos en un portal web, www.escribeya.com. Escribe lo que quiere, nadie edita sus publicaciones. Lita, por su parte, se siente incompleta: "Creo que el emigrante no es feliz en ninguna parte del mundo, porque, aunque tengas todo lo material, tus raíces están allá. Como salimos de Cuba por la vía legal, podemos ir de visita, y desde que el avión comienza a llegar a mi isla yo empiezo a llorar". Pero se contenta cuando ve a su hijo feliz, cuando juega con su nieta y la ve bailar.

Ragnar está sudado. Hizo de árbitro en un partido y luego se puso a dar vueltas alrededor de la cancha. Quiere quitarse un poco la barriga: le encantan la cerveza y las empanadas. Ya se está quedando un poco calvo. Tiene 36 años de edad. Se sienta a ver a unas niñas que juegan fútbol mientras recuerda su último viaje a Cuba.

—Fui de nuevo el año pasado, con Mónica y con la niña, por primera vez. Ya tenía una mejor posición económica, les llevé de todo: interiores, yesqueros, medias, sostenes, pantaletas, shorts, gorras... Todo. Estuvimos cinco días en Varaderos, yo nunca había ido y es una playa bien bonita. Ahí alquilamos un carro y fuimos 15 días pa' donde vivía yo. Eso fue 15 días de rumba. Dándole regalos y dinero a la gente, a la familia, a los amigos.

No le gusta el gobierno actual de Venezuela, pero tiene esperanza de que la situación política y económica mejore. Piensa que la ciudad se ha deteriorado desde que llegó, pero todavía prefiere vivir aquí:

—Hay un atraso muy grande, todo está estancado, no hay nada. Pero todavía estamos 20.000 veces mejor que en Cuba.



Ragnar Gil en el club luso antes de un partido. Agosto, 2014
Fotografía: Andrea Miliani

EPÍLOGO

Acarigua-Araure se convirtió en el Granero de Venezuela, no solo por sus recursos naturales sino también por el esfuerzo de sus habitantes. Extranjeros como Clara, Gino, Rosita, Ruslán y Ragnar encontraron en esta ciudad oportunidades y experiencias que no obtuvieron en sus países de origen: desde un potencial económico que les permitió fundar empresas con grandes riquezas, hasta una sencilla pero valiosa paz.

Los emigrantes apreciaron las características diferenciadoras de esta ciudad venezolana y también reconocieron sus defectos. Tienen una mirada ajena y a la vez cercana —por los más de 15 años que ha vivido cada uno de ellos en Acarigua-Araure—, que permitió retratar —a pesar de las historias y experiencias tan diferentes— a una ciudad que ha hecho aportes importantes no solo en la región sino en el país que la alberga: Venezuela.

Fue a partir de mediados del siglo XX que se comenzaron a formar las instituciones más importantes de Acarigua-Araure. Desde empresas y asociaciones con impulso económico, hasta fundaciones beneficiarias y organizaciones deportivas: Fundarroz, Aproscello, Asoportuguesa, Sogapor, Acción Voluntaria de Hospitales, Portuguesa FC. Este material no le da cabida a todas y presenta solo una pequeña muestra de ellas, pero permite entender, además de las principales actividades de la ciudad, el aporte de los extranjeros en su desarrollo.

Las historias de vida, relatadas en la semblanza de grupo, muestran las dificultades que tuvieron los personajes en sus países: un sistema político estricto como el comunismo, una guerra o las crisis económicas. Demuestra que muchos de los emigrantes llegaron con inseguridades y temores que lograron superar en la ciudad.

Los extranjeros fueron testigos de cambios importantes de Acarigua-Araure. La conocen muy bien. Han visto desde la creación de avenidas, hasta urbanizaciones

y grandes centros comerciales. Entienden a sus calles y su gente porque participaron en su desarrollo y en sus actividades culturales y deportivas. Valoran lo que tiene y lo que le falta, y también les duele lo que ha perdido. A pesar de que han visto cambios negativos y escenarios que se diferencian mucho del momento en el que llegaron, la mayoría sigue viviendo en la ciudad y tiene planes de quedarse.

Así como ocurre en el resto del país, la llegada de los emigrantes ha dado pie a un intercambio, una evolución que define la cultura venezolana. Es imposible retratar a Acarigua-Araure sin mencionar el aporte y la mirada del extranjero.

REFERENCIAS

Acarigua-Araure.net (s.f.). *Casa de la cultura Carlos Gauna Acarigua-Araure* [Formato web]. Disponible: <http://www.acarigua-araure.net/index/index.php/cultura-y-religion/425-casa-de-la-cultura-carlos-gauna-acarigua-araure-> [Consulta: 2014, julio 25]

Acarigua-Araure.net (s.f.). *Parque Musiú Carmelo* [Formato web]. Disponible: <http://www.acarigua-araure.net/index/index.php/reservas-naturales/71-parque-musiu-carmelo> [Consulta: 2014, julio 25]

Acarigua-Araure.net (s.f.). *Zona protectora Mitar Nakichenovich* [Formato web]. Disponible: <http://www.acarigua-araure.net/index/index.php/reservas-naturales/73-zona-protectora-mitar-nakichenovich> [Consulta: 2014, agosto 7]

Agencia Venezolana de Noticias (2013). *Min-Ambiente prevé recuperación integral del parque Mitar Nakichenovich* [Artículo en línea]. Disponible: <http://www.avn.info.ve/contenido/min-ambiente-prev%C3%A9-recuperaci%C3%B3n-integral-del-parque-mitar-nakichenovich> [Consulta: 2014, julio 29]

Bastienier, M. A. (2001). *El blanco móvil: curso de periodismo*. México: Aguilar.

Benavides, J.L., Quintero, C. (2004). *Escribir en prensa, 2da edición*. Madrid: Pearson Prentice Hall.

Bolívar, W. (2002) *De un grano muchos granos: Asoportuguesa 50 años*. Araure: Asociación de Productores Rurales del estado Portuguesa.

Cantavella, J. (1996). *Manual de la entrevista periodística*. Barcelona: Ariel.

Caramori, L. (s.f). *Entre Autónomos*. [Formato web]. Disponible: <http://www.entrea autonomos.com/ludy-caramori-atm2414.html> [Consulta: 2014, agosto 4]

Castejón, E. (2009). *Periodismo: recursos para la verdad*. Caracas: Liven Editores.

Central Madeirense (s.f). *Central Madeirense una historia de esfuerzo y crecimiento*. [Formato web]. Disponible: <http://www.centramadeirense.com.ve/quienes-somos> [Consulta: 2014, agosto 5]

Colegio María Auxiliadora (s.f). *Reseña histórica* [Formato web]. Disponible: <http://www.colegio.com.ve/AAA/A002/PrincipalA/resenahistorica.php> [Consulta: 2014, agosto 5]

Confederación de Asociaciones de Productores Agropecuarios (s.f). *La 7ma. Agroferia estimula la siembra con responsabilidad ambiental* [Artículo en línea]. Disponible: <http://www.fedeagro.org/detalle.asp?id=205> [Consulta: 2014, agosto 9]

Díaz, O. (2013). *Red pública de Salud garantiza tratamiento a pacientes con VIH/SIDA en Portuguesa* [Artículo en línea]. Disponible: <http://www.correodelorinoco.gob.ve/regiones/red-publica-salud-garantiza-tratamiento-a-pacientes-vihsida-portuguesa/> [Consulta: 2014, agosto 7]

Guerriero, L. (2009). *La creatividad en el periodismo de hoy: ¿Dónde estaba yo cuando escribí esto?* [Documento en línea]. Disponible: <http://www.ort.edu.uy/fcd/pdf/conferenciaguerrero.pdf> [Consulta: 2013, Noviembre 10]

Hernández Sampieri, R., Fernández, C., Baptista, P. (2003). *Metodología de la investigación (2da ed.)*. México: McGraw Hill.

Hippolyte Ortega, N. (1993). *Para desnudarte mejor. Realidad y ficción en la entrevista*. Caracas: Monte Ávila Editores.

Inmobiliaria Indiasa (s.f). *Grupo Indiasa* [Formato web]. Disponible: <http://www.indiasa.net/Indiasa/Paginas/Nosotros.php> [Consulta: 2014, agosto 4]

Instituto Cubano de Oftalmología Ramón Pando Ferrer (s.f.). *Nuestra historia* [Formato web]. Disponible: <http://www.pando.sld.cu/historia.html> [Consulta: 2014, agosto 2]

Llambí, L. (1988) *La moderna finca familiar: evolución de la pequeña producción capitalista en la agricultura venezolana entre 1945 y 1983*. Caracas: [Fondo Editorial Acta Científica Venezolana](#).

Marín, C. (2003). *Manual de periodismo*. Caracas: Random House Mondadori.

Martínez Miguélez, M. (1997). *El paradigma emergente: hacia una nueva teoría de la racionalidad científica*. México: Trillas.

Nazoa, C. (1995). *Como arroz*. Caracas: El Cojo C.A.

North American Soccer League Players (s.f.). *Pelé 1977 Game by Game* [Formato web]. Disponible: <http://www.nasljerseys.com/Players/P/PeleGameByGame1977.htm> [Consulta: 2014, agosto 8]

Pérez, E. (2013). *Pelé dijo adiós al fútbol en la UCV* [Artículo en línea]. Disponible: <http://www.liderendeportes.com/noticias/futbol/pele-dijo-adios-al-futbol-en-la-ucv.aspx#ixzz3B52Wrp2c> [Consulta: 2014, agosto 5]

Portuguesa Fútbol Club (2004). *Historia* [Formato web]. Disponible: http://portuguesafc.mex.tl/491710_Historia.html [Consulta: 2014, agosto 10]

Tribunal Supremo de Justicia (2004). *Expediente 23.782* [Formato web]. Disponible: <http://portuguesa.tsj.gov.ve/DECISIONES/2004/NOVIEMBRE/1140-19-23782-.HTML> [Consulta: 2014, julio 27]

Troca, L (1986) *Vivencias*. Caracas: Acaraure.

Universidad Pedagógica Experimental Libertador (s.f.). *Extensiones académicas del estado Portuguesa* [Formato web]. Disponible: <http://www.impm.upel.edu.ve/mapaextportuguesa.php> [Consulta: 2014, julio 28]

ANEXOS



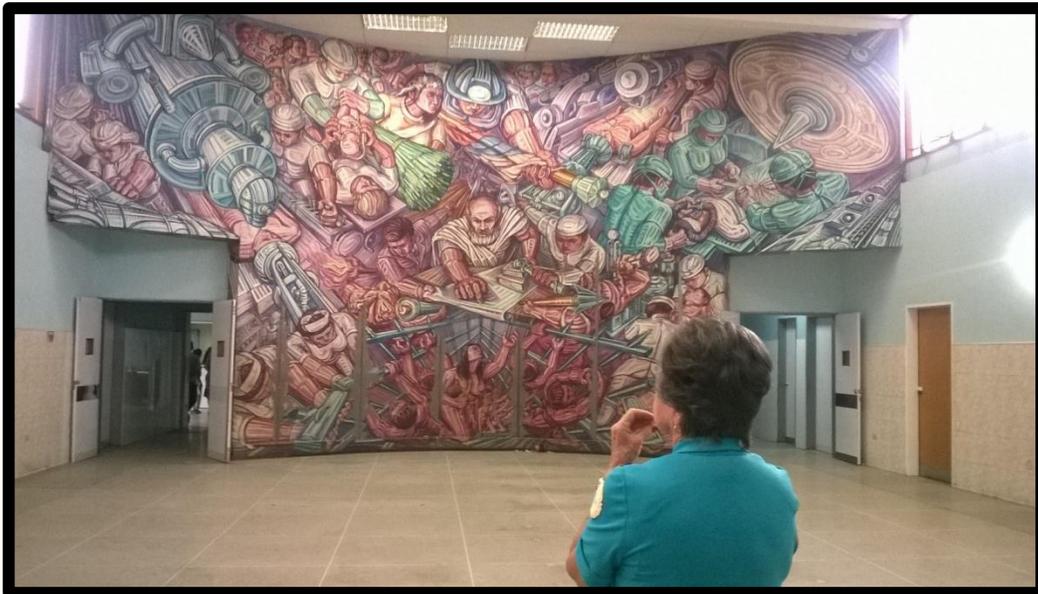
Familia Nadorfy en Barquisimeto antes de mudarse a la Colonia Agrícola de Turén en los años 50. Clara está a la izquierda modelando un vestido nuevo



Clara Nadorfy manejando un tractor en la Colonia Agrícola de Turén



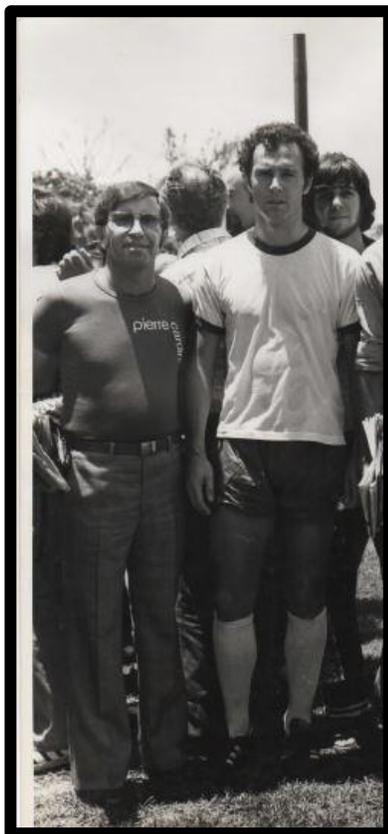
Clara dirige con una bandera el desfile de parceleros de la Unidad Agrícola de Turén.



Clara Nadory observando el mural del Hospital Universitario Jesús María Casal, año 2014.



El presidente Carlos Andrés Pérez (a la izquierda) se ríe de lo que le dice Gino (franela de rayas), en la finca de Merlotti. Ospino, estado Portuguesa.



120

Merlotti (a la izquierda) junto a Franz Beckenbauer en Caracas, 1997.



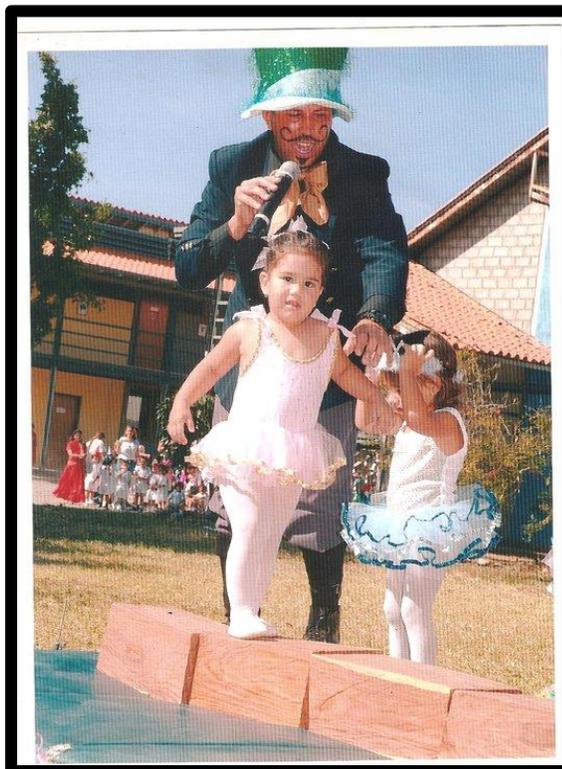
Cauchera de Gino en la avenida 5 de Diciembre, Araure.



Gino junto al Portuguesa FC caminando de noche por Acarigua-Araure.



Recorte de periódico con imagen del concurso de Fundarroz en 1997. Rosita en el centro.



Ragnar junto a su hija Mariana en uno de los actos del colegio Los Caminos.